

30
AÑOS



FUNDACION
SUPERACION
DE LA POBREZA

SERVICIO PAÍS

Tesis País 2026
Piensa Chile
sin pobreza

Tesis País 2026
Piensa Chile
sin pobreza

TESIS PAÍS 2026

Piensa **Chile** sin pobreza

© **Fundación Superación de la Pobreza**

Distribución gratuita

Coordinador de programa y publicaciones Tesis País:

Miguel Becerra

Equipo editorial:

Miguel Becerra

Mauricio Rosenblüth

Foto de portada:

Mónica Altamirano, gestora de Huerto El Vergel de Freirina, 2018

Edición:

Jennifer Abate

Diseño:

Carlos Muñoz / www.cemuma.cl

Agradecemos y reconocemos el trabajo de todas las y los profesionales de la Fundación Superación de la Pobreza y consejeros regionales ex Servicio País que oficiaron como tutores institucionales. Ellos apoyaron, nutrieron y orientaron el trabajo de las y los tesisistas. Para el ciclo 2025-2026 fueron tutores de estos artículos Carola Tapia, Luis Iturra, Carlos Morales y Miguel Becerra.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN _____ P 06

INTRODUCCIÓN _____ P 08

Soberanía, memoria y territorio: transformaciones y perspectivas de los sistemas agroalimentarios en la precordillera de Putre

/ Daniel Castro López _____ P 11

Memorias del agua en Cabeceras

/ Danilo López Cabello _____ P 36

Turismo rural vivencial mapuche. Liderazgo y empoderamiento femenino: un estudio de caso de la Newen Ruta Turística Cayucupil, comuna de Cañete

/ Francisca Staub Pizani _____ P 65

Servicios ecosistémicos en la cuenca del río Huasco: una mirada desde la comunidad local **/ Alyzon Valdés-Rojas** _____ P 90

Del desastre al aprendizaje: empoderamiento comunitario y reconstrucción participativa en cerro Rocuant

/ Sara Arambarri Iriondo _____ P 121

Los equipamientos urbanos: su rol desde lo significativo y lo funcional a partir de las percepciones de los habitantes del barrio Prat

/ Manuel Loncón Loncón _____ P 147

PRESENTACIÓN

Esta nueva edición del libro *Tesis País 2026* corresponde a su décimo octava publicación y, nuevamente, es un honor poder entregarles el fruto de este trabajo realizado a lo largo del ciclo 2025-2026, el que se extiende aún más si consideramos las horas y dedicación de las investigaciones tras cada artículo que contiene este libro.

Cumplimos dieciocho años impulsando el desarrollo de tesis y proyectos de pre y posgrado de las más diversas disciplinas académicas, que brindan miradas nuevas para entender y profundizar las distintas facetas en las que se expresa la pobreza en nuestro país.

Hemos acompañado la generación de conocimiento en lugares donde muchos no llegan, y donde se experimentan dificultades diversas, lugares que muchas veces tienen altos índices de pobreza y vulnerabilidad. Sin embargo, en estas páginas es posible constatar que también son espacios que cuentan con numerosos recursos y potencialidades presentes en sus comunidades, en su conocimiento, en sus recursos naturales o en sus formas de producir, liderar, enfrentar las dificultades o de cuidar de los suyos. Ampliar la mirada y comprender la pobreza desde este prisma ofrece las claves necesarias para colaborar en su superación junto a quienes nos sentimos llamados a ello en ONGs como la nuestra, el Estado y el mundo privado.

Esta edición de *Tesis País: Piensa un país sin pobreza 2026* contiene seis artículos elaborados por personas egresadas de pre y posgrado, quienes a partir de su tesis de grado o magíster han desarrollado los documentos que hoy ponemos en sus manos. En esta versión es posible encontrar una mirada sobre la memoria agroalimentaria en la comuna de Putre, región de Arica, y su potencialidad para promo-

ver el desarrollo económico local; el rol del agua en la memoria de la localidad de Cabeceras en Paredones, comuna de la región de O'Higgins, y el desarrollo de herramientas para enfrentar la crisis hídrica con sostenibilidad y resiliencia; la importancia del liderazgo femenino en el desarrollo del turismo rural mapuche en Cañete, región de Biobío; estrategias para la superación de la pobreza desde el vínculo con los servicios ecosistémicos de la cuenca del río Huasco, región de Atacama; una experiencia de reconstrucción participativa y empoderamiento luego de los incendios del cerro Rocuant en Valparaíso; y la importancia de los equipamientos urbanos para el buen vivir en el barrio Prat en Punta Arenas.

Las investigaciones reseñadas requieren ser relevadas y conocidas, tanto en la academia como fuera de ella. Sus autores y autoras han puesto su dedicación, compromiso y conocimientos al servicio de comunidades que les abrieron sus puertas. Estas historias, necesidades y, sobre todo, estrategias para enfrentar el día a día, nos permiten volver a hablar de pobreza para encontrar los caminos para su superación.

Catalina Littin

Directora ejecutiva

Fundación Superación de la Pobreza

INTRODUCCIÓN

La presente edición contiene el resultado del trabajo de seis tesis de pre y posgrado de diversas casas de estudio, quienes se dedicaron a profundizar y perfeccionar sus proyectos de titulación con el fin de convertirlos en los artículos que aquí les presentamos. Todas estas investigaciones se encargan de relevar temáticas vinculadas con la pobreza y la vulnerabilidad desde ámbitos y lugares distintos, que reflejan la importancia de acercar el conocimiento académico a las localidades desde su amplia diversidad.

La mirada territorial que ha impulsado fuertemente nuestra Fundación acoge con entusiasmo estas investigaciones, impulsadas además por egresados y egresadas que eligieron poner sus conocimientos y aprendizajes a disposición de la profundización del conocimiento en temáticas de pobreza y vulnerabilidad.

Durante el ciclo 2025-2026 se recibieron 52 postulaciones a Tesis País en las modalidades proyecto de tesis y tesis terminada. En total se seleccionaron 24 trabajos, de los cuales seis se convirtieron en los artículos que contiene esta publicación. A continuación se presenta un breve resumen de sus contenidos.

El primer texto se denomina **Soberanía, memoria y territorio: transformaciones y perspectivas de los sistemas agroalimentarios en la precordillera de Putre**. Su autor es Daniel Castro López, quien con esta investigación ob-

tuvo el título de antropólogo social de la Universidad de Chile. En este artículo, el autor abordó la transformación de los sistemas agroalimentarios en las comunidades andinas de Putre desde la reconstrucción de la memoria oral de las personas mayores de 65 años que las habitan. Este análisis permite conocer la tensión de los modos de vida tradicionales a través de factores como la erosión de las redes de reciprocidad y la migración. Además, aporta fundadas reflexiones en torno a estrategias de política pública que pueden fortalecer el desarrollo económico de estas comunidades.

En segundo lugar encontramos el artículo **Memorias del agua en Cabeceiras**, elaborado por Danilo López Cabello. Este texto se basa en la tesis que le permitió al autor obtener el título de licenciado en Geografía en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Este trabajo examina cómo los modos de vida, el paisaje y la subjetividad local han ido cambiando junto con una reconocida variación en la disponibilidad del agua a lo largo de los años en la localidad de Cabeceras, en la comuna de Paredones. La memoria colectiva permite entender de qué manera ha ocurrido una transición productiva, cambios en el hábitat e incluso en las dinámicas de cooperación vecinal, y con ello ofrece claves para promover resiliencia y sostenibilidad frente a la escasez hídrica.

La tercera investigación de esta edición se llama **Turismo rural vivencial ma-**

puche. Liderazgo y empoderamiento femenino: un estudio de caso de la Nueven Ruta Turística Cayucupil, comuna de Cañete y su autora es Francisca Staub Pizani. La tesis en la que se basa este artículo le permitió a Francisca obtener el obtener el grado de socióloga de la Universidad de Concepción. El propósito de este trabajo fue establecer cuál es el impacto del turismo rural vivencial sobre las mujeres mapuche que integran la Ruta Turística de Cayucupil. Los resultados constatan que entre estas mujeres se percibe un aumento en su autonomía económica y en la capacidad de toma de decisiones, lo que también repercute en su autoimagen. Pese a ello, igualmente enfrentan barreras y desafíos estructurales que limitan estos valiosos logros. Por ello, el turismo como motor del desarrollo requiere políticas públicas adecuadas al contexto que favorezcan tanto la cohesión comunitaria como la pertinencia cultural local.

El siguiente artículo de esta edición se denomina **Servicios ecosistémicos en la cuenca del río Huasco: una mirada desde la comunidad local**. Fue escrito por Alyzon Valdés-Rojas, quien mediante la tesis que origina esta investigación obtuvo el grado de magíster en Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Con esta investigación, la autora explora el rol que tienen los servicios ecosistémicos de la cuenca del río Huasco para las comunidades que la habitan en un contexto de amenaza a la actividad agrícola, existencia de minería de alto impacto, expansión urbana y cambio climático. El análisis permite establecer la distribución de estos servicios y cómo se vin-

culan con el desarrollo local, a partir de lo cual se realizan propuestas para su fortalecimiento.

El quinto trabajo de nuestra publicación tiene por nombre **Del desastre al aprendizaje: empoderamiento comunitario y reconstrucción participativa en cerro Rocuant**, de Sara Arambarri Iriondo. La tesis que origina este trabajo permitió a su autora obtener el grado de magíster en Hábitat Residencial de la Universidad de Chile. Este documento buscó recoger los aprendizajes que surgieron a partir de un acompañamiento en reconstrucción habitacional realizado por el colectivo RE luego del incendio de diciembre de 2019 en el cerro Rocuant de Valparaíso. La participación en este proceso de reconstrucción resultó en un fortalecimiento del tejido social y en la capacidad de organización comunitaria. Junto con ello, rescata la importancia de incorporar los conocimientos y voces comunitarias en los procesos de reconstrucción y también la generación de redes de apoyo y de difusión de aprendizajes de estas experiencias.

El último artículo de este libro se llama **Los equipamientos urbanos: su rol desde lo significativo y lo funcional a partir de las percepciones de los habitantes del barrio Prat**, y fue escrito por Manuel Loncón Loncón. Con la tesis que origina este trabajo el autor obtuvo el grado de licenciado en Trabajo Social de la Universidad de Magallanes. Manuel examina cómo el enfoque en las políticas habitacionales de acceso a vivienda digna dejó de tener una perspectiva integral de habitabilidad, caracteriza- da por la integración de un adecuado

equipamiento urbano y espacios públicos. El barrio estudiado, barrio Prat, sirve de ejemplo por su rica dotación de servicios y sentido de pertenencia, lo que contrasta con otras poblaciones periféricas de la ciudad de Punta Arenas que tendrían menor equipamiento relevante y experimentan segregación socioespacial.

**SOBERANÍA, MEMORIA Y TERRITORIO:
TRANSFORMACIONES Y PERSPECTIVAS DE LOS SISTEMAS
AGROALIMENTARIOS EN LA PRECORDILLERA DE PUTRE**

Daniel Castro López¹, Universidad de Chile

» Batán de piedra conservado en la plaza de Ticnamar, patrimonio material de los saberes y la memoria alimentaria de los pueblos precordilleranos, comuna de Putre. Fotografía de Daniel Castro, 2023.

RESUMEN

La presente investigación analiza las transformaciones de los sistemas agroalimentarios en las comunidades andinas de la precordillera de Putre, región de Arica y Parinacota, Chile. A través de un enfoque cualitativo de corte etnográfico, se exploraron las memorias orales de habitantes mayores de 65 años para reconstruir las dimensiones materiales y simbólicas de la alimentación tradicional. Los resultados revelan estilos de vida organizados en torno al trabajo comunitario y al simbolismo alimentario, hoy tensionados por una desestructuración multidimensional: erosión de redes de reciprocidad, fragmentación organizativa y migración. No obstante, persiste una memoria alimentaria encarnada vinculada a territorios, afectos y prácticas sensoriales que trasciende la mera evocación, puesto que, a través de objetos, sabores y paisajes, las personas elaboran juicios críticos sobre su presente. Finalmente, se proponen lineamientos estratégicos de política pública orientados al desarrollo económico de las comunidades, reconociendo su agencia y fortaleciendo la autonomía en sus procesos, trazando así una hoja de ruta para la soberanía y el desarrollo territorial.

Palabras clave: memoria alimentaria, sistemas agroalimentarios, transformación cultural, comunidades andinas, antropología de la alimentación.

¹ Antropólogo social. Artículo basado en la tesis *Modernización agrícola en comunidades andinas: transformaciones y adaptaciones agroalimentarias en la comuna de Putre*, realizada para obtener el título de antropólogo social de la Universidad de Chile. Profesores guía: Sonia Montecino Aguirre y Claudia Chamorro Levine. Santiago, 2024.

INTRODUCCIÓN

Al igual que la totalidad de las comunidades indígenas del Abya Yala², la historia de las comunidades andinas en el norte de Chile ha estado marcada por una sucesión de transformaciones estructurales que han reconfigurado sus formas de habitar el territorio. Desde la desarticulación de los sistemas de organización prehispánicos hasta la implementación de modelos de desarrollo estatales en el siglo XX, las comunidades de la precordillera han enfrentado presiones constantes para integrarse a las nuevas lógicas modernizadoras del Estado-nación.

Así, durante el último siglo, la relación con el Estado ha atravesado distintas etapas: primero, dominada por una mirada desarrollista y asistencial, mediante la cual el Estado buscaba

"superar el 'atraso' de las comunidades, por medio del mejoramiento técnico (Galdames y Ruz, 2010; Quiroz et al., 2011); y, más recientemente, ampliando su enfoque hacia proyectos orientados a la revitalización cultural o al denominado 'desarrollo con identidad'"

(Boccará y Ayala, 2011; Hurtado, 2002).

Estos procesos se superponen a una larga historia de transformaciones estructurales que han tensionado las formas tradicionales de habitar, producir y alimentarse en las comunidades andinas. Estas tensiones no se reducen solo al accionar estatal, sino también a dinámicas históricas más amplias que han generado una transformación paulatina —y muchas veces forzada— de los sistemas económicos y agroalimentarios en los territorios andinos (Gundermann y González, 2009; Rothhammer y Santoro, 2001).

En las comunidades andinas del norte de Chile, esta desestructuración no solo ha significado una erosión cultural, sino que constituye una forma de exclusión social que impacta directamente en la autonomía y la seguridad de los territorios. Para los pueblos andinos, la alimentación no funciona como un núcleo aislado, sino que dialoga con múltiples dimensiones del conocimiento comunitario a través de una práctica integrada que conecta experiencias sensibles, tramas productivas y memorias colectivas.

Frente a este escenario, la presente investigación se inscribe en los estudios de la alimentación y examina los sistemas agroalimentarios de la precordi-

² Término con que los indios cuna (Panamá) denominan al continente americano en su totalidad (significa "tierra en plena madurez") y que fue sugerido por el líder aymara Takir Mamani, quien propone usarlo en sus documentos y declaraciones orales, pues llamar "con un nombre extraño" las ciudades, pueblos y continentes significaba someter la identidad del o los pueblos a la voluntad de los invasores y herederos. Ver <http://hdl.handle.net/10469/14969>

llera de Putre a partir de las memorias orales de sus habitantes mayores. El estudio analiza las transformaciones que emergen desde la memoria alimentaria y cómo estas configuran prácticas, sentidos y representaciones en las comunidades del norte de Chile. Para ello, se plantean tres objetivos principales: describir los sistemas tradicionales presentes en la memoria colectiva; identificar los procesos de transformación reconocidos por los actores; y explorar los significados que otorgan a estos cambios desde sus propias experiencias. Al indagar en estos relatos de cambio, la investigación parte del supuesto de que la memoria alimentaria no constituye una mera evocación, sino una forma encarnada de comprender los procesos de transformación e interpretarlos desde el presente. A través de aromas, sabores, objetos y paisajes, las personas elaboran juicios sobre lo vivido, ofreciendo claves para entender cómo las comunidades resignifican críticamente sus trayectorias.

Aspectos conceptuales: alimentación, memoria y territorio

Desde la antropología, la alimentación se comprende como un fenómeno profundamente cultural y social que trasciende la mera necesidad fisiológica. Se configura como un entramado de prácticas, representaciones y saberes que articulan dimensiones materiales, simbólicas y afectivas. Como plantea Jesús Contreras (1995), la cultura alimentaria es una construcción histórica situada, modelada por relaciones de poder, estructuras económicas y cosmovisiones locales.

Desde esta mirada, la alimentación está íntimamente ligada con los procesos de transformación estructural. Fenómenos como la globalización agroindustrial y las migraciones rurales afectan los modos de producir y consumir, generando procesos de homogeneización y el deterioro de las prácticas comunitarias (Contreras y Gracia, 2005; Gascón, 1998). Así, las prácticas alimentarias pueden leerse como un registro de las tensiones entre la continuidad y la ruptura, entre las formas tradicionales de vida y las imposiciones del mercado global.

En este estudio, el interés no radica en un diagnóstico técnico-productivo, sino en poner en valor los conocimientos de las generaciones mayores que practicaron un modo de vida agroalimentario sustentado en lógicas de reciprocidad. A través de sus relatos accedemos a una memoria encarnada que conserva dimensiones técnicas, pero también afectivas y rituales. La memoria es entendida aquí como un proceso activo y dinámico de interacción entre el recuerdo y el olvido (Candau, 2002), un dispositivo que permite reconstruir modos de vida y, simultáneamente, elaborar juicios críticos sobre las transformaciones vividas (Nora, 2009; Pollak, 2006).

Para comprender esta memoria en clave andina es preciso entenderla como una práctica situada que involucra el cuerpo, los sentidos y la cotidianidad (Rivera Cusicanqui, 2010). Los saberes se transmiten por la palabra, pero también por el gusto, el olor y el vínculo físico con el territorio.

MÉTODO

La investigación se desarrolló en la comuna de Putre, región de Arica y Parinacota, y centró el estudio en las localidades precordilleranas de Tignamar, Lupica, Saxamar y Belén. Estos poblados fueron seleccionados por su proximidad territorial y por los densos vínculos históricos y sociales que los conectan, gracias a lo que conforman un espacio biocultural representativo de la diversidad andina y sus transformaciones agroalimentarias.

Se adoptó un enfoque cualitativo de corte etnográfico, priorizando la memoria oral como fuente primaria. La producción de información se basó en entrevistas en profundidad realizadas a ocho personas mayores de 65 años, residentes en distintas localidades de la zona. La selección de las y los participantes respondió a su experiencia directa en prácticas agrícolas tradicionales y al reconocimiento comunitario de sus saberes. Se concibe la etnografía no solo como método de inmersión y escucha situada, sino como una estrategia para captar los significados que los propios actores atribuyen a sus vivencias (Guber, 2011; Restrepo, 2016).

Para el análisis se incorporó el modelo de Jack Goody (1995), el cual permitió caracterizar los sistemas agroalimentarios desde una perspectiva estructural que vincula lo técnico (producción) con lo simbólico (distribución y preparación). El procesamiento de los relatos permitió identificar patrones narrativos en torno a la organización del trabajo, las redes de reciprocidad y los sentidos de pertenencia.

Finalmente, las entrevistas fueron registradas con consentimiento informado, y el análisis se realizó respetando los principios éticos del resguardo identitario. La investigación se apoyó en vínculos construidos previamente a través de experiencias de trabajo territorial en la zona, lo que facilitó el acceso a las personas entrevistadas, generó espacios de confianza y permitió inscribir esta investigación como parte de una labor más amplia de colaboración con las comunidades.

HALLAZGOS Y RESULTADOS

Sistemas alimentarios tradicionales

La historia de las comunidades precordilleranas de la comuna de Putre se entrelaza con una serie de procesos de cambio, adaptación y continuidad: desde épocas preincaicas hasta los cambios generados por la colonización y la modernización estatal. Actualmente, persisten en estas memorias formas de vida centradas en el territorio, el trabajo colectivo y una ética del cuidado mutuo. Este apartado explora esas prácticas agroalimentarias tradicionales desde la memoria oral. Siguiendo la propuesta de Goody (2005), se organiza en tres dimensiones materiales: producción, distribución y preparación. Sin embargo, los relatos recogidos también evidencian una dimensión simbólica que atraviesa la práctica alimentaria y que no puede ser comprendida solo desde su materialidad. Por ello, se propone una cuarta dimensión de carácter

ritual, entendida como un elemento transversal que permite comprender la alimentación andina como un espacio cargado de significados afectivos, comunitarios y espirituales.

La producción

Al centrar la atención en la producción agroalimentaria, el interés se dirige tanto a los alimentos cultivados antiguamente como al trabajo que la hacía posible. Los relatos de comuneros y comuneros hablan de una vida marcada por el esfuerzo en el trabajo agrícola, donde madrugar formaba parte de la rutina diaria. El trabajo recaía principalmente en la familia y en la fuerza física de sus integrantes. Herramientas como la picota, la pala o la *chonta*³ exigían únicamente el esfuerzo del agricultor; no era común el uso de animales para el trabajo, mucho menos el de maquinaria. Lejos de representar un “atraso técnico”, el uso de estos métodos era una decisión óptima para la agricultura en el accidentado entorno precordillerano.

La distribución del trabajo seguía una lógica clara: la familia era el motor de la producción, y la edad, el criterio principal para asignar tareas. Las personas adultas se encargaban de preparar la tierra, sembrar, regar y cosechar, mientras que las niñas y niños eran responsables del pastoreo. Desde edades tempranas recaía en ellos la labor de guiar los rebaños de corderos hacia los

cerros y asegurarse de que se alimentaran bien. La experiencia se adquiría observando a las personas mayores, haciendo lo que ellas hacían; así, mientras las personas crecían, asumían mayores responsabilidades.

Siguiendo a Goody (1995), esto se conecta con su caracterización de las sociedades campesinas, donde la unidad familiar es también la unidad básica de producción y socialización, y donde el aprendizaje del trabajo agrícola se realiza principalmente por la observación y la repetición del hacer cotidiano. Sin embargo, dentro de este esquema centrado en el autoconsumo, coexistían también prácticas orientadas a la producción de excedentes con una clara vocación al intercambio.

El caso del orégano es emblemático en los pueblos de Saxamar y Belén, donde se producía en grandes cantidades y se almacenaba en habitaciones que llegaban a llenarse por completo. Esta producción excedentaria tensiona la imagen clásica de la agricultura familiar a pequeña escala, pues es recordada no desde lo marginal o lo doméstico, sino desde la monumentalidad del producto. Algunos comuneros recuerdan ese tiempo señalando:

“entrabas a Belén y sentías el olor a orégano [...], vieras la cantidad de animales cargados de orégano, caravanas gigantes. Era buenísimo”
(Juan, entrevista, enero de 2021).

³ Herramienta agrícola de origen ancestral andino, elaborada tradicionalmente de madera. Posee un extremo puntiagudo o en forma de paleta que se utiliza para horadar la tierra, lo que facilita la siembra manual de tubérculos como la papa.

El tono épico del recuerdo no enaltece el pasado por nostalgia, sino que señala una experiencia colectiva donde el volumen de la producción y la calidad del producto—el olor del orégano está fuertemente ligado a su valor culinario—configuran una escena significativa. Es por medio de la memoria visual y olfativa que se dimensiona la potencia productiva del territorio, y al mismo tiempo se reconoce un orgullo ligado al trabajo agrícola.

Esta coexistencia entre la producción para el autoconsumo y la generación de excedentes da cuenta de una organización productiva flexible, capaz de responder tanto a las necesidades domésticas como a las demandas externas. Como señala Contreras (1985), en la economía campesina andina esta lógica de doble finalidad es fundamental para la resiliencia comunitaria: se articula tanto la producción para el consumo familiar como la generación de excedentes destinados al intercambio en circuitos comerciales.

La actividad ganadera, especialmente la ovina y bovina, cumplía un doble rol. Se utilizaba para elaborar charqui y quesos artesanales destinados al consumo familiar, pero también como fuente de ingreso. En el pueblo de Ticnamar —reconocido por su actividad ganadera— era común preparar a los animales, engordarlos y luego venderlos en Arica, especialmente en fechas de celebraciones importantes. Al igual que en el caso agrícola, esta práctica es recordada desde la magnitud de la crianza: grandes rebaños, cientos de animales en movimiento y una organización

pensada tanto para abastecer la mesa como para sostener el intercambio.

Por otra parte, este trabajo productivo también se sostenía en formas de organización colectiva. Una de ellas era la *mita*, un sistema rotativo de riego regulado por un delegado elegido por la comunidad. A través de este sistema, un recurso limitado como el agua era distribuido a cada una de las chacras familiares. Este delegado decidía el orden de riego, y cada comunero debía respetar su turno. El cargo descansaba en la voluntad colectiva y, por ende, debía seguir criterios de equidad en la repartición:

“Tenía que ser justo, no podía hacer favores [...], a veces nos tocaba regar en la noche, para aprovechar el agua”
(Juan, entrevista, enero de 2021).

La importancia de estos sistemas rotativos y colectivos radica en que constituyen estrategias adaptativas que aseguran una distribución equitativa del recurso hídrico y refuerzan los vínculos de solidaridad y confianza social entre las y los comuneros. Esta práctica da cuenta de una racionalidad centrada en el cuidado del recurso hídrico, donde el tiempo está regido por ciclos socioecológicos construidos colectivamente. Es el trabajo agrícola el que se adapta al orden y a la temporalidad de su distribución, y no al revés.

Esta interdependencia entre lo individual y lo colectivo se manifestaba con igual fuerza en actividades como la limpieza de canales o la siembra en terrenos comunitarios, que también

mostraban la importancia del trabajo colectivo para la comunidad.

“Antes había terrenos comunitarios, este cerro va a ser para todo, decían [...]. Entonces era toda la comunidad a las terrazas. Y te decían: ‘te toca a ti regar’, ‘te toca a ti desmalezar’, ‘te toca ti otra cosa’. Y a la cosecha, ya, todos por igual”

(Ernesto, entrevista, enero de 2021).

Este relato da cuenta de una lógica donde los niveles producción entre lo familiar y lo comunal se entrelazaban de forma estructural. El cultivo en huertas familiares era posible porque existía una infraestructura comunal que asignaba las labores: abrir canales, repartir el agua, preparar colectivamente los suelos. Como forma de sellar ese esfuerzo compartido, cada faena concluía con comida y celebración. Estos momentos eran un acto de reafirmación colectiva, donde el trabajo se convertía también en vínculo, y la producción en una forma de vida compartida. Producir, en este contexto, no era solo obtener alimentos, sino sostener relaciones, mantener una economía viva y garantizar su continuidad.

La distribución

Hablar de distribución no se limita al simple traslado de alimentos desde un punto a otro, sino que remite a las redes que este movimiento construye y a las dinámicas sociales que emergen en ese tránsito desde la tierra al plato. La circulación alimentaria es un proceso socialmente estructurado, en el que

se expresan relaciones de cooperación y jerarquización. Comprender la distribución permite observar la logística alimentaria y la complejidad organizacional de la sociedad que la pone en marcha (Goody, 1995).

Los relatos de los comuneros muestran una logística autónoma de los alimentos que se desplegaban en distintos circuitos: desde el autoconsumo y el reparto colectivo de cosechas comunales —que garantiza el sustento interno— hasta redes de intercambio que conectaban la precordillera con el altiplano y la costa, permitiendo complementar la dieta precordillerana uniendo el sistema local con redes de mayor alcance.

Entre estos movimientos, el trayecto hacia las afueras del pueblo era el más exigente. Desde la precordillera hacia Arica —y en menor medida hacia el altiplano— se organizaban grandes caravanas que tardaban días en llegar a su destino, con animales listos para ser vendidos, o cargados con sacos de orégano, muy apreciados en los mercados costeros. Comuneros ligados a la ganadería recuerdan esa experiencia:

“Yo hice ese viaje. Salíamos temprano y llegábamos primero a Kero. Entonces ahí llegábamos, los papás te hacían poner la teterita, tomabas tecito, y al otro día, en la mañana, se cargaba. De ahí llegabas como a las tres de la tarde a Arica”

(Carlos, entrevista, enero de 2021).

La relación entre las y los comuneros y los dueños de los tambos⁴ solía estar mediada por la confianza y el compadrazgo. Con la llegada de las carava-

nas se armaban verdaderas fiestas, y no era raro que ya estuviera preparado lo necesario para abastecer a quienes bajaban desde la precordillera. Estos lugares no eran simples puntos de venta, sino espacios de hospitalidad, descanso y encuentro, donde el intercambio no se limitaba a lo material. De esta manera, la distribución alimentaria articulaba dimensiones económicas con vínculos afectivos y normas sociales de compromiso.

Por otra parte, también existían rutas no centradas en el comercio, pero igual de importantes para el sostenimiento del sistema agroalimentario. Es el caso de las rutas guaneras, utilizadas para recolectar guano marino, esencial para la fertilidad del suelo. Estas movilizaciones, lejos de ser marginales, eran centrales en la reproducción del sistema agroalimentario al conectar diferentes pisos ecológicos y reforzar el principio andino de complementariedad, según el cual se articulan diversos espacios productivos como una totalidad integrada (Murra, 1975).

En conjunto, los relatos muestran que el movimiento de los alimentos no era un acto secundario ni meramente técnico. La distribución estructuraba la vida social en la precordillera: a través del desplazamiento se construía la memoria del territorio, se generaban vínculos dentro y fuera de la comunidad, y se reafirmaban lazos de afecto y reciprocidad.

Es importante destacar la coexistencia de circuitos alimentarios complejos, internos y externos, que desafían una lectura simplificada del sistema tradicional como autocontenido. Aunque parte de la producción se destinaba al autoconsumo y al intercambio comunitario, también existían redes que conectaban la precordillera con centros urbanos del altiplano y la costa. Si bien en las sociedades tradicionales el comercio tiende a estar subordinado a vínculos de parentesco y redistribución, los relatos muestran su coexistencia con flujos mercantiles más amplios. Así, el sistema agroalimentario precordillerano no era cerrado, sino una red dinámica de bienes, personas y relaciones, donde reciprocidad y trueque convivían con lógicas comerciales y circuitos de mayor alcance.

La preparación

Las preparaciones alimentarias son la materialización culinaria de un sistema agroalimentario; es allí donde los productos toman forma y sabor, expresando de manera ineludible la identidad de una comunidad. Desde esta perspectiva, lo importante es el alimento y todo lo que lo hace posible: el conocimiento técnico, la relación con el entorno y las relaciones sociales implicadas en su elaboración. Como señala Garine (1995), la cocina es una práctica biocultural en la que se entrelazan saberes,

⁴ El término *tambo* (del quechua *tampu*) refiere a las posadas y centros de acopio que el Estado incaico mantenía a lo largo de sus caminos para el abastecimiento. En los relatos de los comuneros sobre la precordillera de Putre, los tambos aparecen también como nodos de descanso y comercio estratégico situados en las rutas hacia la costa.

medioambiente y estructura social. Al mismo tiempo, dicha práctica reproduce jerarquías simbólicas y vínculos de género que reflejan el orden social de cada comunidad.

En las comunidades precordilleranas, esta labor recaía casi exclusivamente en las mujeres, quienes poseían el saber culinario y lo transmitían generacionalmente a través del ejercicio mismo de cocinar, un conocimiento transmitido a través del aprendizaje encarnado, sostenido en la repetición, el cuerpo, los sentidos y la imagen. Cocinar, en este contexto, era aprender mirando, oliendo y haciendo junto a otras, entendiendo que la memoria no se conserva solo en la palabra, sino en las prácticas cotidianas (Rivera Cusicanqui, 2010; Sutton, 2001).

En los relatos aparecen múltiples preparaciones acompañadas de técnicas específicas. Una de ellas es la elaboración del chuño a partir de papas pequeñas previamente seleccionadas que se dejaban durante las noches más heladas, expuestas al frío intenso de la precordillera. Era ese proceso el que las deshidratava y permitía su conservación.

La preparación de quesos también implicaba saberes especializados. La leche se trataba con cuajo natural, extraído del estómago de crías fallecidas —vacas, corderos o cabras— que se dejaba secar previamente. Esto permitía cortar la leche y dar forma al queso, que luego era vertido en moldes tejidos con toto-

ra, donde se impregnaba de las marcas del tejido.

Respecto a las herramientas o utensilios empleados, se observan algunos de carácter familiar y otros de uso colectivo. La herramienta por excelencia para la cocina era el batán: una superficie de piedra acompañada de una piedra redonda —comúnmente de río— con la cual se podía moler todo tipo de granos y también machacar otros productos, para lo cual era importante ajustar la fuerza y el ritmo para lograr un molido adecuado.

También destacan los hornos de barro utilizados para preparar panes, empanadas y otros alimentos. En ciertos pueblos existían hornos colectivos que permitían cocinar grandes cantidades, especialmente durante las festividades. Así, el horneado se transformaba en una ocasión de encuentro:

“Hoy día vamos a hacer pan en la casa de la señora Carmen, y todas hacían sus masas y venían con su canasto a conversar mientras hacían el pan al lado del horno [...]. Y la daban vuelta para el otro lado y ¡pa' fuera! Así era. Entretenido. Toda la tarde las señoras ahí, comíamos pan calentito. Era lo más rico. Y las dueñas de casa se ponían con el té”

(Edith, entrevista, enero de 2021).

Esta cocina colectiva se expresaba con más fuerza durante los carnavales. Platos como la *kalapurka*⁵ o la *guatia*⁶ adquirían protagonismo por su sabor

⁵ La *kalapurka* (del aymara *qala phurka*) es una sopa tradicional andina preparada con papas, carnes y maíz, caracterizada por el uso de piedras volcánicas incandescentes que se introducen en la olla para alcanzar su cocción final.

y las relaciones sociales implicadas en su preparación. Si bien en lo cotidiano cocinar era labor femenina, en estas ocasiones la tarea se ampliaba a otros miembros de la comunidad. En el caso de la *guatia*, por ejemplo, los hombres cavaban el hoyo y calentaban las piedras, mientras que las mujeres preparaban los ingredientes. Así, la cocina se expandía más allá del ámbito doméstico-familiar para situarse en el terreno de lo colectivo, donde la comunidad se volvía cocinera y comensal a la vez.

Estos momentos de cocina colectiva permiten reflexionar en torno a la diferenciación en las prácticas culinarias y cómo estas comúnmente suelen ir de la mano de la estratificación social, expresándose en quién cocina, qué se cocina y para quién (Goody, 1995). Sin embargo, en estas escenas aparece una lógica distinta, donde la comensalidad actúa como dispositivo de cohesión social, y la preparación colectiva tiende puentes entre géneros y familias. Todos cocinan, todos comen: la cocina deja de ser una tarea individual o doméstica y se transforma en un espacio de encuentro horizontal.

De esta manera, las técnicas culinarias no solo producían alimentos, sino que reproducían un sistema de relaciones, afectos y pertenencias. La cocina, en este sentido, se convierte en un espacio

donde la memoria, las emociones, los sentidos y el territorio se entrelazan.

Como sugiere Rivera Cusicanqui (2010), es en la práctica donde se conserva el saber, y es en actos como el de cocinar y comer donde el cuerpo, el paisaje y las personas se encuentran.

Entramado ritual

El componente ritual es una dimensión central del sistema agroalimentario tradicional. Más allá del trabajo material, los relatos permiten identificar una lógica simbólica que atraviesa todo el proceso agrícola. En este nivel, el quehacer cotidiano adquiere un sentido más allá de lo funcional: se rige por principios que vinculan lo humano, lo natural y lo espiritual. Retomando la propuesta de Mary Douglas (1995), podemos ver que estos simbolismos ordenan lo comestible, pero también lo social, expresando valores éticos sobre cómo deben relacionarse las personas entre sí y con su entorno.

En consecuencia, durante todo el ciclo agrícola, la tierra es tratada como una entidad viva y consciente. Esta relación se expresa con claridad en la figura de la *Pachamama*⁷, a quien se honra y agradece en cada siembra y cosecha. Más que un gesto simbólico, se habla de una

⁶ La *guatia* (del quechua *watya*) es un plato de carnes y tubérculos cocidos en un horno excavado en la tierra, que utiliza el calor de piedras o terrones precalentados para una cocción lenta y hermética.

⁷ Deidad de los pueblos andinos que representa a la Madre Tierra en un sentido integral, que abarca no solo el suelo físico, sino también el tiempo y el espacio. En la vida de los comuneros se manifiesta como una entidad protectora y proveedora a la cual se le rinde culto mediante ritos de agradecimiento para asegurar la armonía y la fertilidad en los ciclos agrícolas.

relación de reciprocidad. La *pawa*⁸ presenta así ese gesto ritual que permite esa conversación recíproca con la tierra:

“Mi abuela me decía: ‘Juan, tenís que ir allá, acuérdate que tenís que hacer la pawa, pedirle al Señor que nos vaya bien’. El respeto era sagrado”

(Juan, entrevista, enero de 2021).

Esta forma de entender el mundo se concibe como una ontología propia del mundo andino (de la Cadena, 2015), en la que los cerros, las aguas o la tierra no son “naturaleza”, sino sujetos que cohabitan con las personas en relaciones sociales activas, y por lo tanto entran en estas dinámicas de respeto y reciprocidad.

Rituales como el *pachallampe*⁹ reafirman esta lógica en la que lo agrícola, lo territorial y lo espiritual se entrelazan. Eran ceremonias que marcaban momentos clave del calendario: la siembra, para pedir; la cosecha, para agradecer. La comunidad entera participaba de distintas formas: unos trabajando la tierra, otros decorando con serpentina; se preparaba comida, se festejaba, se danzaba. Trabajo, celebración y espiritualidad se tejían mutuamente:

“Todo para que la tierra estuviera contenta y tuviera buenos frutos”

(Marta, entrevista, enero de 2021).

Es así como el calendario de festividades se encuentra estrechamente vinculado con el ciclo agrícola. Las fiestas marcan hitos dentro del año en los que se movilizan personas, animales y recursos. Estas fechas no solo honran a las divinidades—tanto cristianas como andinas—, sino que también organizan colectivamente el tiempo agrícola y lo dotan de un significado que va más allá de lo productivo, incorporando también lo identitario.

Además de su dimensión simbólica, lo ritual cumple un papel estructurante y reproductivo del sistema agroalimentario. Desde la petición y el agradecimiento a las divinidades se establece un marco temporal, relacional y comunitario que da forma al ciclo agroalimentario completo. En este sentido, lo ritual acompaña la producción de alimentos, dotándola de sentido y ritmo: marca los tiempos, orienta las acciones y les da movimiento, integrando lo material con lo simbólico.

Procesos de transformación

Los sistemas agroalimentarios tradicionales no desaparecen de forma abrupta; se transforman lentamente y, a menudo, de manera silenciosa. El análisis de los relatos permite ordenar esos

⁸ El término *pawa* (del aymara *phawaña*) se refiere a la ceremonia ritual de agradecimiento y petición que se realiza al inicio de cualquier actividad comunitaria importante. Consiste en una ofrenda de hojas de coca, alcohol y otros elementos sagrados que se esparcen sobre la tierra para solicitar el permiso y la bendición a las deidades.

⁹ El *pachallampe* (del aymara *pacha*: tierra, y *llampu*: suave o molido) es una festividad y faena comunitaria para la siembra de la papa. Durante el proceso, los comuneros entonan cantos tradicionales mientras preparan la tierra y depositan las semillas, transformando la labor agrícola en un ritual colectivo que refuerza los vínculos entre la comunidad y su territorio.

cambios en una secuencia que progresa del plano relacional al territorial.

Primero, en los vínculos cotidianos, la pérdida de la ética de reciprocidad erosiona la confianza y la colaboración. Ese desgaste repercute en el nivel institucional, tensionando la organización comunitaria y sus acuerdos. En un tercer nivel, la comunidad debilitada queda más expuesta a las presiones económico-ambientales, lo que compromete la viabilidad del trabajo agrícola. Finalmente, la secuencia desemboca en el territorio con la migración y el despoilamiento de la precordillera.

Este marco analítico revela cómo distintos niveles de cambio se entrelazan en la memoria de quienes habitaron y habitan estos territorios.

De la reciprocidad al pago: transformaciones en la organización del trabajo agrícola

Es difícil atribuir a un solo elemento el origen de las transformaciones socio-culturales de las comunidades, sobre todo cuando esa historia se construye desde un relato situado en el que se entrelazan recuerdos y emociones. Sin embargo, es posible observar cómo los aspectos cotidianos del convivir revelan procesos de cambio más profundos. En los relatos de los comuneros, uno de los elementos que emerge con mayor claridad es la transformación de las formas de colaboración asociadas al trabajo agrícola: lo que antes se entendía como deber compartido y ayuda mutua, comienza a ser reemplazado por

relaciones mediadas por el intercambio monetario.

“Antes era por voluntad. Si tú no podías limpiar tu parte del canal, otro lo hacía por ti, sin esperar que le pagaran; a veces, con una comida bastaba. Ahora es distinto, todo se cobra”

(Ernesto, entrevista, enero de 2021).

Esta transición se vive como una pérdida ética que erosiona el vínculo que sostenía el trabajo colectivo. Tal como señala Jesús Contreras (1995), los sistemas alimentarios no son solo estructuras técnicas, sino que también redes de relaciones sociales que organizan la vida cotidiana y la pertenencia comunitaria; su alteración refleja el debilitamiento de acuerdos sobre el compartir, el deber mutuo y la confianza. Así, las tareas agrícolas dejan de ser espacios de encuentro y reafirmación colectiva para convertirse en labores aisladas e individuales: la figura del vecino que colabora se desvanece, y en su lugar surge una lógica de servicio condicionado al pago.

Este tránsito merma la confianza entre los comuneros: surgen temores a que el otro no cumpla, cobre de más o, simplemente, no aparezca. Se pierde la previsibilidad de las acciones y se instala un clima de desconfianza que, en última instancia, dificulta la continuidad del trabajo agrícola.

“Ya no se pide nomás. Hay que negociar, mirar bien a quién le pedís, porque no todos cumplen. Antes uno confiaba; ahora no se puede”

(Juan, entrevista, enero de 2021).

Como advierte Jack Goody (1995), cuando las relaciones alimentarias y laborales se reconfiguran bajo la lógica mercantil, se debilitan las formas de redistribución y reciprocidad que tradicionalmente sostenían la vida comunitaria. Las narrativas sugieren que lo erosionado no es solo una práctica productiva, sino una forma de vida basada en la solidaridad y el compromiso mutuo. No incomoda el dinero en sí, sino su irrupción como única mediación posible, que desplaza otras maneras de estar con los demás. En este punto, lo que está en juego no es solo una relación económica, sino el orden social que se expresaba simbólicamente en el acto de colaborar, dar y recibir (Douglas, 1995).

Fragmentación organizativa: disputas por la legitimidad comunitaria

Si el paso de la reciprocidad al pago señala una transformación en el plano relacional, ese desgaste se proyecta ahora en el nivel institucional, donde altera la lógica organizativa de los grupos humanos. En la comunidad tradicional, la asamblea y el consenso eran los marcos a través de los cuales se atendían los asuntos colectivos, se tomaban decisiones y se elegían autoridades.

El recuerdo del “pueblo” como estructura organizativa aparece con claridad cuando los comuneros hablan sobre cómo “nos organizábamos antes”: una estructura simple pero fuertemente legitimada en la memoria, que era capaz de condensar la voluntad colectiva. Sin

embargo, esta forma de organización va siendo desplazada paulatinamente por nuevas instituciones, muchas de las cuales responden a necesidades externas al propio pueblo.

“Antes la organización del pueblo era sencilla y se respetaba, se reunían en asamblea, elegían al regidor del agua a mano alzada y todo se cumplía. No existían las famosas juntas de vecinos ni la comunidad indígena, era solo ‘el pueblo nomás’ [...]. Se resolvía todo hablando”

(Ernesto, entrevista, enero de 2021).

Así, hoy conviven múltiples organizaciones en un mismo pueblo: algunas orientadas a la relación con el Estado, otras centradas en temas agrícolas y otras en lo festivo. Esta coexistencia provoca que los límites o facultades de cada estructura sean difusos, erosionando su legitimidad, ya que no todos los comuneros participan por igual en cada una de ellas. Como advierte Mary Douglas (1995), cuando las categorías que estructuran la vida colectiva pierden claridad —quién decide, quién pertenece, quién regula—, se quiebra también el orden simbólico que da coherencia al conjunto.

Si bien el desacuerdo es parte de cualquier colectivo, esta multiplicidad de figuras puede dificultar la llegada a consensos y dar espacio a conflictos. Varios comuneros perciben que la organización del pueblo ha ido “desviándose” producto del ingreso de dinámicas externas que tensionan la lógica comunal:

“Entró la política, lo hizo todo tira, lo hundió. Las amistades, las hermandades que teníamos en las comunidades se rompieron por la política [...]. Ahora dicen que hay uno dueño de toda el agua, él puede tener el mes completo corriendo el agua. Eso no es justo tampoco”

(Juan, entrevista, enero de 2021).

Esta percepción no debe entenderse como una oposición simplista entre un pasado idealizado y un presente degradado, sino como la expresión de un horizonte organizativo y moral en tensión. La fragmentación institucional y la imposición de lógicas estatales — como la privatización del agua — generan conflictos y erosionan mecanismos tradicionales de gestión. Retomando a Goody (1995), el tránsito desde sistemas basados en la oralidad y la asamblea hacia modelos que descansan en la escritura, la burocracia y el registro formal no es neutro: implica la irrupción de otros códigos de autoridad, lo que transforma las formas de deliberación, control y legitimidad.

Así, la incorporación de estos nuevos códigos sociales afecta lo organizativo y repercute en lo material y ecológico. La transformación de los modos de gestión del agua muestra cómo los cambios institucionales alteran también los vínculos con el entorno. La figura del “dueño del agua”, antes impensable, revela justamente este punto y nos habla de la profundidad de esta transformación.

Así, la fragmentación organizativa constituye una manifestación de una transformación profunda: se quiebran los modos tradicionales de toma de

decisiones, se debilita el sentido de comunidad y emergen nuevos espacios de disputa por el poder, reconfigurando las relaciones entre las personas y su entorno.

Inviabilidad económica: el desgaste de quedarse

Parte de habitar un territorio también implica la capacidad de sostener ese estilo de vida a través del tiempo. No se trata solo de sobrevivir, sino de contar con las condiciones materiales que permitan producir, intercambiar y abastecerse de todo lo necesario para proyectar una vida no solo posible, sino también deseable en el territorio (Harris, 1989).

Durante décadas, el intercambio con distintos centros costeros y altiplánicos permitió a los pueblos precordilleranos crear redes comerciales capaces de generar beneficios económicos importantes, una dinámica sostenida en las capacidades productivas del propio territorio, tanto en la agricultura como en la ganadería. Sin embargo, esta base se vio sacudida por una sequía severa, aún muy presente en la memoria de los comuneros. La falta de agua generó un escenario crítico para las economías precordilleranas: se secaron las chacras, se perdieron las cosechas y no había suficiente forraje para alimentar a los animales. Muchos agricultores debieron migrar hacia valles más costeros, menos afectados por la sequía, trasladando con ellos también la fuerza productiva del territorio. Aunque el episodio de la sequía corresponde a un

hito concreto, la problemática en torno al agua se ha mantenido como una preocupación constante, e incluso se ha profundizado:

“Con la sequía, primero algunos empezaron a bajar. A algunos les dieron terreno en Lluta, a otros en Azapa [...]. El agua ya no era como antes, cuando uno iba al río y cualquiera hacía una toma; ahora no: el agua es poca [...]. Los valles están todos secos. Y ahora nos toca a nosotros... se viene fuerte”

(Carlos, entrevista, enero de 2021).

La escasez hídrica, el debilitamiento de las redes comunitarias y la migración de parte importante de la población han erosionado las condiciones para sostener la vida en la precordillera. A pesar de que muchos comuneros expresan el deseo de seguir cultivando, también reconocen las dificultades del presente:

“Ahora ya ningún negocio conviene allá arriba, ya no sale a cuenta”

(Carlos, entrevista, enero de 2021).

Así, temporada tras temporada, terminan acumulando solo pérdidas.

Cambios institucionales afectaron profundamente las economías locales. El cierre del matadero de Arica, reiteradamente mencionado en los relatos, marcó un quiebre para la ganadería. Ya no era posible vender directamente en la ciudad: el ganado debía trasladarse a otras regiones, lo que encareció y burocratizó la actividad. Además, nuevas normativas sanitarias, imposibles de cumplir, excluyeron a productores locales del circuito formal.

“Cuando se acabó el matadero, también se acabó la ganadería... uno tiene que esconderse para matar un cordero, porque si lo pillan sin papel, te cae multa”

(José, entrevista, enero de 2021).

Como plantea Goody (1995), los sistemas alimentarios tradicionales tienden a ser desplazados cuando irrumpen regulaciones estatales que imponen nuevas reglas, registros y procedimientos ajenos a los marcos locales. En este caso, la lógica burocrática —con su control y fiscalización— transforma radicalmente la manera en que las personas producen, procesan y comercializan los alimentos. La imposición de estos marcos desorganiza la dimensión productiva, actuando como un mecanismo de control que, mediante la amenaza de sanción, sitúa la labor agroganadera en la esfera de lo punible.

En este escenario, la inviabilidad económica no se reduce simplemente a la falta de ingresos, sino que además refleja el desgaste acumulado de las condiciones que durante años permitieron sostener una vida agroganadera. Factores climáticos, sociales e institucionales han ido fracturando ese equilibrio, y aunque la producción aún persiste en muchos pueblos, lo hace bajo condiciones cada vez más exigentes. Para muchos comuneros, seguir así ya no es un proyecto deseable ni viable.

Migración y ruptura generacional

El desplazamiento de las y los habitantes de la precordillera hacia las urbes costeras ha sido uno de los procesos

más significativos y sentidos por las comunidades, pues marca una ruptura profunda en las dinámicas y trayectorias de vida de sus habitantes. Sostener un estilo de vida se vuelve difícil cuando son las propias vidas las que se marcan. Así, la migración no implica únicamente dejar atrás un territorio, sino también una forma de habitarlo, de relacionarse con los otros y de proyectar expectativas sobre el futuro.

En los relatos, este proceso se presenta como paulatino y generalmente protagonizado por los más jóvenes. Son ellos quienes se dirigen a la ciudad de Arica, muchas veces motivados por el deseo familiar de acceder a la educación escolar y con ello alcanzar mejores condiciones de vida. Esta idea se sustenta en la percepción de que la vida en la precordillera es exigente, sacrificada y compleja, hostil en comparación con el estilo de vida que ofrece la ciudad. La salida de los jóvenes fue, en muchos casos, el punto de partida de un proceso más amplio que fue relocalizando, poco a poco, a los grupos familiares en la zona costera.

A pesar de esto, la migración convivió durante un tiempo con retornos estacionales. Los hijos bajaban a estudiar, pero subían en verano para apoyar a sus padres y abuelos en el trabajo agrícola. Estas estadías los conectaban con la dinámica del pueblo; el recuerdo de actividades, fiestas y campeonatos de fútbol reactiva la experiencia de comunidad y pertenencia:

“En verano terminaban las clases y subíamos. Antes subíamos en camión, era hasta Zapahuira, y de

ahí nos íbamos a lomo de animal [...], éramos hartos, como 100 de mi edad [...]. Aparte de regar y cosechar, jugábamos a la pelota todos los días, hacíamos campeonatos en el pueblo”
(José, entrevista, enero de 2021).

Sin embargo, con el tiempo esa dinámica se fue debilitando. El asentamiento definitivo en la ciudad se volvió más común, y con ello surgieron nuevas trayectorias de vida: continuación de estudios superiores, ingreso al trabajo asalariado o formación de familia en espacios urbanos. Solo un grupo reducido —en general, los hijos mayores— retornó para continuar con las labores agrícolas.

Así, la continuidad generacional del trabajo agrícola fue erosionándose. La agricultura, antes compartida en familia, se volvió una carga sostenida por cada vez menos personas, lo que debilitó también los vínculos sociales cotidianos. El paisaje mismo del pueblo cambió: chacras abandonadas, potreros secos, casas vacías.

“Todo cambia, ya no hay quien aprenda. Y muchos predios botados, secos. No van. Se han muerto los viejos, y los hijos, los nietos, ya no van”
(Ernesto, entrevista, enero de 2021).

En este escenario —como advierten Contreras y Gracia (2005)—, los procesos de modernización tienden a marginar las economías campesinas, empujándolas hacia una condición de vulnerabilidad permanente. Esa exclusión comienza, paradójicamente, con la presión (o el anhelo) de acceder a la es-

colaridad formal: son los jóvenes quienes parten a la ciudad para “educarse” y, tras ellos, poco a poco, se desplaza el pueblo en su totalidad.

Aun así, el vínculo con el territorio no desaparece del todo. Muchas personas mantienen contacto con sus pueblos — sobre todo en fechas festivas —, aunque desde una lógica distinta de la que motivaba a sus mayores. Hoy ese vínculo está más ligado a la memoria y al afecto por el territorio, percibido como un gesto de retorno o de cierre de ciclo.

La memoria cumple aquí un rol esencial. Como plantea Pérez-Taylor (2002), la memoria colectiva opera como un puente que permite a los sujetos transitar entre la tradición y los contextos de modernidad. Así, al volver, los comuneros no solo evocan el pasado, sino que también reactivan prácticas y vínculos que permanecen latentes. El territorio se convierte en un espacio de recuerdo y posibilidad, donde sembrar, festejar o regar deja de ser un simple eco y se reinscribe como una práctica (re)actualizable en el presente.

“En el caso mío, después de los 65 años volví arriba, después de haber trabajado toda la vida [...]. Porque tengo que ir a regar, a sembrar, a cosechar, a desmalezar todavía. A mí me gusta, porque el que nació allá le gusta sembrar, le gusta la tierra”
(Juan, entrevista, enero de 2021).

Desde una mirada andina, recordando a Rivera Cusicanqui (2010), retornar no es solo volver a un lugar: es reactivar el vínculo con una tierra viva. Así, el acto de sembrar permite rehacer una rela-

ción que sostiene identidad, cuerpo y comunidad. Aunque los ciclos se rompan, el territorio sigue siendo una posibilidad de reencuentro.

Memoria alimentaria

En este apartado las memorias alimentarias son el centro del análisis. Siguiendo a Candau (2002) y Pollak (2006), se entiende la memoria como un proceso encarnado en sentidos, cuerpo, objetos y paisaje, que no solo evoca escenas alimentarias del pasado, sino que permite comparar y juzgar la vida actual. El análisis se organiza en dos movimientos: primero, en cómo los recuerdos sensoriales reconstruyen escenas de vida, territorio y pertenencia; segundo, en las ambivalencias y tensiones que emergen al contraponer pasado y presente. Así, la memoria opera como espacio de reflexión crítica sobre los cambios y continuidades que trae la migración a las ciudades.

Memorias que reconstruyen escenas: sentidos, cuerpos y objetos

Más que un ejercicio abstracto, la memoria se ancla en experiencias situadas de lo que fue habitar la precordillera y de los múltiples cambios que las personas debieron atravesar. Al preguntar por la alimentación, lo que emerge no es una lista de productos consumidos, sino escenas completas donde el alimento se integra en la experiencia vivida.

En este marco, la memoria alimentaria se activa desde el cuerpo y los sentidos. Al hablar de alimentos, inevitablemente también hablamos de aromas y sabores que funcionan como vehículos sensibles de la memoria:

“Tú entrabas a Belén y sentías el olor a orégano, el olor se pasaba a la ropa, y era porque sembrábamos harto. Belén era como la capital del orégano, y de eso vivíamos”

(Juan, entrevista, enero de 2021).

A través de su aroma, el orégano condensa el valor de las relaciones económicas y sociales del pueblo. Más que un cultivo, se transforma en un elemento central de la identidad territorial, reconocido y recordado por sus habitantes. La memoria olfativa tiene la capacidad de activar escenas completas del pasado y de encender asociaciones sensoriales y emocionales; no obstante, es por esta misma razón que la ausencia actual de ese aroma nos habla de un cambio a nivel productivo, pero también de un desvanecimiento de la identidad territorial del lugar.

El sabor también aparece en los relatos como matriz crítica desde la cual se compara el presente. Lo sabroso, lo natural, lo “de antes” emergen como criterios de valoración del cambio:

“La última chiquiza¹⁰ que comí fue en su casa, con su señora: con corderito, con chivato frito. Hace tiempo que

no me daban un plato de bistec con cebollita y unas siete u ocho papitas chiquizas bien ricas. Tú te comes esas papas y, comparadas con las de ahora, que parecen plásticas, todas transgénicas”

(Carlos, entrevista, enero de 2021).

Más allá de la pérdida de un producto o un sabor, lo que se expresa es una transformación profunda en la cultura alimentaria. La memoria gustativa opera aquí como una forma de juicio crítico: desde ella se evalúa un presente percibido como artificial y desvinculado del territorio, de la comunidad e incluso de la salud. Es la pérdida del control y de la soberanía sobre lo que se consume lo que provoca esta enajenación, homogeneizando la dieta y despojando al alimento del profundo valor que antes poseía.

Estas percepciones entre el pasado y el presente también encuentran anclaje en las materialidades y herramientas. Objetos como el batán cargan con recuerdos que conectan lo alimentario con lo familiar y lo ancestral:

“Mi abuelito nos hacía moler maíz toda la noche con unas piedras que se llamaban el batán. Era una piedra bien extendida, como una bateíta. Dicen que esas piedras eran de los gentiles. Había de diferentes tipos [...], están aún en las casas del pueblo”

(Sonia, entrevista, enero de 2021).

¹⁰ La papa *chiquiza* corresponde a una variedad de papa nativa (ecotipo) de la zona altoandina, caracterizada por su tamaño pequeño y su distintiva piel de color rojizo. Representa un producto del patrimonio agroalimentario que ha sobrevivido gracias a la transmisión de técnicas de cultivo generacionales, que le han permitido adaptarse a las condiciones específicas de la altura.

Estos objetos evocan memorias individuales que habilitan recuerdos familiares, trayendo a los antepasados al presente. El batán, en su uso y presencia, condensa una relación entre cuerpo, técnica y memoria viva.

Del mismo modo, el paisaje también se convierte en archivo. Es el caso de los cordeles utilizados en la recolección de guano, que aún cuelgan en los farellones costeros como huellas de un trabajo arriesgado:

“Y hace unos tres años fui hasta La Corazones, al final, y ahí estaban los cordelitos colgando. Me emocioné, porque pensé que por ahí tuvo que haber bajado él. Estaban clavados los fierros y los cordeles; seguramente algunos ya se cortaron, pero todavía quedan colgaditos”

(Sonia, entrevista, enero de 2021).

Lo que antes fue parte de la rutina agrícola, hoy se recuerda como proeza: el pasado es resignificado desde el presente como orgullo, como gesto de valentía. Como diría Nora (2009), cuando la continuidad se quiebra, el recuerdo adquiere forma de lugar simbólico: un espacio material que condensa tiempo, afecto e identidad, transformando el paisaje en una voz de reconocimiento y valor hacia el trabajo de los comuneros precordilleranos.

Ambivalencias de la memoria: nostalgia, sacrificio y progreso

La memoria alimentaria se construye desde diversas miradas que, al entrelazarse, permiten reconocer una expe-

riencia compartida a través de la singularidad de cada relato.

Sin embargo, estas escenas no se recuerdan desde una perspectiva homogénea, sino como un entramado complejo del que emergen emociones contrapuestas o memorias ambivalentes.

Los recuerdos pueden despertar nostalgia o tristeza; también transitan entre el orgullo y el dolor, según la trayectoria de vida de quien narra. Mientras algunas personas evocan en la vida precordillerana la “hermandad” de la comunidad tradicional, las mingas y los convites, emergen también memorias disonantes que hablan del sacrificio, del frío, de las jornadas exigentes y de una disciplina familiar severa:

“Las abuelitas eran superestrictas, no se les podía decir nada. Si hacías algo mal, te sacaban la que no tenías... Jugábamos con mi hermano, y, claro, los corderos se nos quedaban; a veces los zorros se metían entre medio y se llevaban uno... Y cuando las abuelas volvían y faltaba un cordero, nos caía la mugre [...], la vida era muy dura”

(Edith, entrevista, enero de 2021).

Estas memorias cruzadas no proyectan una imagen idealizada del pasado: la vida comunitaria aparece como una cotidianidad cargada de momentos de dulzura y dureza, orgullo y vergüenza, cariño y temor. Como señala Candau (2002), la memoria es un proceso subjetivo y dinámico, atravesado por afectos, y no una simple reproducción fiel del pasado.

A este contraste emocional se suma una segunda tensión: el orgullo por el ascenso social frente a la marca del “atraso” rural. Varios comuneros destacan que, gracias al sacrificio familiar, lograron mejorar sus condiciones de vida al migrar a la ciudad:

“Así nos criaron. Y, sin querer sonar vanidoso, la mayoría de mi pueblo se hizo profesional; hijos de esos viejitos hoy son profesores, ingenieros, médicos”

(Carlos, entrevista, enero de 2021).

Este cambio se celebra como un logro colectivo, pero también refleja una concepción que relega la vida agrícola a la esfera de lo “duro” o “bruto”:

“Era una manera muy bruta, muy sacrificada de vivir [...]. La gente quería otro tipo de vida, a civilizarse, porque a eso se vinieron, era como otro mundo”

(Edith, entrevista, enero de 2021).

Tal como plantea Goody (1995), el paso de la vida agrícola a la urbana transforma las prácticas alimentarias, y con ello los valores asociados. Se reemplaza la oralidad, el saber práctico, el trabajo manual y la tierra, por nuevos códigos ligados a la técnica, la profesionalización y la ciudad. Esta transición redefine el estatus del saber alimentario y reordena los vínculos con el territorio. Al mismo tiempo, la narrativa del “progreso” se construye sobre una clasificación que contrapone modernidad y atraso. Como advierte Mary Douglas (1995), toda cultura organiza el mundo a través de distinciones simbólicas: lo puro frente a lo impuro, lo ordenado frente a

lo peligroso. En este caso, la vida rural es leída como ruda, sacrificada y precaria frente a la ciudad, que encarna el ideal de lo limpio, lo cómodo y lo “civilizado”.

Estas ambivalencias se agudizan a lo largo de las trayectorias migratorias, generando tensiones entre el deseo de continuar en la ciudad y la pulsión de volver al origen:

“Hablé con mi marido y quise reunir a la familia, que vinieran y nos ayudaran. Llegó un hermano; lo mandé a trabajar. Después vino la otra... y mi marido que quería irse pa’ arriba otra vez; yo le decía: ‘¿cómo vamos a enterrarnos de nuevo allá?’”

(Edith, entrevista, enero de 2021).

Entre el anhelo de “salir adelante” y la nostalgia por la tierra natal se configura un diálogo que no necesariamente se resuelve. La memoria alimentaria actúa aquí como un espacio donde se elabora esa tensión: se evoca el recuerdo, se compara, se juzga y se negocian sentimientos.

De este modo, las ambivalencias que emergen en los relatos revelan que la memoria es un espacio de cruce entre pasado y presente: las memorias alimentarias operan tanto como juicio crítico sobre los cambios como también una herramienta para resignificar trayectorias de vida y aspiraciones colectivas en contextos de transformación. En la distancia temporal, estas trayectorias adquieren una perspectiva más amplia, donde la memoria permite interrogar el proceso, calibrar aspiraciones y evaluar decisiones. En ese gesto, la comida, el cuerpo y el recuerdo se convierten en

instrumentos para leer la historia personal y colectiva desde un lugar cargado de sentidos.

CONCLUSIONES

La reconstrucción de los sistemas agroalimentarios tradicionales y de las memorias alimentarias permitió problematizar críticamente los procesos históricos que han configurado la vida comunitaria y las transformaciones en los modos de habitar, producir y alimentarse en las comunidades andinas de la precordillera de Putre.

Se evidenció que la alimentación es un fenómeno dinámico, donde se entrecruzan dimensiones materiales, simbólicas y políticas. Lejos de lecturas autárquicas o esencialistas, los sistemas alimentarios tradicionales se comportan como entramados complejos y extensos, en los que las comunidades han tejido relaciones activas con espacios urbanos y altiplánicos. Tal como plantea Rivera Cusicanqui (2010), los pueblos indígenas no pueden ser comprendidos desde la oposición entre tradición y modernidad: más bien construyen su propia modernidad, integrando, resignificando y negociando elementos externos sin perder su especificidad colectiva.

Desde esta perspectiva, las memorias de las personas mayores no constituyen únicamente relatos sobre el pasado. Son también recursos activos que sostienen la identidad, cuestionan las lógicas de modernización y ofrecen sentidos alternativos frente a las narrativas dominantes sobre el progreso y la

ruralidad. A través de los sentidos, el cuerpo y los objetos, las comunidades reconstruyen pertenencias y reactivan el potencial político de los saberes locales en la resignificación de la vida y el territorio.

Reconocer el potencial de la memoria alimentaria como espacio de reflexión y acción social permite aportar al análisis de problemáticas actuales, como la vulnerabilidad rural, la transmisión de saberes y la sostenibilidad de las comunidades altoandinas. Así, este trabajo busca tender puentes entre las políticas públicas y la memoria oral, la agencia comunitaria y el valor de los conocimientos locales frente a los desafíos contemporáneos.

RECOMENDACIONES PARA LA POLÍTICA PÚBLICA

El tránsito desde el diagnóstico hacia la propuesta suele ser complejo, especialmente frente a problemáticas que se arrastran desde el surgimiento mismo del Estado. Lejos de pretender ofrecer fórmulas definitivas, se proponen ciertos ejes y enfoques que podrían orientar un desarrollo equitativo en los territorios de pueblos originarios, particularmente en el caso de las comunidades andinas del norte de Chile.

Resulta fundamental, para que la revitalización de los pueblos sea un proyecto viable y no un anhelo nostálgico, asegurar condiciones que vuelvan económicamente factible —y deseable—

la vida en la precordillera. En este sentido, es prioritario resolver la carencia de infraestructura que fomenta el desarrollo económico local, especialmente en el sector ganadero. La ausencia de un centro de faenamiento territorial crea una suerte de paradoja: su inexistencia empuja a las comunidades hacia la inseguridad o la clandestinidad para sostener su actividad, mientras que la consecuente disminución de la producción se utiliza como argumento para no invertir por "falta de rentabilidad". Es necesario que estos proyectos se evalúen no únicamente desde la métrica financiera inmediata, sino como un servicio público estratégico que habilita la sostenibilidad de las familias. Adaptar los reglamentos a la realidad territorial, y no a estándares industriales ajenos, permitiría convertir la ganadería en una actividad digna capaz de incentivar el desarrollo y el retorno al territorio.

Por otra parte, la investigación identifica un debilitamiento paulatino de los vínculos sociales, tensionados por los procesos migratorios y la irrupción de lógicas mercantiles. Es fundamental abordar esta problemática evitando esencialismos que opongan de forma estática lo "moderno" a lo "tradicional", como si fuesen mundos irreconciliables. Por el contrario, se debe reconocer que los pueblos andinos habitan una modernidad propia donde el intercambio monetario es una realidad ineludible. El desafío para las políticas públicas no es aislar a las comunidades del mercado, sino integrar las dinámicas colectivas —como las faenas comunales— dentro de sus lógicas de financiamiento. No se trata de financiar "actividades sociales" de forma aislada,

sino de que los fondos de desarrollo agrícola reconozcan y soporten la logística de la organización comunal como la base misma de la productividad. Al asegurar los recursos para el encuentro, la alimentación compartida y la coordinación de tareas colectivas, el Estado fortalece el soporte social que hace posible la agricultura en la precordillera, transitando desde una óptica individualista hacia una mirada de respeto a la integridad de la comunidad.

En esta misma línea, el desarrollo de las comunidades exige ampliar la mirada sobre los caminos que pueden surgir en los territorios, superando concepciones que reducen la identidad a lo netamente artesanal o agrícola de subsistencia. Existe en las comunidades un capital académico y profesional creciente que a menudo es invisibilizado. Las comunidades andinas no son entes discretos y homogéneos anclados en el pasado; son territorios con un capital social capaz de liderar procesos de innovación tecnológica y científica. El desafío es generar espacios donde este capital humano situado pueda desplegarse en sus propios pueblos, permitiendo que el desarrollo sea gestionado por las propias comunidades. No todo el esfuerzo debe centrarse en "rescatar" la agricultura; también se trata de innovar desde el territorio, permitiendo que el conocimiento experto y el saber ancestral converjan en proyectos.

Respecto a la alimentación, la soberanía alimentaria debe entenderse como un derecho fundamental a la salud biológica y social. El deterioro de la dieta, producto de la pérdida de control sobre lo que se consume, es una de las

formas más silenciosas de la exclusión. El Estado tiene la responsabilidad de velar por la protección de los ecotipos andinos y las semillas tradicionales, reconociendo siempre que este patrimonio pertenece a las comunidades y no a privados. Fomentar redes de protección de semillas autogestionadas es garantizar el derecho a conservar, cosechar y comer lo que los pueblos siempre han comido. En este sentido, la recuperación del sabor y de los productos locales no es solo un acto cultural, sino una estrategia de resiliencia ante el deterioro nutricional que afecta a gran parte de la población nacional.

Por último, es fundamental abordar el impacto erosivo que la burocracia estatal ha tenido sobre la organización comunitaria. La imposición de una multiplicidad de figuras legales y administrativas —desde juntas de vecinos hasta comunidades indígenas amparadas por leyes distintas— ha fragmentado la voz del territorio. Esta dispersión operativa no solo desgasta a los habitantes, sino que también debilita la capacidad de la comunidad para actuar como un interlocutor sólido. Superar esta problemática es central para respetar el derecho de autodeterminación de los pueblos, reconociendo que la legitimidad no reside en el registro burocrático, sino en la voluntad colectiva. El Estado debe dejar de fomentar la creación de grupos discretos y empezar a validar estructuras de gobernanza unificadas que permitan al "pueblo" dialogar con una sola voz. Solo mediante esta cohesión organizativa es posible asegurar que la inversión pública responda a una visión integral de bienestar que proteja la autonomía de la precordillera frente

a las presiones externas, superando las lógicas asistenciales o paternalistas en pos de miradas verdaderamente integradoras.

MEMORIAS DEL AGUA EN CABECERAS

Danilo López Cabello¹, Pontificia Universidad Católica de Chile



» Humedal de Bucalemu, ex Salinas de Cabeceras, comuna de Paredones. Fotografía de Danilo López, 2024.

RESUMEN

Este artículo aborda los diferentes roles del agua para las y los habitantes de la localidad rural de Cabeceras, comuna de Paredones (región del Libertador Bernardo O'Higgins, Chile). A través de una metodología autoetnográfica —basada en el vínculo familiar del autor con el territorio— se combinan entrevistas, observación participante y análisis paisajístico para explorar cómo las variaciones en la disponibilidad de agua han configurado los modos de vida, los paisajes y las subjetividades locales.

El estudio se estructura en torno a tres ejes: i) transición productiva: desde una economía de subsistencia (sal, agricultura de secano, trueque) hacia una economía de mercado basada en la forestación (pinos, eucaliptos), lo que ha generado cambios significativos en el acceso al agua y en la organización social; ii) rol ordenador del agua: como elemento estructurante que determina la ubicación de viviendas, las actividades productivas y las dinámicas de cooperación vecinal, lo que evidencia un conocimiento local profundo sobre el comportamiento del recurso hídrico; y iii) memoria ambiental: como fuente de saberes para la adaptación climática, donde destaca la importancia de rescatar las experiencias y prácticas históricas de las comunidades para enfrentar los efectos del cambio climático.

Se concluye que la memoria colectiva en torno al agua no solo documenta transformaciones socioecológicas, sino que también ofrece herramientas conceptuales y prácticas para repensar la relación ser humano—naturaleza, y promover formas de vida más resilientes y sostenibles en contextos de crisis hídrica.

Palabras clave: agua, memoria, paisaje, cambio climático, autoetnografía, secano costero, transición productiva.

¹ Geógrafo, artículo basado en la tesis *La memoria del agua en Cabeceras*, realizada para obtener el título de licenciado en Geografía en la Pontificia Universidad Católica de Chile. Profesor guía: Abraham Paulsen. Santiago de Chile, 2024.

INTRODUCCIÓN

En el marco de la actual crisis climática, la escasez hídrica se configura como una de las problemáticas más relevantes en el mundo rural. En este contexto, las memorias de sus habitantes adquieren especial importancia en tanto dan cuenta de formas de vida y estrategias de adaptación al entorno construidas históricamente. A partir de las memorias de las y los habitantes de la localidad de Cabeceras, en la comuna de Paredones, región del Libertador Bernardo O'Higgins, se indaga en la manera en que los saberes y experiencias de las comunidades locales del seco costero chileno permiten identificar estrategias que, en ciertos casos, han contribuido a evitar la generación de desastres siconnaturales.

De esta manera, más allá de buscar responsabilidades respecto a los cambios en la disponibilidad de agua para los habitantes (tema que por supuesto se desarrolla aquí), se busca describir algunas consecuencias que han tenido los cambios en la disponibilidad de agua para diferentes habitantes de la localidad. Además, y gracias a los relatos de las y los habitantes, este trabajo tiene por objetivo principal explicar la importancia del rescate de memorias ambientales en territorios locales para el combate y la adaptación a las consecuencias del cambio climático.

Este trabajo, cuyo precedente es la tesis *La memoria del agua en Cabeceras*, corresponde a una autoetnografía, metodología propia de la disciplina antropológica.

Esta localidad fue seleccionada como espacio de estudio debido a la cercanía del autor con el territorio, derivada del vínculo familiar. En Cabeceras nació su madre y vivieron hasta sus últimos días sus abuelos. El trabajo de tesis en el que se inspira este artículo, en vez de negar esta relación, la presenta como una ventaja a la hora de lograr los objetivos de trabajo, los que se propusieron trascender un análisis meramente objetivo de la variación hídrica. No solo se buscó comprender las causas de la escasez, sino también indagar en sus consecuencias para la comunidad, prestando especial atención a cómo estas se manifiestan en el plano de las subjetividades y la experiencia de las y los habitantes.

La relevancia del tema recae principalmente en el conocimiento de las y los habitantes de cómo la experiencia y la memoria juegan un rol esencial a la hora de comprender su medio. Esta investigación fue estructurada de acuerdo con la relación entre el agua y el ser humano, sin embargo, el agua podría sustituirse por otros elementos naturales y la relación podría ser muy similar. Valorar estas relaciones puede darnos luces acerca de formas de adaptarnos e incluso combatir las consecuencias del cambio climático, orientando políticas públicas o simplemente acogiendo formas de vida que quizás hemos olvidado o descartado.

El presente artículo se compone de tres partes principales: la primera tiene

que ver con la introducción a la temática a abordar, las preguntas y objetivos que guiaron este trabajo, los conceptos teóricos en los que se enmarca y la metodología empleada. La segunda parte tiene que ver con la delimitación espaciotemporal del trabajo realizado: dónde está Cabeceras, qué características geográficas posee, qué paisajes se pueden observar en la localidad y qué relación tienen estos con los ciclos productivos de la localidad. La tercera parte muestra las consecuencias que han tenido las variaciones en la disponibilidad de agua para los habitantes de Cabeceras, formas de vida que ya no existen o que se mantienen, la relación ser humano-agua (naturaleza) y el valor de la memoria de sus habitantes y exhabitantes a la hora de enfrentar desafíos relacionados con el cambio climático y el futuro en general.

Pregunta de investigación

¿Cómo se ha construido la memoria del agua en las y los habitantes de Cabeceras?

Objetivo general

Explicar la importancia del rescate de las memorias ambientales en torno al agua para el combate y la adaptación a las consecuencias del cambio climático.

Objetivos específicos

- Describir las variaciones en la disponibilidad de agua en la localidad.
- Analizar el rol del agua para las y los habitantes de la localidad y cómo el

agua ha construido los paisajes de Cabeceras.

- Sintetizar la importancia de la memoria ambiental en el combate y la adaptación al cambio climático.

MÉTODO

Naturalezas del agua a través del valor. Valores de uso, de cambio e intrínseco, y posibles roles a otorgar por parte de habitantes de localidades rurales

Dentro de los elementos de la naturaleza, el agua ha sido uno crucial a la hora de determinar emplazamientos humanos. Los grupos cazadores-recolectores, los agricultores de las primeras urbes y los ciudadanos que habitan hoy en día las grandes metrópolis han sido influidos multifactorialmente por este elemento vital. La principal razón para esto estriba en que el agua es uno de los combustibles vitales para la vida de una infinidad de organismos. Esto, sin duda, determina múltiples posibles roles que se le pueden otorgar al agua y, por tanto, a la naturaleza. Siguiendo las teorías de Smith (1990) y Saed (2019), este trabajo agrupa dichos roles en los valores que como seres humanos le damos al agua: valor de uso, valor de cambio y valor intrínseco.

En 1990 Neil Smith formuló una teoría marxista acerca de la producción de la naturaleza. En ella señalaba que el ser

humano interactúa con la naturaleza a través del trabajo, motivado por la necesidad de producir para satisfacer sus necesidades. Esta producción a su vez modifica la conciencia humana, ya que ella pasa a ser producto del quehacer material del ser humano. En otras palabras, la interacción con la naturaleza para satisfacer necesidades produce un ambiente determinado que será la naturaleza de ese ser humano.

En esa línea, Smith presenta los valores de uso como aquellos que el ser humano le da a elementos naturales (producidos o recogidos) que satisfacen necesidades básicas para la supervivencia. El agua, el suelo o diferentes especies poseen valor de uso, dado que se utilizan para poder producir y sobrevivir, según las necesidades que tenga un grupo humano. Sin embargo, Smith (1990) señala que una vez satisfechas las necesidades, la producción genera excedentes de valores de uso. Este es el que da pie a un segundo valor de la naturaleza presentado por Smith: el valor de cambio.

El valor de cambio no es más que el establecimiento de un precio por diferentes valores de uso. De esta manera, los valores de uso antes utilizados solo para satisfacción material se transforman en valores de cambio: una palta que antes se producía solo para el consumo de quien la sacaba del árbol (valor de uso), hoy se puede vender y, por lo tanto, adquiere un valor de cambio. Esto supone diferentes consecuencias, pero quizás las más importantes son las de especialización y división del trabajo, ya que en la medida en que diferentes objetos pasan a tener valor de cambio, la producción de dichos objetos o cosas

se especializa cada vez más. Podemos ejemplificar de nuevo con paltas: puede que, cuando dominaban los valores de uso, un campesino cosechara una diversidad de alimentos que le permitían subsistir, pero cuando se dio cuenta de que las paltas podrían generarle mayor ingreso por su alto valor de cambio, se especializó en la producción de paltas, olvidando con el tiempo cómo producir otro tipo de alimentos. Esta especialización cada día más aguda del trabajo ha generado, en palabras de Smith (1990), una “alienación entre naturaleza y ser humano”.

En resumen, Smith (1990) plantea que, a mayores valores de cambio en la naturaleza, mayor es la especialización en la producción y más “separada” se encuentra la naturaleza del ser humano. Milton Santos (1978) plantea cuestiones similares en su teoría de la dualidad, donde señala la existencia de dos sectores primarios en el mundo rural: el sector primario tradicional, centrado en la producción para la subsistencia y los valores de uso del ambiente natural, y el sector primario de mercado, asociado a la producción para el intercambio y los valores de cambio de los productos primarios. Como explicaré más adelante, la historia de Cabeceras, desde mediados del siglo XX hasta la actualidad, es básicamente la de la transición de un sector primario tradicional a uno de mercado.

Sin embargo, esta forma de valorar lo natural en términos de uso o cambio solo integra significados utilitaristas de la naturaleza. Saed (2019) plantea que el valor actual de la naturaleza está dado por cuanto se pueda comerciali-

zar o vender, y señala que la naturaleza no tiene valor o tiene valor negativo cuando es inútil para la acumulación de capital. Núñez y Aliste (2017) ilustran esto con su trabajo en la Patagonia: hubo que erradicar la “maleza” de esta región hasta que se le pudo dar un valor comercial a lo natural. El turismo fue el que transformó esa misma maleza en un “bosque sagrado” que ha servido para la acumulación de capital.

De esta manera, Saed (2019) explica la necesidad de buscar otras maneras de valorar la naturaleza que excedan su entendimiento productivista o utilitarista. Para esto se apoya en lo expuesto por Kovel (2014) acerca del valor intrínseco de la naturaleza, quien argumenta que este está relacionado con “zonas principalmente subjetivas del espíritu, en y a través de la cual las transacciones del yo con el mundo se registran, se hacen conscientes y se convierten en modos espirituales del ser” (Kovel, 2014, en Saed, 2019).

Ni Kovel ni Saed argumentan que el valor intrínseco sea el único que se le pueda otorgar a la naturaleza (y por consiguiente al agua), sino más bien que los valores de uso y cambio quedan cortos para poder explicar todas las dimensiones que tiene la relación humano-naturaleza. Sin embargo, ninguno de los dos autores aborda lo que Cronon (1995) llamará el deseo de la “naturaleza salvaje”. Este argumenta que siglos atrás la naturaleza era el lugar en donde el ser humano se encontraba con lo divino, y que luego sería el lugar en donde se encontraría la patria, lo más puro de la nación. Todas estas definiciones evocan emocionalidad y espiritualidad. Ade-

más de lo anterior, Saed (2019) señala que valorar intrínsecamente lo natural es también comprender valores acerca de lo vivido en la naturaleza, priorizando la sensibilidad. De esta forma, el valor intrínseco del agua corresponde al valor que las y los habitantes le dan a este elemento según múltiples significados que tienen para ellos, los que varían de acuerdo a la emocionalidad, la posicionalidad y las experiencias.

Los valores anteriormente descritos pueden aplicarse al agua como a cualquier otro elemento de la naturaleza. Estos valores dan pistas acerca de los posibles roles que posee el agua para las y los habitantes de la localidad de Cabeceras; el agua se usa como elemento fundamental en el proceso agrícola; la producción agrícola puede transformarse en valores de cambio a través del intercambio de productos, y, a su vez, ese mismo campo y el arroyo que nutre las cosechas pueden poseer un valor intrínseco incalculable para las y los habitantes.

Paisaje y memoria

Los valores de uso, de cambio e intrínseco orientan posibles roles del agua para las y los habitantes. Por su parte, el concepto de paisaje y memoria dieron el marco espacial y temporal (respectivamente) en el que se enmarca la investigación. A continuación se abordan definiciones del concepto de paisaje y se justifica el empleo de esta categoría espacial en la investigación.

En palabras de Di Giminiani (2020), el paisaje es una representación de la realidad o una realidad revelada ante los ojos de un ser humano. Según lo anterior, los paisajes son construcciones subjetivas de la realidad, por lo que están sujetos a los conocimientos y/o la experiencia de quien observa dicho paisaje. Por lo tanto, el entendimiento de un paisaje determinado varía según la época y cultura de quien lo observa y produce (Paulsen, 2017). El paisaje surge de las imágenes mentales que se tienen respecto de un espacio, y dichas imágenes son el resultado de un conjunto finito de percepciones sensoriales vehiculizadas por la carga experiencial de los individuos (Paulsen, 2017). Al igual que el espacio social, el paisaje es un producto social (Di Giminiani, 2020). Esto quiere decir que los paisajes son producidos por los seres humanos, salvo aquellos en los que el ser humano no tiene injerencia (cuesta pensar un espacio en el planeta donde el ser humano no esté interviniendo, por acción u omisión). En esta línea, la producción cobra crucial relevancia, ya que ella es quizás el principal modelador de los paisajes. En palabras de Sauer (2006):

“El paisaje se organiza en función de la producción, circulación, distribución y consumo; por esta razón es que no se crea de una sola vez y no es para siempre, sino que puede verse incrementado o sustituido y es una escritura sobre otra, herencia de diferentes momentos y capacidades técnicas disponibles en cada tiempo histórico de los grupos sociales”
(Sauer, 2006, en Paulsen, 2017).

Si bien los paisajes son una especie de fotografía de la realidad en un contexto y tiempo determinados, elementos del pasado se pueden identificar en paisajes actuales. En palabras de Santos (2000), el paisaje es “historia congelada” que participa en la historia viva. Toda esta teoría acerca del paisaje ilustra la importancia de la producción en su construcción. Sin embargo, tal como ya se planteó, el paisaje es esencialmente subjetivo y las interpretaciones no solo varían por cuestiones productivas, en tanto los factores físicos o naturales son constructores esenciales de los paisajes.

Escogí trabajar con la categoría espacial de paisaje porque es una excelente herramienta de trabajo para poder ilustrar cuestiones del pasado a partir de relatos y paisajes del presente. Al ser una construcción social generada esencialmente por la producción, es una buena herramienta para poder determinar diferentes valores de uso y cambio del agua a través del tiempo. Además, al recurrir a las significaciones subjetivas del observador, se puede tener información acerca de valores intrínsecos que se le pueden otorgar al agua. En definitiva, el paisaje como categoría espacial sirve para describir actividades y ciclos productivos, al tiempo que puede dar información sobre subjetividades surgidas de la experiencia y las emociones de quienes habitan estos paisajes.

Los paisajes del pasado y los actuales pueden ser descritos por los habitantes de la localidad a través de sus memorias. A su vez, el paisaje como concepto es el que más se acerca a la memoria en el sentido de que esta no es el pasado, sino la repetición continua de situa-

ciones, actos y quehaceres. El paisaje es en definitiva memoria viva, en él se observan hechos que ocurrieron con anterioridad, pero también se pueden observar continuidades o repeticiones de situaciones.

Para relacionar el concepto de memoria con la disciplina geográfica, la obra de Pierre Nora, *Lugares de memoria* (2008), es un buen punto de anclaje. En esta obra el autor parte comentando la ruptura de la memoria y la historia. Según Nora, mientras la historia relata una construcción del pasado, la memoria carece de él, pues es una repetición constante de una forma de vivir. De esta manera, memoria e historia corresponden a conceptos diferentes; memoria referida a repetición e historia referida a un pasado distinto del presente. En palabras de Pierre Nora:

“Memoria, historia: lejos de ser sinónimos, tomamos conciencia de que todo los opone. La memoria es la vida, siempre encarnada por grupos vivientes y, en ese sentido, está en evolución permanente, abierta a la dialéctica del recuerdo y de la amnesia, inconsciente de sus deformaciones sucesivas, vulnerable a todas las utilizaciones y manipulaciones, capaz de largas latencias y repentinas revitalizaciones. La historia es la reconstrucción siempre problemática e incompleta de lo que ya no es. La memoria es un fenómeno siempre actual, un lazo vivido en el presente eterno; la historia, una representación del pasado. Por ser afectiva y mágica, la memoria solo se ajusta a detalles que la reafirman; se nutre de recuerdos borrosos, empalmados, globales o

flotantes, particulares o simbólicos; es sensible a todas las transferencias, pantallas, censuras o proyecciones. La historia, por ser una operación intelectual y laicizante, requiere análisis y discurso crítico. La memoria instala el recuerdo en lo sagrado, la historia lo deja al descubierto, siempre lo prosifica. La memoria surge de un grupo al cual fusiona, lo que significa, como dijo Halbwachs, que hay tantas memorias como grupos, que es por naturaleza múltiple y desmultiplicada, colectiva, plural e individualizada. La historia, por el contrario, pertenece a todos y a nadie, lo cual le da vocación universal. La memoria se enraíza en lo concreto, el espacio, el gesto, la imagen y el objeto. La historia solo se liga a las continuidades temporales, las evoluciones y las relaciones de las cosas. La memoria es un absoluto y la historia solo conoce lo relativo”

(Nora, 2008, pp. 20-21).

Aunque Pierre Nora reconoce que la memoria en la actualidad es en realidad historia o una necesidad encarnada en la necesidad de recurrir a archivos que permitan construir una historia, sí reconoce que existen lugares en donde se ancla la memoria, lugares que la historia de alguna manera desconoce: “Los lugares de memoria son, ante todo, restos. La forma extrema bajo la cual subsiste una conciencia conmemorativa en una historia que la solicita, porque la ignora” (Nora, 2008, p. 20).

De esta manera, si bien en este trabajo se utilizan herramientas de la historia para poder situar temporalmente sucesos, lo que se busca es comprender las formas de vida de las y los habitantes de la localidad de Cabeceras, no solo a través de sus recuerdos, sino también

a través de sus formas de vida actuales y cómo estas se han visto afectadas por los cambios en la disponibilidad de agua. De alguna manera, se busca comprender si los cambios en la disponibilidad de agua han modificado la memoria de las y los habitantes de la localidad y de qué forma esto ha sucedido.

Autoetnografía

La metodología utilizada para realizar la investigación fue la autoetnografía. Este método de investigación y escritura corresponde a una rama de la etnografía, método central de la disciplina antropológica que da énfasis y acepta el relato de la experiencia y las sensaciones del propio investigador o investigadora, narradas en primera persona. Este método posibilita recuperar nuestras propias vivencias, sensaciones, experiencias y, de paso, permite convivir, recuperar y validar aquello propio de los otros con quienes hemos compartido nuestra existencia.

La elección de este enfoque metodológico se fundamenta en dos razones principales. La primera es el vínculo personal con la localidad de Cabeceras: los abuelos del autor vivieron allí toda su vida, su madre nació en el lugar y, desde niño, ha visitado la zona con frecuencia. La segunda razón tiene que ver con la necesidad de identificar y comprender los diversos roles que el agua cumple para sus habitantes, ya sea en su uso práctico, su valor de intercambio o su dimensión simbólica e intrínseca. En este contexto, la autoetnografía se presenta como una estrategia pertinente en tanto permite acceder a los signifi-

cados y afectos asociados al agua desde una relación de proximidad con la comunidad y, al mismo tiempo, ofrece la flexibilidad necesaria para articularse con otras herramientas metodológicas.

El proceso metodológico incluyó la realización de entrevistas semiestructuradas bajo la técnica de “red de investigación en crecimiento exponencial a partir de un sujeto cero” (Guterson, 2008), más conocida como “bola de nieve”. Esta técnica consiste en iniciar las entrevistas con una persona (en este caso, la abuela del autor, Rosa), quien sugiere otros posibles entrevistados que a su vez recomiendan a otros entrevistados según los temas conversados. En total, se realizaron 15 entrevistas, las que se grabaron y transcribieron para poder analizarlas con mayor detención.

Inicialmente, el trabajo en terreno duraría un mes. Sin embargo, producto de la pandemia, la estadía en Cabeceras se alargó. El trabajo de campo resultó ser más extenso, completo y significativo para los logros de los objetivos de la investigación. De esta manera, la observación participante tomó gran importancia en el desarrollo del trabajo. Fueron seis meses en los que el autor tuvo la fortuna de vivir en la localidad, donde pudo relacionarse más profundamente con algunos vecinos, despejar pequeñas dudas, habitar, cocinar, recorrer, transitar, observar y sentir lo que es vivir en una pequeña comunidad rural. Lo anterior se realizó de forma paralela a un intenso trabajo de gabinete, donde no solo se elaboró el marco teórico, sino que también se investigaron los antecedentes de la localidad, la región y el país.

HALLAZGOS Y RESULTADOS

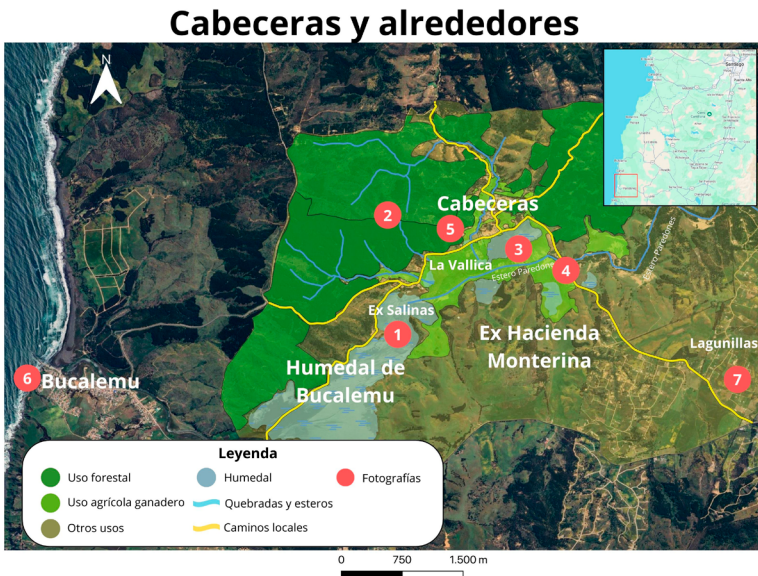
Los ciclos productivos de Cabeceras: de la economía de subsistencia al mercado

El agua como elemento no solo da vida a millones de seres vivos, sino que además configura nuestros paisajes más cotidianos; si queremos ser más profundos, podríamos decir que el agua está presente en todo momento, desde nuestra sangre hasta los objetos que rodean nuestra vida, y que la mayoría usa agua en algún momento de la cadena de producción. Hablar de los roles del

agua para un ser humano podría ser infinito, así como el universo de paisajes y territorios que ella puede generar.

El agua como elemento vital posee un rol organizador respecto del espacio. Los cuerpos de agua pueden determinar fronteras, establecer poblaciones o imposibilitar su establecimiento. En el caso de Cabeceras, las divisorias de aguas establecen una frontera por el norte con la localidad de La Ligua; el humedal de Bucalemu establece la frontera con la localidad del mismo nombre y el estero de Paredones funciona como límite de Cabeceras con la ex hacienda monterina o fundo San Pancho (Mapa 1).

Mapa 1. Cabeceras y alrededores; georreferenciación de archivo fotográfico personal



Fuente: elaboración propia.

El humedal de Bucalemu es un sitio que alberga una gran biodiversidad durante todo el año. Este humedal se nutre de las aguas que bajan del estero de Paredones y las aguas provenientes del océano Pacífico en invierno. Esta dinámica permite que el clima de la localidad de Cabeceras esté fuertemente influenciado por el Pacífico y sus brisas, que penetran por el humedal hasta Cabeceras.

La localidad de Cabeceras debe su nombre, según Lorena Leiva et al. (2016), a las cabeceras de cerros que no se inundaban en los meses de invierno, cuando el agua bajaba de los esteros y llenaba las zonas más bajas, ubicadas cerca de las bajadas de agua de quebradas, esteros o arroyos. En este contexto, el asentamiento humano se estableció en lomajes y colinas suaves, naturalmente protegidos de las crecidas invernales. Desde los cerros de mayor pendiente y altura, ubicados por sobre las zonas habitadas, nacen pequeños arroyos que descienden por las quebradas, dando vida a la cada día más escasa vegetación nativa, para luego pasar por las cercanías de las casas hasta confluir con el estero de Paredones, ubicado en lo que los vecinos llaman La Vallica.

La Vallica se encuentra junto al camino I-510 y corresponde a cercos subdivididos donde se practica fundamentalmente la ganadería. En las cercanías a La Vallica se encuentran algunas vegas con totorales que configuran pequeños sistemas de humedales, hogar de diversas especies de aves que visitan la localidad durante largos periodos del año. De esta manera, los paisajes de Cabeceras son diversos y variados; en las zonas

bajas dominan las actividades ganaderas y la presencia de humedales, en las colinas las viviendas de los habitantes de la localidad junto con sus chacras, y en los cerros más escarpados la presencia de pinos y eucaliptus ha ido reemplazando la vegetación nativa que se ha establecido mayormente en quebradas en las últimas décadas. Todos estos paisajes de alguna manera han sido generados por la actividad humana, ya sea por acción u omisión.

Ciclo salinero

En el límite de las localidades de Cabeceras y Bucalemu se encuentra un humedal que se nutre de aguas dulces y saladas. La entrada de agua desde el océano hacia el interior en invierno, al igual que en las localidades aledañas, aloja agua de mar estancada que con la llegada de la primavera se evapora, dejando como residuo costras de sal (Fotografía 1).

Fotografía 1. Sector de las exsalinas de Cabeceras



Fuente: archivo fotográfico del autor. En la imagen se aprecia la sal que por procesos naturales ingresa al humedal de Bucalemu.

Este fenómeno natural fue aprovechado por varios habitantes de la localidad de Cabeceras décadas atrás. Lorena Leiva et al. (2016), en su libro *La sal de la vida*, explican cómo la localidad de Cabeceras era un territorio dedicado a la producción salinera. Y así lo manifiesta también José, habitante de Cabeceras, en una entrevista de 2020:

“Prácticamente toda la gente que vivía en Cabeceras [...] vivía de la sal, además de la agricultura, pero el rubro principal que tenía Cabeceras era la sal, en la cual eran los mismos vecinos los que tenían sus trabajos en las salinas”

(José, habitante de Cabeceras).

A principios del siglo XX el trabajo salinero era uno de los más importantes en la localidad. En algunos casos los vecinos eran dueños de su calle de sal

y en otros se trabajaba en “medias” (el propietario cobraba el 50% de la producción de quien trabajara la calle de sal). Los sacos producidos solían ser transportados al valle central, donde eran vendidos o intercambiados por otros productos para poder subsistir en la temporada de invierno.

Las salinas dejaron de funcionar en los años ochenta. Sin embargo, la producción declinó fuertemente desde mediados del siglo XX (Leiva et al., 2016). Las causas del declive de la actividad salinera tienen que ver con varios factores que se desencadenan con el aumento de la competencia en la producción salinera nacional (2016). La promulgación de la ley de yodado de la sal en 1960 (Biblioteca del Congreso Nacional, 2022) derivó en una ventaja significativa de la sal de mina por sobre la sal marina. Esto se debió a que el yodo podía obtenerse

con mayor facilidad en zonas cercanas a yacimientos de sal de mina (2016).

Este hecho activó un segundo factor que acentuó la baja en la actividad salinera. El aumento de población y de actividades productivas en la localidad de Bucalemu (actividades cada vez más atractivas que las de la salinera) generaron un aumento de desechos en la zona. Estos desechos eran depositados en la laguna de Bucalemu, que se conectaba directamente con las calles de salinas, generando mayor dificultad a la hora de producir sal, tal como señala Carmen, habitante de Cabeceras:

“Pasó otra cosa, que a Bucalemu empezó a llegar más gente y todos los baños los abrían y los botaban en la laguna (los desechos). Empezó a entrar el agua contaminada”

(Carmen, habitante de Cabeceras).

Ciclo agrícola y ganadero

“Siguieron en agricultura, porque muchos trabajaban en agricultura y salinas”

(Aliro, habitante de Cabeceras).

Mientras que en el humedal se trabajaba la sal, en los cerros de Cabeceras se practicaba la agricultura de secano (Fotografía 2).

Fotografía 2. Sector de los cerros de Cabeceras: producción triguera en la década de 1970, aproximadamente, en la localidad de Cabeceras



Fuente: archivo fotográfico del autor.

El trigo, los chícharos y las arvejas fueron algunos de los principales alimentos cultivados en los cerros de Cabeceras. A diferencia del valle central, la geografía del secano no cuenta con grandes fuentes de agua ni condiciones climáticas que permitan grandes cultivos, por lo que en Cabeceras y las localidades aledañas se aprovechaba el agua de lluvia y la niebla generada por el mar (que se acrecienta conforme asciende por la topografía del sector) para la producción agrícola. A pesar de que los niveles de productividad del valle central no se pueden comparar con los de Cabeceras, en los alrededores de esta localidad sí existieron fundos y pequeñas haciendas dedicadas a la agricultura y la ganadería. Por ejemplo, desde Cabeceras hacia el suroriente se ubicó la hacienda de Los Monteros, conocida como el fundo San Pancho.

Algunos inquilinos del fundo San Pancho establecieron sus viviendas en los límites con Cabeceras. Por eso el sector plano que rodea el estero de Paredones desde hace mucho tiempo fue utilizado para la práctica ganadera. Este paisaje de humedal con animales domésticos ha sido uno que ha caracterizado el sector conocido como La Vallica, nombre que alude a la cantidad de vacas que suelen ocupar ese sector.

Durante las entrevistas realizadas en 2020, las y los habitantes se refirieron a los sistemas de distribución del escaso recurso hídrico que bajaba de los cerros. Hablaron sobre la existencia de turnos de riego, donde vecinos utilizaban aguas de esteros ciertos días de la semana, procurando dejar el uso de este recurso a otros vecinos de la locali-

dad. Así lo relata Manuel, habitante de Cabeceras:

“Ese estero y este donde vive este caballero [indica el estero que nace en las vertientes de los molinos] con poquita agua, pero no se cortaba nunca, nunca. Esta agua fue torneada, ¿sabe por qué? Porque todos hacíamos un pedacito de chacras, él también [referencia a Luis, que estaba ese día en la casa]. Arriba su abuelo [de Luis] hacía chacras, en la planta del agua. Se podría decir que tocaban ellos cuatro días, después de esos días nosotros teníamos dos días de agua que no la podía atajar de ninguna forma”

(Manuel, habitante de Cabeceras).

Delfina, exhabitante de Cabeceras y abuela paterna del autor de este artículo, recuerda cómo utilizaba el agua su padre, de quien Manuel habla:

“Había una tremenda vertiente de donde salía el agua, clarita salía. Entonces él hizo una poza y de ahí regaba todo lo de él [su padre]. Cuando él regaba, la echaba al zanjón para que regara la demás gente pa’ abajo. Después se secó esa vertiente. Dejé de existir. Era profundo, le hacían una acequia, que le llamaban, y ahí se llevaban el agua para regar a los demás. Porque era muy escasa el agua. Entonces mi papá siempre tenía agua porque hacía pozo, regaban arriba y el plan, todo lo sembraban de choclo, bueno, de todo sembraba”

(Manuel, habitante de Cabeceras).

En la mayoría de las casas actuales de Cabeceras aún existen chacras que se utilizan desde hace décadas, así como pozos y norias de similar antigüedad,

elementos que se mantienen hasta la actualidad a pesar de la llegada del dinero y una gran oferta de productos agrícolas en localidades como Paredones, Bucalemu o incluso en camiones verduleros que ofrecen sus productos hasta la puerta de las casas de la localidad.

Es importante señalar que los ciclos productivos no son excluyentes unos de otros. Si bien desde el siglo XIX hasta mediados del siglo XX Cabeceras se caracterizaba por sus salinas, la práctica agrícola era desarrollada por varios habitantes, no solo para la subsistencia, sino también para el intercambio. Este se daba en un contexto de trabajo de “temporadas”. Los habitantes de la localidad practicaban y practican el trabajo por la temporada de verano en el valle central. La rutina anual consistía básicamente en cultivar la sal y/o el trigo para poder llevar los excedentes al valle central. Los habitantes de Cabeceras migraban durante el verano a trabajar en los campos del valle. Como pago por su trabajo, recibían víveres esenciales para subsistir durante el invierno. Si esta remuneración en especie no era suficiente, complementaban el trueque llevando consigo sacos de productos locales—como sal o excedentes agrícolas— para intercambiarlos en el valle por aquellos alimentos que no se producían en el árido secano costero. José, habitante de Cabeceras, dice al respecto:

“Acá en esos años no había grandes negocios, nada. La gente se tenía que pertrechar, como se dice. Incluso los que iban a trabajar con carreta a Santa Cruz, al Huíque, donde había mucha siembra de arroz.

Iban a trabajar para allá, de aquí llevaban sal, la carreta cargada con sal, y de allá volvían cargados con porotos, cebollas, zapallos, todo lo que cosechaban allá. Traen la carreta cargada para acá, para el invierno. Claro, iban a trabajar a las temporadas, en las vendimias y en el arroz afuera”

(José, habitante de Cabeceras).

Así, la vida en la localidad era una en donde se producía y trabajaba básicamente para pasar el año. La crianza y la caza de animales constituían otra fuente de obtención de proteínas necesarias para la subsistencia. Carmen, vecina de Cabeceras, recuerda:

“[...]y se engordaba, me acuerdo, un chanco bien grande. Los chanchos eran por fecha, llegando el señor mayo ya era la muerte de uno, uno se engordaba para grasa, otro pa’ carne, y así”

(Carmen, habitante de Cabeceras).

Además, la recolección de frutos y vegetales como chaguales diversificó las dietas de los habitantes. Si bien algunos mencionan la existencia de algo de dinero, a mediados de siglo el trueque era bastante común en la localidad, como también dinámicas solidarias entre vecinos, como el faenamiento de animales y la repartición de sus partes entre distintas familias que colaboraban mutuamente.

Ciclo forestal y parcelero

Carol, vecino de Paredones, rememora los antiguos cultivos en el paisaje, hoy terreno forestal:

“Mire, se cultivaba mucho trigo, era zona triguera todo esto, todo lo que ve de bosque ahora, era zona triguera. Después se pasó a los bosques, porque el trigo empezó a valer menos y hoy día se siembra casi nada” [...]. “Ahora son los bosques, con la sequía y los incendios van a menos. El mismo gobierno incentivó con CONAF [a plantar monocultivos de pino y eucaliptus], porque había un decreto que incentivaba. Muchos plantamos así”

(Carol, vecino de Paredones).

Con la promulgación del Decreto Ley N°701, que promueve la producción forestal en Chile en 1974, diversos territorios a nivel nacional fueron cubriendo sus suelos con pinos y eucaliptos. En el secano costero de la región del Libertador Bernardo O'Higgins, desde 1997 hasta 2016, el aumento en las hectáreas destinadas al uso forestal fue de un 19,2% (Fundación Superación de la Pobreza, 2019). En Cabeceras este proceso comenzó en la década del noventa con forestaciones como la de Nilahue (en los alrededores de la localidad), y continuó con fuerza en la década de los 2000. En ese tiempo los cerros de la localidad comenzaron a pintarse de verde oscuro, la vegetación nativa, compuesta de boldo, quillay, peumo, litre y tantas otras especies, empezó a menguar, y la actividad agrícola y ganadera a decaer.

José, habitante de San Francisco de Asís, dice:

“Ese golpe fue muy fuerte para la agricultura tradicional [la plantación de bosques], se fueron poniendo cada vez más malos los trabajos, mal remunerados, y la juventud empezó

a migrar, se empezaron a ir y los terrenos quedaron sin producir, y llegó la CONAF ofreciendo los subsidios en plantaciones y se los entregaron. Los que no podían hacer las plantaciones se las entregaban a un funcionario, a un ingeniero forestal, y él les hacía todo el trabajo y cobraba la bonificación que daba la CONAF el decreto 701”

(José, habitante de San Francisco de Asís).

Ciertamente, la producción forestal suponía una opción tentadora para las y los habitantes: un incentivo monetario, el poco requerimiento de trabajo para la mantención (comparado con el trabajo agrícola) y la promesa de una buena venta a futuro de la madera hacían de la producción forestal una oferta irresistible. Además de lo anterior, la producción forestal se planteó, en ese momento, como una solución a un problema que se acrecentaba cada vez más, la erosión de los suelos, cuestión que se desmintió con el pasar de los años.

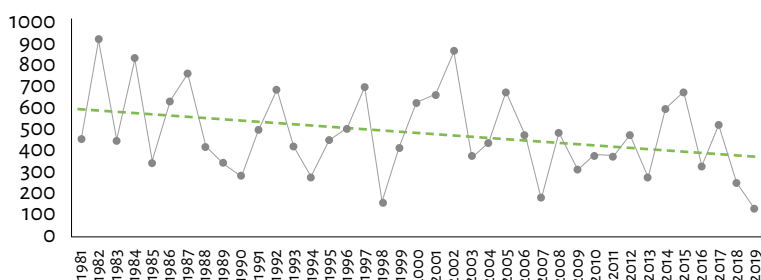
A lo mencionado hay que añadir el envejecimiento de la población en la localidad: los hijos migraron a la ciudad en busca de mejores oportunidades laborales y las personas que quedaban tenían menos energía para el desarrollo de actividades agrícolas a mediana escala. La actividad agrícola comenzó a desaparecer a medida que se intensificaba la migración de sus habitantes.

Otro factor que influyó fuertemente en la desaparición de la práctica agrícola fue el aumento de la presión hídrica, producto del mayor consumo de aguas en los cerros debido a las nuevas plantaciones forestales. Algunos esteros y

vertientes se secaron, impidiendo bajadas de agua que nutrían los campos aledaños. Otro factor determinante fue la importación de productos agrícolas con la apertura comercial experimentada en los años ochenta y noventa, que derivó en mayor competencia para agri-

culturas pequeñas y locales. La expansión de la producción forestal coincide con una tendencia a la baja de precipitaciones en el sector (Gráfico 1). Ambos sucesos contribuyeron a disminuir la disponibilidad de agua en Cabeceras.

Gráfico 1. Fluctuación de precipitaciones entre 1981 y 2019 para la localidad de Cabeceras



Fuente: elaboración propia a partir de datos de la Estación Pichilemu de la DGA, 2019.

Rol del agua en la construcción del paisaje y la memoria de Cabeceras

Como se describe en los apartados anteriores, los roles del agua en diferentes lugares son múltiples, diversos e incluso complementarios. En este apartado se analiza cómo el agua y sus diferentes roles han configurado el paisaje de la localidad de Cabeceras a través de los años.

El agua como principio ordenador: conocimiento local y construcción del paisaje

Como dice Manuel, vecino de Cabeceras, “el agua es lo que hace vivir”. En el mismo sentido, Aliro, también del sector, enfatiza: “sin agua usted no hace nada” (2020, en López, 2023). El agua es un combustible fundamental para las diferentes especies que habitamos este planeta. La ubicación del agua también es importante a la hora de establecer los sitios donde habitarán estas distintas especies. El ser humano, en particular, desde que se tienen registros, ha fundado sus pueblos y ciudades en

torno a cursos hídricos. Esto está demostrado con el establecimiento de las primeras civilizaciones. Este hecho se sustenta fundamentalmente en que el agua es necesaria para la vida diaria y para poder producir alimentos que permitan vivir. Si bien existen algunos casos en donde se han establecido ciudades en lugares secos, la tecnología o el transporte siempre permiten la disponibilidad de agua para quienes habitan esos lugares.

Ahora bien, así como el agua es productora de vida, también puede destruir e incluso quitar vida. No se trata de que el agua sea “asesina”, sino más bien de que el mal uso o el desconocimiento de las formas en las que actúa puede ocasionar situaciones adversas tanto a seres humanos como a cualquier otra especie. Por ello, el conocimiento del comportamiento del agua en diferentes paisajes es fundamental a la hora de establecer sitios productivos, viviendas u otras actividades humanas.

En este sentido, el conocimiento de las y los habitantes de Cabeceras respecto al comportamiento del agua en su entorno se puede advertir, por ejemplo, en la ubicación de las viviendas construidas. Las constantes inundaciones de sectores planos en la localidad indicaron los lugares en los cuales no podían establecerse viviendas y aquellos donde sí. A su vez, la necesidad de contar con el recurso orientó el establecimiento de los habitantes cerca de fuentes de agua. De esta forma, las viviendas no quedarían expuestas a inundaciones y al mismo tiempo contarían con agua para pequeñas producciones de alimentos.

Pero el agua no solo tuvo el rol de establecer la ubicación de las viviendas; las múltiples actividades productivas realizadas en la localidad también están guiadas por las formas en que esta se presenta. El agua que entra desde el mar y se deposita en lo que hoy es el humedal de la localidad, posibilitó la producción de sal. Los sitios húmedos en los diversos planes de la localidad posibilitan la crianza de ganado y, en otro tiempo, la caza de animales silvestres que diversificaban la dieta de los habitantes, mientras que la brisa que nutría a los cerros con agua posibilitó el cultivo de arvejas, chícharos y posteriormente pinos. José, habitante de Cabeceras, se refiere a la caza:

“Había gente que se dedicaba, que no le gustaba o que no tenía la oportunidad de trabajo, y ellos se dedicaban a cazar conejos con guache y los vendían y sacaban para su sustento. Cazaban codornices, las llevaban a los restaurantes para que hicieran codornices escabechadas, oiga, un salmón de hoy en día, po”
(José, habitante de Cabeceras).

Respecto a la caza, Miguel, otro vecino de Cabeceras agrega que:

“los cueros de zorro eran recaros, pues. Nosotros pillábamos zorros y era plata. Toditos compraban, pasaban comprando cueros de conejo y de zorro y se los llevaban pa’ afuera”
(Miguel, habitante de Cabeceras).

La flora y fauna silvestre e introducida dependen del agua para su establecimiento. En la actualidad, gran parte de los cerros de la localidad cuenta con plantaciones forestales que han dis-

minuido la cantidad de flora nativa en Cabeceras. Aun así, persiste flora nativa en algunos lomajes y sobre todo en las

múltiples quebradas de la localidad. La fauna silvestre también persiste en los humedales y en las quebradas.

Fotografía 3. Sector de La Vallica. En la imagen se aprecia una pareja de gansos durante los meses de invierno



Fuente: archivo fotográfico del autor.

Según algunos habitantes, estas especies en general eran más abundantes antaño. Carmen, por ejemplo, recuerda cómo subía los cerros en búsqueda de frutos y alimentos:

“Era bonito, salíamos a recoger maqui, teníamos abundancia de pájaros, se pillaban las codornices en mayo, bandadas tremendas”

(Carmen, habitante de Cabeceras).

En el mismo sentido, Juan, otro vecino de Cabeceras, dice que la localidad era un paraíso:

“Hablemos de septiembre/octubre, cuando íbamos al cerro a buscar pencas, las flores eran impresionantes, había flores de todo tipo. Igual que las aves del campo, uh [hace un gesto con la cara expresando énfasis]. Han desaparecido un montón de esas especies ya”

(Juan, habitante de Cabeceras).

Aliro, a su vez, menciona que “daba gusto mirar los cerros, verdes hasta harto tiempo, hasta noviembre el pasto verde”.

Los paisajes naturales provocan varias sensaciones en los seres humanos. Probablemente por nuestra historia y cul-

tura asociamos paisajes bellos a aquellos lugares idílicos donde la naturaleza se muestra en todo su esplendor, donde hay agua, los verdes nos deslumbran y las montañas nos recuerdan cuán pequeños somos. Sin embargo, cuesta encontrar paisajes naturales con líneas rectas, con un orden digno de un parque urbano planificado; por el contrario, los paisajes suelen poseer elementos desordenados, variedad de especies y líneas curvas orientadas quién sabe por qué.

En efecto, los paisajes naturales suelen tener ese “desorden” que responde básicamente a las condiciones propias del medio: por ejemplo, los sauces que se agrupan junto a un arroyo, el cual no posee una línea recta porque sus aguas se trasladan por los puntos más bajos de la superficie, abriéndose paso de manera irregular. La vegetación que necesita de mayor luz solar se ubicará en laderas donde el sol la bañe la mayor parte del día, mientras que la que requiere de mayor humedad se ubicará en la ladera contraria. A pesar del aparente “desorden”, la naturaleza obedece un orden según los elementos que se encuentren en el paisaje. Por esto los elementos presentes en un paisaje son coherentes cuando existe interdependencia entre ellos (Farinelli, 2009).

Cabeceras no es ajena a esto y sus habitantes lograron entender su paisaje y poblaron esta localidad basándose en este orden natural, gracias a lo que han evitado desastres naturales sin la necesidad de recurrir a una sofisticada planificación territorial. Sin la necesidad de conceptualizar, han observado a lo largo de los años los comportamientos

naturales de los elementos que rodean sus paisajes, los han respetado y han orientado su propia producción en función de estos comportamientos. Lo anterior ha sido realizado a escalas pequeñas, asegurando la subsistencia y luego el mercado. La industria forestal ha intervenido incentivando la plantación forestal (o loteos en localidades aledañas) que no responde necesariamente a conocimientos situados respecto del paisaje de Cabeceras, sino más bien a factores macroclimáticos y de mercado que actualmente están modificando los paisajes de la localidad.

Estas modificaciones distan de coherencias naturales expresadas en paisajes del pasado. Por ejemplo, en una visita a la localidad en 2019 se podía apreciar plantas, en medio de los totorales, completamente secas, lo que contrastaba con los pinos y eucaliptos, que, a pesar de ubicarse en colinas, se mantenían erguidos sin aparentes consecuencias de la sequía que afectaba la zona. En Lagunillas, ese mismo año, el área de la laguna del sector se redujo a apenas unos cuantos metros cuadrados. Los peces flotaban en ese pequeño cuerpo de agua, mientras que las viñas ubicadas a escasos metros al sur se mantenían prácticamente intactas.

Ambos paisajes de 2019 fueron provocados por acciones humanas, a escala global y local.

El agua y la construcción de memoria

Además del rol ya mencionado, hay uno que llama poderosamente la atención, que corresponde al de la solidaridad entre vecinos. Cabeceras se ubica en

el secano costero, sector que, como su nombre lo dice, es seco, lo que quiere decir que la escasez de agua es algo que las y los habitantes ya han vivido, incluso en ciclos productivos donde había disponibilidad para las y los vecinos. Esto significó varias cosas: producciones sin mayores excedentes, cuidado del recurso, pero también la necesidad de colaboración entre las y los habitantes para poder sobrevivir. Al respecto, Carmen, vecina de Cabeceras, relata:

“Aquí, el que cosechaba —por decirle en septiembre, por ejemplo, arvejas— les daba a sus vecinos unas pocas y después sus vecinos le daban cuando cosechaban. Como cuando se mata un chancho: usted les daba a sus vecinos, entonces después el vecino mata y le da a usted también. Como un trueque. Era buena la vida, lo que yo digo es porque el tiempo nos alcanzaba pa’ tanto”

(Carmen, habitante de Cabeceras).

Cuando falleció la abuela Rosa, diversos vecinos de la localidad fueron a visitar su hogar, días después, para realizar un rito católico conocido como la novena. En el transcurso de ese rito fue emergiendo un poco más acerca de la historia de Rosa y también de historias de la localidad. Un aspecto que se reiteraba constantemente era la hospitalidad y solidaridad, tanto de Rosa como de su marido, con quienes los visitaban. Posteriormente, cuando se realizaron las entrevistas, muchos de los entrevistados relataron diversas situaciones de ayuda mutua entre las y los vecinos de la localidad: turnos para regar huertos, faenación de animales y posterior repartición de sus partes, regalos de

verduras y frutas según fueran las cosechas, entre otras prácticas comunitarias.

En la actualidad, la madre del autor visita constantemente la localidad, y no ha existido ocasión en que vuelva sin algún producto del sector; sean huevos, quesos, frutillas u otros, siempre vuelve con algo que le ha regalado algún vecino o vecina. Indudablemente, este rol solidario de dar tiene raíces más profundas que el agua: la religión o las relaciones familiares han sido fundamentales para entender esta reciprocidad.

El agua, sin embargo, juega un papel en esta red de reciprocidad. Si bien algunos habitantes recuerdan eventos positivos asociados a la abundancia de agua en la localidad, otros rememoran hechos difíciles: sequías importantes que mermaban las huertas, inundaciones que aislaban Cabeceras (Fotografía 4) y otros hechos que ilustran la dificultad de la vida de antaño y, por ende, la necesidad de compañía entre vecinos, de ayuda y colaboración entre ellos.

Fotografía 4. Sector del puente Cabeceras



Fuente: archivo fotográfico del autor. En la imagen se aprecia a Guillermo Cabello y acompañantes saliendo de la localidad de Cabeceras por el sector donde ahora se erige un puente. La fotografía, presuntamente tomada en meses de invierno, deja ver las condiciones en las que tenían que trasladarse las y los habitantes de la localidad.

La hermana del autor, Constanza, dio cuenta de que las interacciones entre vecinas de Cabeceras ocurrían constantemente en torno a un rito tan sencillo como el de cebar y tomar mate. La abuela Rosa solía preparar esta bebida calentando agua de su noria en una tetera del tamaño de un bidón. Cuando llegaban visitas, la tetera podía ser llenada varias veces, las conversaciones solían ser eternas, tanto como los afectos que de allí emanaban.

Esta investigación implicó una reflexión acerca de la manera en que la academia utiliza metodologías sofisticadas, lee autores complejos y realiza experimentos difíciles para llegar a conclusiones que las y los habitantes de cualquier localidad del mundo ya conocen. El

último rol del agua es uno de los más lógicos, pero que no surge a simple vista: el papel del agua para hacernos compañía.

Cuando el autor vivió en Cabeceras, su abuela había muerto hace algunos meses, pero antes de partir pidió que cuidaran a su perro, sus animales y sus jardines. Habitando la casa de la abuela Rosa fue evidente la profundidad de esa petición: en los jardines hay seres vivos que dependen del riego, los animales dependen del agua y del alimento, y Lucas, su perro, no solo dependía de los dos elementos ya mencionados, sino también del cariño y la atención.

Vivir en la localidad permite darse cuenta de que la compañía humana

no solo beneficiaba a los animales que la abuela había pedido cuidar. Con el pasar de los meses llegaron diferentes aves: un carpinterito que bajaba de la quebrada ubicada detrás de la casa se posaba a eso de las seis de la tarde a pegarle a un palo ubicado en el jardín; múltiples picaflores llegaban a alimentarse del néctar de las flores del jardín de la abuela; patos, gansos, perdices, entre otras aves, colmaban La Vallica apenas empezaban las lluvias otoñales. Compañía es lo que sobra en ese lugar.

Así se volvió muy evidente por qué la abuela Rosa nunca quiso irse de Cabeceiras en momentos de emergencia, por

ejemplo, cuando su casa cayó producto del terremoto de 2010. No se trataba únicamente de estar acompañada por múltiples vecinos que la querían y visitaban constantemente, sino que también ella tenía sus especies de compañía. Las entendía, las había visto crecer, recibía visitas no solo de su familia, sino también de otros seres vivos. A pesar de vivir sola, no estaba sola, como probablemente no lo está ninguno de sus vecinos.

La abuela Rosa puede compararse con una palma chilena ubicada en la quebrada de atrás de su casa.

Fotografía 5. Quebrada ubicada detrás de la vivienda de Rosa Catalán



Fuente: archivo fotográfico del autor. En la imagen se aprecia una palma chilena rodeada inmediatamente por vegetación nativa y posteriormente por monocultivos de pinos.

Esta palma, grandiosa en tamaño, sigue en su lugar a pesar de la irrisoria cantidad de pinos y eucaliptos ubicados en sus cercanías. Persiste en un pequeño espacio, rodeada de vegetación nativa que se interrumpe abruptamente cuando empiezan los bosques de pinos. El exterior les grita que ya no es su lugar. Sin embargo, tanto esa palma como la abuela Rosa siguen allí, una físicamente y otra en cada una de las personas que la conoció.

El rol del agua en Cabeceras fue conformar sus paisajes, pero también moldear las memorias de sus habitantes y de sus herederos. La hospitalidad, la necesidad de tener plantas, animales que acompañen o de ayudar a algún amigo cuando lo necesita, persiste en las y los hijos de habitantes antiguos de la localidad, personas que ya no viven en Cabeceras, pero que se llevan parte de esta pequeña localidad del secano costero chileno hacia las ciudades o a los lugares a los que migran.

CONCLUSIONES

La historia productiva de Cabeceras se puede describir como un ejemplo del paso de una economía de sector primario tradicional a una de sector primario de mercado. Esto se ejemplifica fundamentalmente en el tipo de producción desempeñada a lo largo de estas décadas. Desde actividades productivas destinadas a la sobrevivencia y una baja acumulación de excedentes se pasó a una producción destinada a la comercialización y la generación de capital. Lo

anterior supuso una mayor concentración de la tierra y un aumento exponencial de la conversión del suelo agrícola a uso forestal en la localidad. Esto repercutió en la disponibilidad de agua para vecinos del sector, sin todavía llegar a situaciones tan extremas producto de la estabilización de las precipitaciones y las reservas naturales de agua que posea la localidad.

El paisaje de Cabeceras evidencia esta transición o pugna entre sectores productivos. Los comportamientos naturales del agua se siguen manifestando con otras actividades productivas que se desarrollan en la localidad. A pesar de ciertas afectaciones, la capacidad de las y los vecinos de la localidad de habitar Cabeceras sigue rescatando memorias ambientales de abuelas, bisabuelas o tatarabuelas. Esa es quizás la mayor riqueza de la localidad, una memoria ambiental que ha sabido habitar y disfrutar paisajes complejos y desafiantes de poblar.

En contraste, intervenciones productivas que ignoran las memorias ambientales han derivado en graves problemas para localidades cercanas. El caso más concreto es el de Bucalemu y la construcción de un espigón costero que ha provocado el ensanchamiento de la playa, el embancamiento de la laguna y posteriormente inundaciones en la localidad (Fotografía 6). A este se suma el incidente de Lagunillas, donde se parcelaron predios y se permitió la construcción de viviendas en sitios en donde antiguamente existían lagunas (Figura 1). Ambos evidencian cómo las decisiones que afectan el medioambiente pueden generar severos desastres sociales.

Fotografía 6. Inundaciones en el sector de Lagunillas en agosto de 2023



Fuente: archivo fotográfico del autor.

Figura 1. Problemática del espigón costero de Bucalemu

Procesos litorales derivados de la construcción de un malecón o espigón costero

-34.6395 S

-72.04494444444444 O

Localidad de Bucalemu



Línea de costa del año 2021. Aquí se evidencia el aumento del área de la playa producto del espigón.

Carta N°1 Elaboración propia a partir de Google Earth Pro

La geomorfología litoral se encarga de estudiar los procesos que generan y modelan las zonas costeras. El caso de la localidad de Bucalemu, constituye uno interesante a la hora de analizar los cambios que puede provocar la intervención antrópica. En la carta N°1 se puede observar la situación de Bucalemu sin la construcción del espigón costero, el cual fue establecido a fines del 2016. Si bien, en esta carta no se ve una conexión directa entre la laguna y el océano, en ciertos periodos del año los habitantes abrían la boca de la laguna para su conexión, de esta manera, no solo se intercambiaban aguas, sino también evitaban consecuencias nefastas para el sector bajo de la localidad. En esta carta también se puede ver la dirección del oleaje (NE), las dimensiones de la playa y de la laguna,

En la Carta N°2, se pueden observar los principales efectos de la construcción de este espigón (de aproximadamente 250m de largo). En primer lugar, se evidencia una especie de difracción artificial en la propagación de la onda del oleaje, que si bien no rodea el malecón por completo, si genera un cambio en la dirección del oleaje en la cara norte del malecón, cambio que se puede observar a través de las flechas amarillas presentes en la carta N°2. Esto genera un amortiguamiento de la energía de la onda de ola y con ello una disminución importante en la capacidad de carga de las corrientes oceánicas, lo que se traduce en una mayor depositación y sedimentación, aumentando el área de la playa y provocando el estancamiento de la Laguna de Bucalemu, la cual cambio su color a uno verdoso evidenciando un proceso de eutrofización.



Carta N°2 Elaboración propia a partir de Google Earth Pro

Si bien, la teoría respecto a los malecones sugiere que el sedimento se acumula en la cara en donde el oleaje choca con esta barrera, el caso de Bucalemu es diferente. Esto puede ser producto de que el sedimento se encuentra en mayor medida en la cara norte del malecón (Playa de Bucalemu), por lo que la acumulación se explica a través de la baja energía que posee el oleaje (que favorece la depositación, cuyo principal proveedor de sedimentos corresponde al Estero de Paredones). En la cara sur del malecón, hay menor disponibilidad de sedimento, sin embargo, no es descartable que a través de los años en esta zona pueda acumularse sedimentos traídos desde lugares que se encuentran aún más al sur, esto último debido a la dirección del oleaje (flechas en rojo) y de la corriente litoral (flechas en naranja).

Simbología

- Dirección oleaje
- Corriente litoral
- Difracción del oleaje

Fuente: elaboración propia.

En un contexto de cambio climático, donde los eventos atmosféricos se vuelven cada vez más extremos e impredecibles, resulta fundamental conocer en profundidad los territorios en los que se pretende intervenir. Aunque estos fenómenos parezcan caóticos, el paisaje conserva una “memoria” que se manifiesta en los cursos de agua, en las zonas de inundación o en el comportamiento de los vientos. Saber leer estas huellas es clave para la toma de decisiones, pero aún más importante es escuchar a quienes han habitado esos lugares históricamente, pues son ellos quienes pueden explicar el sentido de lo que se observa y ofrecer una comprensión más completa del entorno que podría verse modificado.

Esta necesidad no se limita a enfrentar problemas inmediatos del cambio climático, sino que se relaciona con la forma en que las sociedades se vinculan con su ambiente. Como señala Smith (1990), la división del trabajo ha generado una progresiva alienación de la naturaleza: al especializarse en tareas cada vez más específicas, las personas tienden a perder de vista el funcionamiento del entorno en su conjunto. Algo similar ocurre con el paisaje cuando se observan solo algunos de sus elementos. En cambio, aprender de habitantes antiguos, herederos de sistemas productivos diversos y orientados a la subsistencia, permite no solo comprender mejor cómo cuidar el entorno inmediato, sino también acceder a una manera más integral de entender el medioambiente y de enfrentar problemáticas ambientales en distintos lugares.

REFLEXIONES FINALES

En cuanto a políticas públicas, es fundamental que la planificación territorial tome en cuenta el conocimiento y las experiencias de las y los habitantes a la hora de tomar decisiones, además de dotarse de conocimientos acerca del comportamiento de elementos naturales en diferentes territorios. De lo contrario, y teniendo en cuenta el escenario de cambio climático en el que nos encontramos, serán más recurrentes los desastres socioambientales.

Sin duda, las regulaciones que pueden establecer normativas prescriptivas acerca del poblamiento de los territorios son fundamentales para definir el poblamiento de diferentes espacios. Sin embargo, también es crucial avanzar en políticas públicas que comprendan al ser humano como parte de la naturaleza, y que promuevan por tanto el conocimiento de su medioambiente y de los elementos que lo componen.

Por último, es importante mencionar que las políticas públicas implementadas para el desarrollo forestal han ido en la dirección de incentivar la transición de economías primarias tradicionales a economías primarias de mercado. La idea de hacer producir territorios improductivos se basa en la voluntad de generar riqueza en aquellos territorios donde, aparentemente, no la hay. Pero, en realidad, en muchos de estos territorios la riqueza abunda, aunque no en valores de mercado. En este sentido, no basta con medir la pobreza en términos de ingreso, sino que es necesario seguir incorporando otras dimensiones de la pobreza y también considerar que su-

puestos aumentos de ingresos pueden perjudicar otras dimensiones de la pobreza en los territorios intervenidos en pos del crecimiento económico.

En el caso de Cabeceras, el incentivo forestal por parte del Estado se da en un contexto en donde la pobreza se observa solo desde una dimensión material. Dimensiones ambientales como el aumento en la demanda de agua, y, por consiguiente, una mayor aridez en los diversos suelos de la localidad, no fueron consideradas. Actualmente, estas dimensiones han significado un aumento de la amenaza de sequías o incendios forestales, lo que a su vez significa un riesgo de las condiciones materiales de los habitantes, que, paradójicamente, es el argumento que se ha sostenido para incentivar la industria forestal.

TURISMO RURAL VIVENCIAL MAPUCHE. LIDERAZGO Y EMPODERAMIENTO FEMENINO: UN ESTUDIO DE CASO DE LA NEWEN RUTA TURÍSTICA CAYUCUPIL, COMUNA DE CAÑETE

Francisca Andrea Staub Pizani¹, Universidad de Concepción



» Trabajo en terreno, imagen de un huerto en Cayucupil. Fotografía de Chile Consultor, 2024.

RESUMEN

Este trabajo busca analizar el impacto del turismo rural vivencial en la autonomía económica, el liderazgo y el empoderamiento de las mujeres mapuche que integran la Ruta Turística de Cayucupil, en la comuna de Cañete, región del Biobío. Se utiliza un enfoque cualitativo que abarca observación participante, entrevistas semiestructuradas y revisión de informes del Programa de Asociatividad Económica (PAE) del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP).

Los resultados de la investigación muestran un aumento progresivo de la autonomía económica y de la capacidad de toma de decisiones de las mujeres emprendedoras, acompañado de un fortalecimiento de su autoestima y de su liderazgo comunitario. Se observa una dualidad en el liderazgo; por un lado es colaborativo y democrático en el trabajo asociativo de la ruta, y por otro es autónomo en la gestión individual de cada emprendimiento. Sin embargo, persisten barreras y desafíos estructurales como la deficiente conectividad, la escasa infraestructura y los burocráticos procesos de financiamiento. También están expuestas a barreras y desafíos sociales vinculados a desigualdades de género y culturales por las tensiones entre autenticidad cultural y mercado.

En síntesis, la investigación concluye que el turismo vivencial tiene el potencial de convertirse en un motor de desarrollo sostenible en comunidades indígenas, siempre que se acompañe de políticas públicas adecuadas al contexto en el que viven estas comunidades, programas de capacitación permanente y estrategias que fortalezcan tanto la cohesión comunitaria como la pertinencia cultural de la oferta turística.

Palabras clave: turismo rural, turismo vivencial, ruralidad, empoderamiento, liderazgo, autonomía.

¹ Socióloga. El presente artículo se basa en la tesis *El turismo rural vivencial y liderazgo femenino: un estudio de caso de la Nueven Ruta Turística Cayucupil*, realizada para obtener el grado de socióloga de la Universidad de Concepción. Profesora guía: Beatriz Cid Aguayo. Concepción, 2025.

INTRODUCCIÓN

El presente artículo se basa en una investigación realizada en Cayucupil, una zona rural perteneciente a la comuna de Cañete, en la región del Biobío. En Cayucupil un grupo de quince personas, entre ellas once mujeres, lideran iniciativas de turismo rural vivencial a través de una ruta turística rodeada de atractivos naturales como el Parque Nacional Nahuelbuta y la conocida Piedra del Águila, el Parque Recreativo Hernán Anguita (fundo Anique), el río Cayucupil, el río Butamalal y la quebrada de Caramávida, entre otros (Información Turística Cayucupil, 2010). La Ruta Turística de Cayucupil nace en 2020 a partir del Programa de Asociatividad Económica (PAE), perteneciente al Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP).

El turismo en este caso surge como una alternativa económica, que además desempeña un papel crucial en la valorización y preservación de la cultura mapuche, una cuestión relevante, ya que la gran mayoría de los integrantes de la ruta pertenecen al pueblo mapuche. En esa línea, de acuerdo con la Subsecretaría de Turismo (2020), la autenticidad es el núcleo del turismo indígena, ya que a través de ella las comunidades comparten su herencia cultural con las y los turistas.

Uno de los pilares fundamentales de la Estrategia Nacional de Turismo 2030 es el desarrollo regional, que busca descentralizar las actividades turísticas y promover el turismo en áreas rurales

y territorios menos explorados, como es el caso del valle de Cayucupil en la región del Biobío. Esta estrategia incentiva la promoción de destinos turísticos alternativos que no solo ofrecen experiencias auténticas y memorables, sino que también contribuyen al fortalecimiento de las economías locales y a la conservación de su identidad cultural.

El desarrollo del turismo rural vivencial, como el que se impulsa en Cayucupil, se alinea con los objetivos de la Estrategia Nacional de Turismo. Esta forma de turismo permite a las comunidades locales—en especial a mujeres mapuche emprendedoras que lideran proyectos turísticos en Cayucupil—aprovechar su entorno natural y cultural para generar ingresos, fortalecer su autonomía económica y ejercer un rol protagónico en la preservación de sus tradiciones.

En el caso estudiado las mujeres se hacen parte del turismo vendiendo lo que producen para su hogar y adaptando los espacios de la vivienda para recibir a las y los visitantes. Entre sus servicios se encuentra la venta de productos de su huerta, artesanías mapuches, una granja educativa, productos gastronómicos y alojamientos. Los productos gastronómicos producidos son quesos artesanales, mermeladas, vinagre de manzana, dulces, desayunos, almuerzos y onces, que incluyen muchas veces platos interculturales. En cuanto al alojamiento, en un principio recibían turistas en su propia casa, y posteriormente muchas han construido cabañas, hos-

tales o han mantenido el alojamiento familiar. Con el tiempo las mujeres han añadido servicios como tinajas de agua caliente, camas de cuarzo y sauna, entre otros.

Según datos de la Encuesta Casen 2022, la comuna alcanza una tasa de pobreza por ingresos del 13,3% y una tasa de pobreza multidimensional del 27,3%. Asimismo, un 36,8% de su población pertenece a pueblos originarios, principalmente al pueblo mapuche, lo que evidencia la relevancia de los factores culturales en su configuración territorial y social (Municipalidad de Cañete, s.f). En este contexto el turismo surge como una oportunidad estratégica para la reducción de la vulnerabilidad y la pobreza, especialmente entre las mujeres que integran la Ruta Turística de Cayucupil. Estas mujeres, en su mayoría con un nivel de escolaridad incompleto y pertenecientes al pueblo mapuche, se encuentran en una posición estructuralmente vulnerable. Frente a ello, el turismo aparece no solo como un medio para generar ingresos y acceder a bienes y servicios, sino también como un mecanismo para revitalizar y activar los valiosos recursos existentes en el territorio: su cultura, sus conocimientos tradicionales, sus habilidades productivas y el entorno natural privilegiado en el que habitan.

Considerando el enfoque AVEO planteado por Kaztman y Filgueira (1999), se puede entender el turismo como un espacio de movilización de activos. En el caso particular estudiado, las mujeres ponen en valor sus conocimientos culturales y sus capacidades productivas—como la elaboración de alimentos,

tejidos y artesanías, entre otros— para generar ingresos. Esto es posible gracias a la estructura de oportunidades habilitada por distintos actores y/o instituciones como el Servicio Nacional de Turismo (SERNATUR), INDAP, el municipio, los programas en apoyo a las PY-MEs y las y los turistas, entre otros. Esta estructura institucional, que trabaja en conjunto con las mujeres, las impulsa a activar sus recursos y participar en actividades turísticas, lo que les ha permitido mejorar su calidad de vida, cubrir necesidades básicas y, en algunos casos, retomar sus estudios.

La ruta turística estudiada también se enfrenta a obstáculos y barreras que dificultan su desarrollo y avance turístico, como equilibrar la autenticidad de sus tradiciones con las exigencias del mercado, la falta de apoyo institucional, la ausencia de políticas públicas que promuevan el emprendimiento turístico en zonas rurales, la insuficiente capacitación en el rubro, las desigualdades estructurales que históricamente han afectado a las comunidades mapuche y las responsabilidades familiares, que continúan siendo, en muchos casos, una carga que dificulta su participación activa en el turismo rural vivencial.

En la misma línea se debe destacar que las mujeres indígenas enfrentan barreras estructurales perpetuadas históricamente debido a la marginación económica y la exclusión de los procesos de toma de decisiones (Ministerio de la Mujer y la Equidad de Género, 2017). Sin embargo, este tipo de turismo ofrece una oportunidad única para que las mujeres reafirmen su identidad cultural y asuman roles de liderazgo en sus

familias y comunidades. A través del turismo rural vivencial, ellas se convierten en portadoras activas de su patrimonio cultural, transmitiendo saberes, prácticas y relatos. Este proceso fortalece el orgullo identitario y la valoración de sus raíces mapuche.

El objetivo general de la investigación es analizar las contribuciones de la práctica del turismo rural, la independencia económica, el empoderamiento y el liderazgo comunitario de las mujeres mapuches en Cayucupil, Cañete, considerando sus dificultades y oportunidades, así como su aporte al fortalecimiento, preservación y difusión de su cultura.

A continuación se examinarán las distintas tipologías existentes de turismo. También se desarrollarán los conceptos de empoderamiento, liderazgo y autoestima, y en el contexto de la práctica turística se abordarán las posibles transformaciones en las vidas de las mujeres debido a su inserción como prestadoras de servicios. En el ámbito turístico también se revisará la importancia de las redes de apoyo en turismo y las desigualdades y limitaciones a las que se exponen las mujeres.

ANTECEDENTES

Turismo rural, vivencial y de intereses especiales

Urry (1996) plantea que el turismo es un proceso social organizado que implica contemplar lugares que se perciben

como fuera de lo común, en contraste con la vida cotidiana de quien los observa, actividad conocida como contemplación turística, la cual varía según el contexto social, el grupo y el periodo histórico. Esto forma parte de la experiencia turística, la cual se construye a partir de la diferencia, y se apoya en las expectativas que las y los turistas tienen sobre los lugares que visitan. En la actualidad el turismo es un fenómeno social complejo, con múltiples aristas, inserto en estructuras sociohistóricas cambiantes, y un proceso que excede el mero ocio o negocio, abarcando impactos económicos, sociales, culturales y territoriales (Álvarez, Mantecón y Puertas-Cañaverl, 2020). El turismo también es una herramienta clave para generar recursos económicos y es útil para la conservación del patrimonio cultural y natural, ya que este es un atractivo para los turistas (Beroiza, Pilquiman, Cid, de la Maza y Cea, 2022). Para el estudio se aborda el turismo rural, el turismo vivencial y el turismo de intereses especiales, debido a que son los tipos de turismo que la ruta estudiada ofrece.

En primer lugar, el turismo rural es una modalidad que puede interpretarse desde diversas perspectivas, lo que ha dado lugar a varias denominaciones, como turismo indígena o étnico, agroturismo y turismo comunitario, entre otras. Es importante destacar que cada una de estas denominaciones posee un énfasis particular y diferenciador, aunque muchos autores lo agrupan bajo el concepto general de turismo rural. Según Cid, Mella, Beroiza, Arias, Callupe, Amigo y Moya (2022), el turismo comunitario es una fuente de ingresos y al mismo tiempo una forma de re-

valorizar y proteger los territorios y las tradiciones culturales, pues ofrece a las y los turistas una experiencia que combina el respeto por el medioambiente y el aprendizaje intercultural. Según lo planteado por Beroíza et al. (2022), este tipo de turismo busca conciliar el desarrollo económico con la protección de sus recursos y la preservación de su identidad cultural. Para Pilquimán (2016), el turismo comunitario permite la generación de ingresos complementarios, actúa como una forma de revalorizar las prácticas culturales y la cosmovisión mapuche a través de la activación de su patrimonio natural y cultural. En esta misma línea, Cid et al. (2022) plantean que este tipo de turismo es una herramienta para la autonomía económica y cultural de las colectividades, ya que las actividades turísticas han permitido a las comunidades mapuche no solo generar ingresos, sino también reforzar su identidad cultural y sus vínculos con el territorio. El turismo también trae aspectos negativos, como lo es el riesgo de generar una mercantilización de la cultura, fomentar la desigualdad y generar la explotación de las comunidades (Pereiro, 2012).

Por otro lado, el turismo de intereses especiales (TIE), según Espinosa, Llanccaman y Sandoval (2014), se centra en experiencias personalizadas basadas en la naturaleza. Este tipo de turismo se da, por ejemplo, en los parques nacionales, los cuales permiten únicamente actividades de TIE pasivo, como el senderismo y la observación de fauna, para evitar impactos negativos sobre los recursos naturales.

El turismo vivencial, en tanto, involucra la participación de las y los visitantes en las actividades cotidianas de las comunidades locales y contribuye al desarrollo sostenible de las áreas rurales en las que se desarrolla (Cruz, 2011). Según Laguna (2020), este tipo de turismo es usado como una estrategia para mejorar las condiciones económicas de la comunidad, ya que puede generar recursos económicos a través de actividades como la agricultura, la crianza de animales menores y la participación en costumbres culturales y locales.

Para que este modelo sea sostenible, la ruta debe identificar a turistas que valoren activamente la cosmovisión indígena. Esta relación anfitrión-visitante exige un equilibrio ético entre lo que se ofrece al mercado y lo que la comunidad decide resguardar como patrimonio privado, asegurando que la actividad no solo proteja el entorno natural, sino también la integridad de la herencia cultural.

Autoestima, empoderamiento y liderazgo

Gracias a la participación en turismo, la experiencia, la autopercepción y el aprendizaje de las mujeres va creciendo. Este involucramiento ha empoderado a las mujeres que participan en la ruta, pero es importante destacar que este no es un proceso lineal, ya que se experimentan tanto momentos de empoderamiento como de desempoderamiento, los cuales pueden coexistir y sucederse (Mora, Fernández y Ortega, 2016). Según Murguialday (2006),

el empoderamiento femenino es un proceso mediante el cual las mujeres adquieren la capacidad de tomar decisiones, desarrollando su autoestima, autonomía y habilidades.

El turismo les ha permitido a las mujeres ser líderes dentro de su comunidad, ya que han tenido que aprender a estar a cargo de grupos y organizarse entre ellas. La bibliografía existente relacionada al liderazgo femenino rara vez lo plantea sin un sesgo de género, asignándole a este liderazgo características que históricamente han estado relacionadas con las mujeres y su rol maternal. Ejemplo de lo anterior son las posturas que caracterizan el liderazgo femenino como colaborativo, emocional y orientado al cuidado de las relaciones interpersonales (Carrasco y Barraza, 2021), y otras que lo catalogan como democrático, colaborativo y enfocado en el consenso y la participación (Díez, Valle, Terrón y Centeno, 2002). Sin embargo, existen autores que destacan que los liderazgos femeninos mapuche no han sido debidamente visibilizados, lo que perpetúa la desigualdad de género tanto dentro de las comunidades mapuche como en la sociedad chilena en general (Rain, Pujal y Mora, 2020). Lo anterior refuerza las barreras culturales y estructurales a las que se enfrentan, y también invisibiliza las contribuciones de estas mujeres al fortalecimiento de sus comunidades.

La actividad turística de las mujeres ha influido en su autoestima, principalmente porque se han visto envueltas en situaciones difíciles donde deben superar problemas, barreras y limitaciones. Mora, Fernández y Troncoso (2019)

plantean que superar este tipo de situaciones contribuye a aumentar la autoconfianza. Rojas-Barahona, Zegers & Förster (2009) definen la autoestima como un sentimiento hacia uno mismo que puede ser positivo o negativo, se construye a través de la evaluación de las propias características y tiene una relación directa con el bienestar general de la persona. Es importante destacar que la autoestima es el juicio que una persona tiene sobre su propio valor, lo cual influye en sus pensamientos, emociones y conductas, e impacta directamente en el bienestar psicológico y social (Leiva, 2015). Pero la autoestima de las mujeres, según lo planteado por Medina (2018), está profundamente influenciada por las condiciones sociales, especialmente por el patriarcado. La autoestima está estrechamente relacionada con la autopercepción, ya que esta última es el proceso mediante el cual una persona se observa a sí misma y forma una idea sobre quién es, cómo se comporta, sus cualidades, emociones, habilidades y actitudes a partir de las experiencias, los comportamientos y las interacciones con su entorno social (Cazalla-Luna y Molero, 2013). Tomando en cuenta lo planteado, se hace evidente que la autoconfianza y la autoestima están estrechamente relacionadas, ya que la primera está influenciada por la segunda.

Transformaciones familiares

Por otro lado, el ejercicio del turismo ha transformado sus dinámicas y roles familiares debido a que las mujeres en un principio solo hacían labores del ho-

gar y del campo, por lo que su dinámica cambió cuando comenzaron a trabajar de manera independiente. En este contexto es relevante lo planteado por Cortés, Ruiz y Flórez (2021), quienes señalan que estas transformaciones familiares ocurren debido a la incorporación de las mujeres al escenario laboral, lo que crea nuevas configuraciones familiares democráticas e igualitarias que afectan el liderazgo y la autoridad compartida, pues se generan procesos de negociación más flexibles en el hogar. Este fenómeno en la ruta ha permitido que las mujeres comiencen a ejercer una mayor influencia en las decisiones familiares. Es importante destacar que en la actualidad la vida familiar aún no ha alcanzado un nivel de equidad, y que si bien hay un avance, la transición es lenta y aún predominan imaginarios que convierten a las mujeres en las únicas responsables de las tareas tradicionales familiares (Cortés, Ruiz & Flórez, 2021). En esa misma línea, Avolio y Di Laura (2017) sugieren que la inserción de la mujer en el trabajo ha reducido la brecha de género en la participación económica, pero continúan enfrentando la doble carga de responsabilidades laborales y domésticas. En el caso estudiado, todas las mujeres llevan su casa y su emprendimiento con diferentes grados de corresponsabilidad con sus parejas e hijos.

Asociatividad

En este contexto, la asociatividad es una forma de apoyo para superar todas estas barreras y desafíos, y por ello la ruta turística surge como una forma de tra-

bajar en conjunto, enfrentar las barreras y crecer tanto en el emprendimiento como personalmente. Pero no solo la experiencia del grupo estudiado señala que la cooperación y las redes de apoyo son importantes, sino también la teoría en el área. Según lo planteado por Rosales (1997), citado en Quiroz-Albán, Font-Aranda y Sánchez-Briones (2021), la asociatividad es un mecanismo de cooperación entre empresas pequeñas y medianas, en el cual cada empresa mantiene su independencia jurídica y autonomía, pero decide voluntariamente participar en un esfuerzo conjunto con los otros participantes para la búsqueda de un objetivo común. Esto refleja claramente el caso estudiado: pequeñas empresas turísticas se asocian para un objetivo común. Aguirre y Pinto (2006), citados en Quiroz-Albán, Font-Aranda y Sánchez-Briones (2021), plantean la asociatividad como un recurso de acción organizativo en el cual se busca la unión y el trabajo cooperativo entre los individuos para ejecutar proyectos más eficientes, disminuyendo los riesgos individuales.

Limitaciones y desigualdades

Como se ha mencionado, el grupo estudiado ha enfrentado limitaciones y desigualdades en el quehacer turístico. Según la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (2016), en las zonas rurales chilenas existen limitaciones estructurales que representan obstáculos significativos para su desarrollo económico y social. Estos son la desigualdad y la falta de servicios, y las políticas públicas fragmentadas

que no son capaces de atender las necesidades de las comunidades rurales, lo cual se relaciona directamente con la centralización del gobierno central, que limita la capacidad de los gobiernos locales para adaptarse a las necesidades específicas de las áreas rurales. Estos obstáculos afectan directamente a las y los emprendedores turísticos, ya que merman la calidad de servicios que pueden entregar a los turistas. Dentro de estas brechas, el acceso a servicios sanitarios básicos sigue siendo un nudo crítico para la formalización ante SER-NATUR. No obstante, emergen soluciones como el Programa de Servicios Sanitarios Sustentables, que mediante una infraestructura alternativa permite la potabilización de agua en sectores rurales. Este tipo de avances técnicos es clave para que emprendimientos de camping o recreación alcancen los estándares exigidos.

El mundo rural se caracteriza por la producción de productos agrícolas y ganaderos, pero en el contexto rural chileno, según Elizalde y Thayer (2013), existen limitaciones relacionadas principalmente con los procesos de modernización, urbanización y globalización. Elizalde y Thayer (2013) mencionan que se han destruido las formas tradicionales de producción y existe una concentración de la tierra y los recursos que hace imposible que pequeños productores compitan con las grandes inversiones nacionales e internacionales, lo que genera migración hacia la urbe y/o empobrecimiento de agricultores, dependiendo del caso.

También existen desigualdades de género en el contexto mapuche. Según Rain, Pujal y Mora (2020), existe subordinación económica y explotación laboral, y las experiencias de las mujeres han sido invisibilizadas dentro de las narrativas más amplias sobre el pueblo mapuche, las cuales suelen centrarse en los hombres. También es importante destacar que las mujeres mapuche experimentan una doble opresión debido a su género y su etnia (Rain, Pujal y Mora, 2020). En palabras simples, las mujeres mapuche sufren opresiones simultáneas por su etnia, su clase y su género.

Esta investigación busca aportar evidencia sobre cómo el turismo rural vivencial permite a las mujeres mapuche lograr mayor independencia económica, fortalecer su liderazgo y preservar su cultura, considerando tanto las oportunidades como las barreras estructurales, desigualdades de género y limitaciones del contexto rural. Al analizar la experiencia de estas emprendedoras se pretende comprender el impacto de estas prácticas turísticas en su empoderamiento, liderazgo y autoestima, así como visibilizar su papel activo en la economía local y en la transmisión de conocimientos culturales dentro de narrativas históricamente dominadas por hombres. En este sentido, la pertinencia cultural de la oferta debe considerar la gestión de las expectativas del mercado frente a la protección del patrimonio. El éxito de esta ruta no depende solo del flujo de visitantes, sino de la capacidad de establecer límites claros entre la exhibición comercial y el resguardo de la vida privada y ceremonial, a fin de garantizar un equilibrio entre lo que se

muestra y lo que se guarda para proteger la herencia cultural y natural. Asimismo, se busca ofrecer lineamientos para el desarrollo de políticas públicas que promuevan modelos de desarrollo más equitativos y sostenibles, contribuyendo al entendimiento académico sobre el vínculo entre turismo, género y cultura indígena.

MÉTODO

Para la investigación se utilizó una metodología cualitativa, pues permite explorar y comprender fenómenos complejos desde una perspectiva interpretativa, centrada en los significados y experiencias subjetivas de los actores (Quecedo y Castaño, 2003).

Se ha definido como área de estudio al sector rural de Cayucupil, perteneciente a la comuna de Cañete. En esta zona se desarrolla la Ruta Turística de Cayucupil y existen otros emprendimientos turísticos que no pertenecen a la ruta estudiada. La población del estudio son las mujeres de la comuna de Cañete que participan activamente en actividades vinculadas al turismo, mientras que el universo de estudio abarca a las mujeres que forman parte de la Ruta Turística de Cayucupil. La unidad de análisis es cada una de las mujeres de esta ruta, lo que implica que el estudio se centrará en sus experiencias, contribuciones y roles dentro del turismo rural vivencial.

Técnicas de levantamiento de información

Para levantar la información se usaron técnicas primarias y secundarias. Las primeras involucraron una observación participante y entrevistas semiestructuradas, mientras que las segundas privilegiaron una revisión de los informes del Programa de Asociatividad Económica de INDAP.

Se aplicaron siete entrevistas semiestructuradas a mujeres que participan en la Ruta Turística de Cayucupil. Se optó por la entrevista semiestructurada debido a que esta “intenta entender asuntos del mundo cotidiano vivido desde la propia perspectiva de los sujetos” (Kvale, 2011, p. 34), ya que esta entrevista “no es ni una conversación cotidiana abierta ni un cuestionario cerrado” (Kvale, 2011, p. 34). Para responder a los objetivos de investigación, se determinó la aplicación de entrevistas a las mujeres estudiadas, ya que estas combinan una estructura guía con la flexibilidad necesaria para explorar en profundidad las experiencias y percepciones de las mujeres mapuche sobre su empoderamiento, liderazgo y rol en la comunidad a través del turismo rural vivencial. Este formato permite adaptar las preguntas según el desarrollo de la conversación, facilitando que las entrevistadas se expresen de manera libre y personal, lo que es clave para obtener la información necesaria.

Muestreo

Se consideraron 45 horas de observación participativa entre marzo y noviembre de 2024. La observación abarcó todas las actividades de la ruta turística, tanto con turistas como con la consultora que la acompaña.

Para la revisión de fuentes secundarias se analizaron los ocho informes del Programa de Asociatividad Económica (2021-2024), que constituyen la totalidad de documentos generados desde su inicio.

Respecto a las entrevistas, se aplicó un muestreo intencionado. Se seleccionó a siete mujeres emprendedoras que destacaron por su participación activa y sostenida en la ruta turística durante el periodo observado. Sus emprendimientos son diversos, y varias de ellas ofrecen más de un servicio. Entre las actividades que desarrollan se cuentan la gastronomía intercultural, la cafetería, el alojamiento familiar, el camping, un salón de eventos, una quesería, artesanías mapuches, mermeladas, un hostel, una granja educativa y un complejo turístico. Este último incluye tres cabañas, tres tinajas, un sauna y una cama de cuarzo, un quincho, una piscina, un salón de eventos y juegos infantiles.

Técnicas de análisis de datos

El análisis de la observación participativa se basó en el registro detallado de las interacciones y dinámicas sociales observadas durante el trabajo de campo, las formas de cooperación, toma de decisiones y manejo de conflictos dentro

de la comunidad, así como la interacción de las emprendedoras con las y los turistas. Estos datos fueron analizados utilizando una técnica de codificación abierta, agrupando los eventos observados en categorías temáticas.

Los informes del Programa de Asociatividad Económica (PAE) fueron revisados en detalle con el fin de identificar y evaluar las estrategias, logros y desafíos relacionados con el turismo rural vivencial de las mujeres de la ruta turística. Se procedió a identificar las variables clave, como las barreras económicas, sociales y culturales, así como las oportunidades de crecimiento identificadas en los informes.

Para las entrevistas se aplicó el análisis temático, una técnica cualitativa de investigación que se utiliza para identificar, analizar y reportar patrones o temas recurrentes dentro de los datos recopilados. A través de la codificación de datos y la agrupación en categorías temáticas, este análisis facilita la comprensión de significados más profundos en las experiencias o discursos de los participantes (Escudero, 2020).

Finalmente, la información fue triangulada, es decir, fue categorizada y comparada con los resultados obtenidos, lo que permitió la validación y refuerzo de los hallazgos de la investigación. El análisis también compara los datos obtenidos entre las diferentes entrevistadas para identificar similitudes, diferencias y patrones comunes. Este proceso permitirá comprender cómo las mujeres perciben su rol en el turismo vivencial y su contribución al desarrollo económico y cultural de la comunidad.

HALLAZGOS Y RESULTADOS

Transformación económica de las emprendedoras pertenecientes a la Ruta Turística de Cayucupil

Las emprendedoras estudiadas logran una mayor autonomía económica gracias a sus emprendimientos turísticos, lo que se relaciona con lo planteado por Cid et al. (2022), quienes plantean que el turismo rural es una herramienta para la autonomía económica. Esta autonomía se observa en la actualidad cuando las emprendedoras toman decisiones económicas por sí mismas en su emprendimiento turístico. Gracias a las entrevistas se logra dilucidar que para lograr la autonomía económica que tienen hoy debieron pasar por un proceso que inició con dificultades relacionadas con la administración correcta del dinero, lo que en muchas ocasiones significó pérdidas económicas.

E.N.: [...] *“Al principio no sabía bien cuánto cobrar ni calcular los costos. Pero con el tiempo, y gracias a las capacitaciones, aprendí a incluir el valor agregado: la etiqueta, el formato, todo eso. Es un aprendizaje y un crecimiento constante”*
(entrevistada 4).

Otra entrevistada hace ver la importancia de saber administrar el dinero:

E.M.: *“Sí, antes compraba cosas sin mucha planificación, pero ahora, gracias a las capacitaciones, aprendí a administrar mejor el dinero”*
(entrevistada 3).

Si bien se deduce que ha habido un aumento en el ingreso, no se puede determinar el monto, pues no se logra obtener esa información en las entrevistas y tampoco se encuentra en los informes PAE. Sin embargo, sus ingresos efectivamente han aumentado, pues los informes del programa registran diversificación de sus emprendimientos, aumento en sus servicios y mejoras en infraestructura, lo que no se podría hacer sin haber incrementado los ingresos.

En palabras simples, se evidencia un proceso de aprendizaje constante y una superación de los desafíos enfrentados a lo largo del tiempo, lo cual es esencial para alcanzar la autonomía, el crecimiento y la sostenibilidad económica. Por un lado, la autonomía económica se ha desarrollado de manera gradual, permitiendo a las emprendedoras tomar decisiones financieras con mayor independencia, aunque esto condujo a dificultades iniciales que las obligaron a aprender a administrar su negocio financieramente. Por otro lado, el crecimiento económico se refleja principalmente en la capacidad de las emprendedoras para mantener sus negocios a lo largo del tiempo. Finalmente, la sostenibilidad económica se observa en la diversificación de servicios y la mejora de infraestructuras.

Auto percepción de las empresarias turísticas

La autoestima, según Mora, Fernández y Troncoso (2019), es un proceso que implica la revalorización personal en todos los ámbitos. Esto se complementa

con lo planteado por Rojas-Barahona, Zegers & Förster (2009), quienes mencionan que la autoestima es un sentimiento hacia uno mismo que puede ser positivo o negativo, que se construye a través de la evaluación de las propias características.

Algunas emprendedoras expresan haber pasado por un proceso de revalorización personal:

E.C.: [...] *“Antes me sentía insegura al hablar con personas nuevas o al mostrar mi trabajo, pero el turismo me ha ayudado a desarrollar esa confianza. Ver que los turistas valoran lo que hago y lo que represento me motiva a seguir adelante y a creer más en mí misma”*
(entrevistada 7).

El turismo les ha permitido superar inseguridades y fortalecer su confianza en sí mismas, para así experimentar una revalorización personal durante el enfrentamiento de los desafíos. Esto ha mejorado su capacidad para interactuar con las y los turistas, mostrar con orgullo su cultura y demostrar cómo el turismo puede impulsar su empoderamiento y crecimiento personal.

La literatura tiende a describir el liderazgo femenino como colaborativo, emocional y orientado al cuidado de las relaciones interpersonales, tal como lo explican Carrasco y Barraza (2021). De manera similar, Díez, Valle, Terrón y Centeno (2002) lo caracterizan como democrático, cooperativo, sensible y enfocado en el consenso y la participación. Sin embargo, resulta necesario comprender que estas definiciones res-

ponden a construcciones sociales y culturales sobre los roles de género, y no a rasgos “esenciales” de las mujeres.

En el caso de Cayucupil, el liderazgo observado dialoga con estas definiciones, pero no se limita a ellas. Las emprendedoras ejercen un liderazgo que combina la colaboración y la participación comunitaria con una fuerte autonomía y capacidad de decisión individual, lo que da cuenta de un modelo flexible y situado. Tal como expresa una de las entrevistadas:

E.C.: *“Sin duda. El turismo me ha obligado a tomar decisiones importantes, organizar actividades y trabajar en equipo, lo que ha fortalecido mucho mi capacidad para liderar. También he aprendido a gestionar problemas y encontrar soluciones rápidas, habilidades que antes no sabía que tenía”*
(entrevistada 7).

Lo anterior permite observar que el liderazgo que emerge en la ruta turística no responde estrictamente a un modelo de “liderazgo femenino” como el encontrado en la literatura, sino a una reconfiguración del liderazgo desde la experiencia territorial y cultural de las mujeres mapuche, donde la cooperación y la autonomía coexisten como estrategias de fortalecimiento individual y colectivo.

El empoderamiento y liderazgo de las emprendedoras han transformado sus roles dentro de sus familias y comunidades. Mientras algunas reciben reconocimiento y apoyo, tanto familiar como comunitario, otras enfrentan

desvalorización y aprovechamiento por parte de su entorno. La diferencia en el nivel de apoyo comunitario refleja las diversas dinámicas y contextos sociales en los que están insertas. Algunas emprendedoras sienten que su entorno se aprovecha de su trabajo.

R.A.: [...] *“Me da pena y me da rabia, porque no aprecian lo que uno tiene. Y si lo reconocen, es solo para aprovecharse de lo que uno hace. Por ejemplo, ahora mismo dicen: ‘ah, R.A. sabe hacer traruwe, mándenle a hacer a ella’. Pero como saben que soy de la comunidad, esperan que cobre más barato. ¿Qué más de 10 lucas?’, dicen”*
(entrevistada 1).

Mientras, otras emprendedoras tienen el total apoyo de su entorno.

L.S.: *“Sí, siento que me he ganado el orgullo de mi familia, y eso llena mi corazón. Mis hijos y mi esposo me lo han dicho. Mi esposo siempre ha estado orgulloso de mí, pero desde que han visto los frutos de mi trabajo y cómo manejo el turismo rural, ese orgullo ha crecido. Me lo he ganado con esfuerzo, y eso me motiva”*
(entrevistada 6).

El turismo ha transformado la auto-percepción de las emprendedoras: han experimentado una revalorización personal que las ha llevado a superar inseguridades y a fortalecer su confianza, lo que ha generado un impacto en sus negocios y en su vida personal. En cuanto al liderazgo, existe una dualidad; en la ruta predomina un liderazgo colaborativo y participativo, mientras que en sus emprendimientos individuales prevalece un liderazgo autónomo y centrado

en la toma de decisiones. En cuanto al reconocimiento dentro de sus familias y comunidades, algunas emprendedoras han logrado obtener apoyo y admiración, mientras que otras enfrentan desvalorización.

Desafíos y oportunidades que enfrentan las emprendedoras turísticas

Según Pereiro (2012), los desafíos culturales se relacionan con el riesgo de la mercantilización de la cultura, la desigualdad y la explotación de la comunidad. Pero la promoción turística de la cultura es una oportunidad que promueve la preservación de la identidad y la autonomía cultural (Pilquimán, 2016), y fomenta el respeto y aprendizaje intercultural, lo que permite que las comunidades proyecten su cultura sin desvirtuar sus prácticas ancestrales (Cid et al., 2022). En esa línea, presentar su cultura a las y los turistas es desafiante, pero a pesar de ello han tenido buena experiencia, tal como lo manifiesta la siguiente entrevistada:

E.M.: *“Sí, ha pasado, pero la mayoría respeta la cultura mapuche hoy en día. Antes era más difícil, creo que por desconocimiento. Ahora no, no es difícil hacerles entender”*
(entrevistada 3).

Otra emprendedora menciona que los turistas:

E.N.: *“Vienen felices de aprender. Si uno les habla con respeto y cariño, si los recibe bien y se sienten acogidos, les gusta aprender. Creo que la clave*

está en cómo uno se relaciona con ellos”

(entrevistada 4).

En el ámbito cultural se enfrentan desafíos como la pérdida, a través de las generaciones, de algunos aspectos de la cultura mapuche, como menciona una entrevistada:

E.M.: *“Sí, porque no sé hablar bien el mapudungún. A veces me cuesta presentarme o saludar en el idioma. Intento hacerlo, pero hay cosas que desconozco de mi territorio y tendré que empezar a aprender*

(entrevistada 3).

Ella desea iniciar este proceso de aprendizaje tanto para recuperar y fortalecer su cultura como para proyectarla en el ámbito turístico. Sin embargo, tal como advierte Pereiro, cuando las experiencias culturales se incorporan al mercado aparece una tensión: pueden convertirse en una oportunidad de visibilización, pero también existe el riesgo de que su significado se diluya y termine cayendo en una lógica de mercantilización. Ese riesgo está presente, pero no es el motor principal de su interés por aprender el idioma.

En el ámbito económico existen varios desafíos; por un lado, el difícil acceso a recursos, lo que se relaciona con la falta de conocimiento sobre los programas disponibles y los requisitos para postular (Informe II, Ciclo I del Programa PAE). Esto también se abordó en las entrevistas, donde una emprendedora mencionó que:

E.N.: *“Sí, como le decía antes, todo el tema de rellenar formularios, ir al banco y esas cosas administrativas me han complicado bastante”*

(entrevistada 4).

Pero también es importante mencionar que las emprendedoras pueden superar estas barreras averiguando, aprendiendo e intentando, como expresa la siguiente entrevistada:

E: *“¿Ha tenido alguna vez dificultades para acceder a financiamiento o apoyo económico?”*

L.S.: *“Al principio, sí. Fue por falta de conocimiento mío y todo eso. Después me preparé y, como decía antes, ahora me siento lista. Antes el problema era entender cómo postular*

(entrevistada 6).

Otro desafío económico es la falta de conocimiento sobre programas y requisitos de postulación y las limitaciones administrativas. También, a partir de lo observado, es importante señalar que actualmente la mayoría de las postulaciones a fondos se realizan de manera digital, y las emprendedoras presentan un bajo manejo de tecnologías de la información y comunicación (TIC). A esto se suma la limitada conectividad propia de las zonas rurales, lo que dificulta aún más el proceso.

También se observa que se les hace difícil la promoción y visibilidad digital (ya que significa uso de TIC y requiere conectividad), lo cual limita sus posibilidades de venta (Informe II, Ciclo II del Programa PAE). Pero estos desafíos son superables; es más, las mismas experiencias compartidas por las empre-

dedoras muestran que con esfuerzo, asesoría y capacitación, es posible superar las barreras económicas y acceder a oportunidades de financiamiento. Si bien estas son barreras, al superarlas pueden ser oportunidades económicas importantes para el crecimiento del emprendimiento y de la ruta.

En el ámbito social se enfrentan desafíos con las comunidades que habitan en el valle de Cayucupil, ya que algunas comunidades apoyan y hacen turismo, mientras que otras no piensan de la misma forma:

R.A.: *“No, la comunidad no agradece ni reconoce lo que uno hace por ellos o lo que uno puede hacer en bien de ellos”*

(entrevistada 1).

A pesar de ello, la ruta ha logrado avanzar y llegar a las y los turistas de buena forma, dejándolos contentos con la experiencia:

E.C.: *“A veces hay malentendidos por diferencias culturales o porque los turistas tienen expectativas poco realistas. Con otros emprendedores surgen diferencias de opinión en ocasiones, pero siempre trato de manejar esas situaciones con respeto y diálogo”*

(entrevistada 7).

En otras palabras, los desafíos sociales que enfrentan las emprendedoras de la ruta turística reflejan las complejidades de trabajar en un contexto comunitario diverso. Las experiencias positivas con turistas muestran que la ruta ha logrado posicionarse como una experiencia satisfactoria, y que tienen la capacidad

para avanzar en sus proyectos turísticos individuales y como grupo si superan las barreras que van surgiendo.

En esta línea, también existen oportunidades. La misma colaboración entre emprendedoras ya es una, pues ayuda a consolidar una oferta turística atractiva: según el Informe I del Ciclo I del Programa PAE, esta estrategia ha aumentado la afluencia de visitantes, lo que ha generado mayores beneficios económicos y ha fortalecido las relaciones entre las y los participantes. Otra oportunidad ha sido la participación en capacitaciones y talleres, los que han fortalecido las relaciones entre las mujeres emprendedoras, han mejorado su trabajo con las y los turistas, y su calidad de productos y servicios (Informe II del Ciclo I del Programa PAE). Según lo observado, esta formación no solo ha mejorado sus habilidades, sino que también ha creado un espacio para compartir experiencias y construir redes de apoyo. Este fue un tema abordado en las entrevistas, donde se señala que han visto oportunidades que han tratado de llevar a cabo, pero no eran tan viables como ellas creían.

E.M.: *“Bueno, antes estaba en una asociación de mujeres que hacían telar mapuche. Traté de vincular el turismo con ellas, pero no fue posible. La idea era que, si teníamos guías los días sábados, pudiéramos pasar por ahí. Ellas tienen un puesto de muestras con los trabajos que hacen y una sala de ventas. También participaba, pero al final me salí porque no podía cumplir con todo. Era demasiado”*

(entrevistada 3).

También hay emprendedoras que han visto la oportunidad de hacer alianzas estratégicas con diferentes entidades y personas que pueden colaborar en el desarrollo de su emprendimiento.

L.S.: *“Yo tengo una red de apoyo que usted no se imaginaría. Ya no sé, creo que solo me falta el teléfono del presidente, el alcalde, ¡de todos! Todos, todos. Yo llamo a mi alcalde y le digo: ‘don Jorge, no me dé nada, yo no le llamo para pedirle nada’. Pero si tuviera que llamarlo para decirle algo importante, podría hacerlo. Él siempre está dispuesto a escuchar. Lo mismo pasa con la oficina de turismo, INDAP, CONADI y varios profesionales”*
(entrevistada 6).

En síntesis, la ruta turística no solo ha generado ingresos, sino que ha abierto oportunidades que fortalecen tanto a las emprendedoras como a la comunidad. La participación en talleres y capacitaciones, la creación de redes de apoyo y las alianzas con instituciones representan mecanismos de activación de recursos. Utilizando el enfoque AVEO (Kaztman y Filgueira, 1999), es posible sostener que las mujeres han podido movilizar sus conocimientos, habilidades y relaciones a través de oportunidades que favorecen la superación de pasivos internos, como la falta de confianza o experiencia, y ayudan a enfrentar las barreras estructurales, como la discriminación, el asistencialismo o la inadecuación de programas sociales. En este sentido, la ruta turística se configura como un espacio que impulsa la autonomía, el empoderamiento y el liderazgo femenino, transformando los desafíos en aprendizajes y fortaleciendo la participación comunitaria.

Barreras estructurales, sociales y culturales

Las barreras estructurales están ligadas al contexto rural, lo que afecta el desarrollo del turismo y perpetúa la vulnerabilidad económica de sus habitantes. Acerenza (2006) identifica que las deficiencias en infraestructura y servicios limitan el potencial del turismo rural como motor de desarrollo local. En esta línea, el Informe I del Ciclo I del Programa PAE señala que algunos emprendimientos necesitan avanzar en infraestructura para mejorar la calidad de servicios que entregan a sus turistas, y que además existe una deficiencia en la señalética comercial y turística en la zona. Asimismo, el Informe III del Ciclo I del Programa PAE indica problemas de señalización e infraestructura vial y turística. Estas limitaciones dificultan el acceso y la orientación en el destino. Se ahondó en las barreras estructurales en las entrevistas.

R.A.: *“Acá siempre hemos tenido problemas con la luz”*
(entrevistada 1).

Otra emprendedora menciona problemas de este tipo y además dificultades en el camino:

E.M.: *“Dificultades grandes, no. Pero en invierno a veces nos quedamos sin luz. Y el camino, como comentaron antes, está en mal estado en esta época”*
(entrevistada 3).

Una emprendedora analiza cómo estas barreras afectan la atención a las y los turistas:

E.C.: *“Sí, los caminos en mal estado son uno de los mayores problemas, especialmente en invierno, cuando las lluvias dificultan el acceso a nuestra cocinería. También hemos tenido cortes de electricidad que afectan nuestra capacidad para atender a los turistas. Estas dificultades no solo impactan mi negocio, sino también la percepción que los visitantes tienen de la zona”*

(entrevistada 7).

En las entrevistas surgieron como otra barrera estructural los problemas para postular a programas y proyectos, ya que cumplir con los requisitos en zonas rurales es más complicado. En esa línea, para postular, en la mayoría de los casos el emprendimiento debe estar regularizado, lo que, según lo observado, es más complejo en una zona rural, sobre todo en el caso de las resoluciones sanitarias.

E.C.: *“Sí, acceder a financiamiento es complicado. A menudo los requisitos son difíciles de cumplir para quienes vivimos en zonas rurales, y los plazos para postular pueden ser cortos. Sin embargo, siempre busco asesoría y trato de aprovechar cualquier capacitación que pueda ayudarme a superar estas barreras”*

(entrevistada 7).

Además, en la actualidad la postulación a fondos que apoyan este tipo de emprendimientos se hace en línea, lo que en Cayucupil es un problema por el bajo conocimiento de tecnología de las y los participantes de la ruta, y por la mala conectividad digital de la zona.

En cuanto a las barreras sociales, la asociatividad y la confianza son elementos clave para fortalecer la colaboración y superar los desafíos sociales en el turismo (Velasco, s.f.). En cuanto a la asociatividad, es importante destacar que según el Informe III del Ciclo I del Programa PAE, quienes integran la ruta han asistido a talleres de resolución de conflicto, los cuales han promovido la comunicación y la comprensión mutua, aunque persisten desafíos. Las entrevistas identifican otras barreras:

E.C.: *“En algunos momentos, sí.*

Aunque hay personas y organizaciones que nos apoyan, siento que falta una mayor coordinación en la comunidad para impulsar el turismo de manera conjunta. A veces las personas no ven el potencial que el turismo tiene para beneficiar a todos”

(entrevistada 7).

Superando las barreras sociales presentes se podrá avanzar hacia una participación más inclusiva de las mujeres y una mayor cohesión comunitaria.

En el ámbito cultural es importante destacar que la interpretación de la autenticidad es clave para el turismo, pero su interpretación puede variar entre las y los visitantes y las comunidades (Mora, Fernández y Troncoso, 2019). En esa línea, según el Informe II del Ciclo II del Programa PAE, se les realizó a las emprendedoras una capacitación en turismo indígena que ha reforzado la autenticidad cultural, pero persisten desafíos como la percepción de los elementos culturales tradicionales y complementarios, y no como el foco principal de la experiencia turística (Informe I del Ciclo

l del Programa PAE). Esto es algo que las emprendedoras reconocen:

Y.N.: [...] *“No al 100%. Por ejemplo, el diseño del frente lo tomé un poco con esa inspiración”*

(entrevistada 2).

Además de las barreras encontradas en los informes y observadas, existen barreras culturales identificadas por las emprendedoras:

E.M.: *“Por ejemplo, el uso del mapudungún. Aprenderlo y desarrollarlo es complicado”*

(entrevistada 3).

También manifiestan que existe un prejuicio o miedo de parte de las y los turistas para conocer y participar de la cultura y actividades mapuche:

E.M.: *“Sí, he visto cierto rechazo cuando las personas no conocen bien la cultura mapuche. Por ejemplo, en una ocasión hicimos una rogativa. Parte de la ceremonia incluye dar vueltas alrededor del canelo, y noté que algunas personas se sentían incómodas o lo rechazaban”*

(entrevistada 3).

Las barreras culturales en la ruta turística están principalmente asociadas a la tensión entre la importancia de preservar la autenticidad cultural y las expectativas de las y los turistas. Además, el uso limitado del mapudungún evidencia la necesidad de una mayor sensibilización y educación intercultural. A esto se suma que, tal como se ha discutido en experiencias de trabajo comunitario, también existe un proceso deliberado de seleccionar qué prácticas culturales

se comparten con los visitantes y cuáles se resguardan como parte de la vida interna de la comunidad. Esta distinción, más que un obstáculo, refleja el ejercicio de autonomía cultural y la protección de elementos que no se desean abrir a personas externas.

CONCLUSIONES Y RECOMENDACIONES PARA LA POLÍTICA PÚBLICA

Las problemáticas que enfrentan estas emprendedoras son principalmente de tipo estructural, social y cultural. Este punto se respalda con un set de preguntas específicas realizadas en las entrevistas: las propias mujeres no solo identifican estos obstáculos, sino que también proponen soluciones concretas. Esto permite que las recomendaciones de política pública se sustenten directamente en la experiencia levantada en terreno. En cuanto a las barreras estructurales, en específico sobre el acceso a financiamiento, una emprendedora indica que una solución a la problemática podría ser:

R.A.: *“Que no pidan tanto protocolo que hay que seguir. O que todos pudiéramos tener acceso”*

(entrevistada 1).

E.M.: *“Debería haber un levantamiento de información sobre los emprendedores para entender las carencias que tenemos. Muchas veces enfrentamos dificultades para postular a un proyecto, especialmente con los formularios, que tienen preguntas largas y un lenguaje que*

no entendemos. Usan palabras que no son accesibles para nosotros y eso complica el proceso. Además, hay demasiados requisitos”
(entrevistada 3).

En este sentido, existe un obstáculo persistente en la implementación de políticas orientadas al fomento del turismo rural: la inaccesibilidad de los procesos de postulación a fondos y programas de apoyo. La excesiva burocratización, expresada en formularios extensos, lenguaje técnico poco comprensible y múltiples requisitos, constituye una barrera estructural que excluye a quienes recién inician sus actividades y que afecta con mayor fuerza a las comunidades rurales. Esta situación evidencia una desconexión entre el diseño institucional de los instrumentos de fomento y la realidad socioterritorial de los emprendimientos, reproduciendo desigualdades en el acceso a oportunidades.

A partir de lo planteado por las emprendedoras entrevistadas, se propone avanzar en políticas públicas que prioricen la accesibilidad y pertinencia territorial de los instrumentos de apoyo. Esto implica simplificar los procesos administrativos mediante un lenguaje claro y formularios ajustados a distintos niveles de experiencia emprendedora. También es necesario incorporar programas de capacitación y asesoría personalizada que acompañen a los emprendedores en la postulación y gestión de fondos, especialmente en contextos rurales donde el dominio de herramientas tecnológicas y técnicas suele ser más limitado. En esa línea, organismos como INDAP, SERNATUR y

CONADI, entre otros, podrían simplificar sus sistemas de postulación o habilitar vías alternativas que no dependan exclusivamente de plataformas web. A la vez, una mayor articulación interinstitucional permitiría unificar criterios. Finalmente, una presencia más activa en terreno por parte de los organismos públicos facilitaría diagnósticos situados y una relación más cercana con las comunidades.

Una de las emprendedoras propone una solución para el problema de la viabilidad y los servicios básicos,:

E.C.: *“Lo más urgente es mejorar los caminos para garantizar un acceso seguro durante todo el año. Además, sería esencial invertir en servicios básicos como electricidad y agua potable. Estas mejoras no solo beneficiarían al turismo, sino también a toda la comunidad”*
(entrevistada 7).

A partir de lo anterior, las barreras estructurales que tienen urgencia para las emprendedoras son las postulaciones a financiamiento y la viabilidad de la zona. La principal solución para el problema de financiamiento es reducir la burocracia, adaptar el lenguaje técnico en los formularios a uno más simple y levantar información que permita ver las necesidades y carencias de la zona rural. Además, se sugiere hacer una inversión para mejorar el acceso vial de la zona.

Las barreras sociales identificadas en la Ruta Turística de Cayucupil se vinculan principalmente con la falta de apoyo familiar y la limitada articulación comunitaria. Las emprendedoras reconocen

que fortalecer el reconocimiento del trabajo local, fomentar la colaboración entre emprendimientos y construir alianzas estratégicas son clave para superar estas dificultades y avanzar hacia un desarrollo más cohesionado. Estas reflexiones se expresan con claridad en los testimonios recogidos durante la investigación:

R.A.: *“Me encantaría que todos valoraran lo que uno hace. O lo que hace cada persona que tiene alguna artesanía. Ya sea el telar, como yo, o mi sobrino con la madera”*
(entrevistada 1).

E.C.: *“Fomentando la colaboración entre emprendedores y promoviendo el turismo como una herramienta de desarrollo para todos. Organizar reuniones periódicas y talleres conjuntos podría ayudar a alinear esfuerzos y generar un sentido de trabajo en equipo”*
(entrevistada 7).

E.C.: [...] *“Establecer alianzas con agencias de turismo y otras organizaciones podría ayudarnos a promocionar”*
(entrevistada 7).

En síntesis, la superación de las barreras sociales requiere un enfoque integral que combine reconocimiento, colaboración y alianzas estratégicas.

En el plano cultural, las emprendedoras apuntan a la necesidad de fortalecer la educación intercultural, incorporar el mapudungún en la experiencia turística y promover actividades vivenciales que permitan a las y los visitantes acercarse al mundo mapuche desde el respeto y

la participación. Estas ideas surgen de una comprensión clara de que la cultura no solo se exhibe, sino que también se resguarda y se decide qué compartir y qué mantener como práctica interna.

Y.N.: *“Yo creo que lo esencial sería empezar con el lenguaje. Algo simple, como un saludo en mapudungún, que sea característico y se mantenga como un sello. Darle la bienvenida a la gente en la lengua originaria sería muy significativo. Además, mantener las tradiciones mapuche y darlas a conocer, porque solo así podemos acercar a los demás a nuestra cultura”*
(entrevistada 2).

E.C.: *“Creo que las experiencias vivenciales son clave. Permitir que los turistas participen activamente y aprendan directamente de nosotros puede ser muy enriquecedor. También, materiales informativos como folletos o videos que expliquen nuestra historia y tradiciones serían herramientas útiles para crear una conexión más profunda y respetuosa”*
(entrevistada 7).

En resumen, una de las soluciones clave es la implementación de experiencias vivenciales, la incorporación del mapudungún en la experiencia turística y el uso de materiales informativos. Para superar las barreras culturales se requiere un enfoque que combine la educación intercultural, la promoción activa de la identidad mapuche y la participación directa de las y los turistas en experiencias significativas.

Esta investigación analiza las dimensiones de la autonomía económica y el liderazgo, vinculando el desarrollo

económico de las mujeres con su capacidad para superar las barreras existentes, a la vez que agrega evidencia empírica sobre cómo las mujeres enfrentan y superan los desafíos que surgen en un contexto turístico indígena y rural. Desde una perspectiva comunitaria, el estudio enfatiza la importancia de la cohesión comunitaria y las redes de apoyo para el éxito de los emprendimientos turísticos. Además, el trabajo ofrece soluciones o estrategias prácticas para manejar las barreras existentes en el turismo rural, las cuales no solo tienen relevancia local, sino que podrían ser aplicadas a otros casos, ampliando el alcance práctico del estudio.

El trabajo también aborda la relación entre empoderamiento, liderazgo y preservación cultural en iniciativas de turismo rural vivencial, por lo que contribuye al desarrollo de nuevos enfoques teóricos y prácticas sostenibles para el turismo en comunidades indígenas. Este aporte teórico se convierte en una base para futuras investigaciones y en una guía para diseñar políticas públicas y estrategias orientadas a fortalecer el turismo vivencial en la ruralidad.

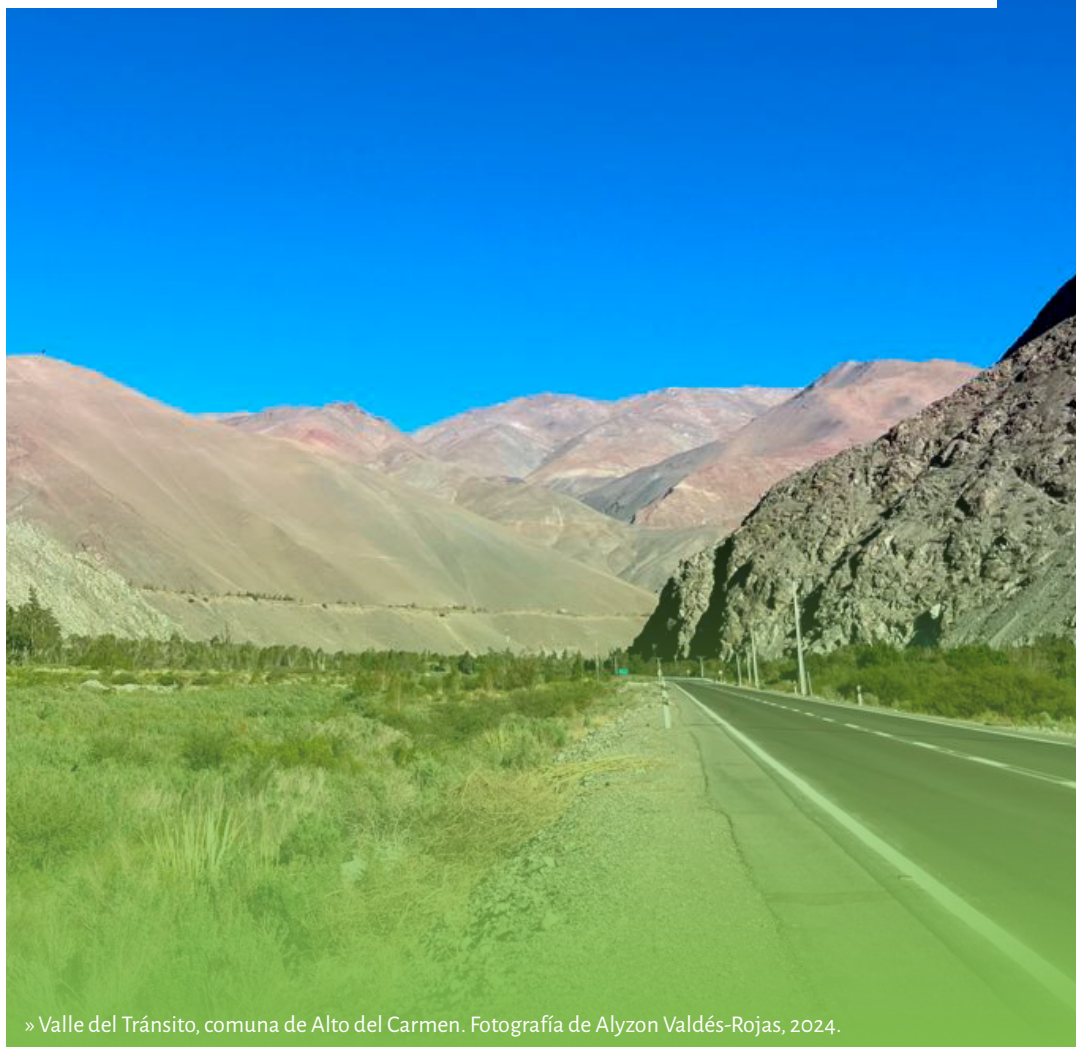
Además, se destacan elementos novedosos, como el rol transformador del turismo rural vivencial en el fortalecimiento de la identidad cultural y la construcción de liderazgos femeninos en contextos rurales e indígenas. Junto con lo anterior, se plantea que el turismo puede convertirse en una herramienta efectiva para el empoderamiento económico y social, siempre que se gestionen adecuadamente las tensiones entre la autenticidad cultural y las exigencias del mercado turístico.

Una de las limitaciones de la investigación dice razón con que el análisis está condicionado por las dinámicas cambiantes del turismo y por la información entregada por las emprendedoras en las entrevistas y a la consultora, lo que limitó el acceso a datos relevantes, como los ingresos asociados a los emprendimientos turísticos. A pesar de estas limitaciones, la Ruta Turística de Cayucupil muestra cómo el turismo puede integrarse en procesos de empoderamiento y transformación social para comunidades indígenas y rurales.

En palabras simples, la Ruta Turística de Cayucupil evidencia el potencial transformador del turismo rural vivencial como herramienta de empoderamiento económico, social y cultural para las mujeres emprendedoras. Los resultados reflejan mejoras significativas en la independencia económica, autoestima y liderazgo de las emprendedoras. Sin embargo, persisten desafíos relacionados con la estacionalidad, el turismo cultural y las barreras estructurales. A partir de los discursos de las mujeres, se proponen estrategias como la mejora en el proceso de postulación a financiamiento y el fortalecimiento de políticas públicas inclusivas. Este estudio subraya la importancia de gestionar adecuadamente las tensiones entre autenticidad cultural y demandas del mercado, posicionando al turismo vivencial como un motor clave para el desarrollo sostenible de comunidades indígenas y rurales.

SERVICIOS ECOSISTÉMICOS EN LA CUENCA DEL RÍO HUASCO: UNA MIRADA DESDE LA COMUNIDAD LOCAL

Alyzon Valdés-Rojas¹, Pontificia Universidad Católica de Valparaíso



» Valle del Tránsito, comuna de Alto del Carmen. Fotografía de Alyzon Valdés-Rojas, 2024.

RESUMEN

La cuenca del río Huasco está conformada por ecosistemas singulares asociados a la región climática del semiárido chileno que se expone a amenazas generadas por actividades agrícolas, expansión urbana y minería de alto impacto, a lo que se suma el contexto de cambio climático. Esto genera perturbaciones en los beneficios directos e indirectos que estos ecosistemas proveen para el bienestar humano, beneficios que son reconocidos como servicios ecosistémicos (SE). La investigación analiza la dinámica de los servicios ecosistémicos en la cuenca del río Huasco a través de la percepción de sus actores clave. Para lograr este objetivo se ejecutó una metodología de valoración sociocultural a actores clave que identificaron áreas relevantes en la provisión de SE en la actualidad, para luego espacializar su presencia en el territorio. A partir de los relatos de actores clave se generaron cuatro cartografías que muestran la distribución actual de los servicios ecosistémicos en la cuenca. Estas cartografías presentan de manera diferenciada los servicios ecosistémicos de provisión, regulación y culturales, y además muestran la cantidad total de SE acumulados en la cuenca. Los resultados evidencian una mayor concentración de SE en la parte baja de la misma. La identificación de la localización y los tipos de servicios ecosistémicos permite establecer una idea inicial sobre su relación con aspectos económicos y de desarrollo local en una región que presenta indicadores de pobreza sobre la media respecto al territorio nacional, lo que posibilitaría entregar estrategias que permitan la disminución de estos indicadores.

Palabras clave: servicios ecosistémicos, valoración sociocultural, cuenca del río Huasco, actividades productivas, percepción de la comunidad, planificación territorial sustentable.

¹ Geógrafa con mención en Gestión y Ordenamiento Territorial de la Universidad de Playa Ancha. Artículo basado en la tesis *Dinámica espaciotemporal de los servicios ecosistémicos en un sistema socio-ecológico semiárido*, realizada para optar al grado de magíster en Geografía del Instituto de Geografía de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Profesor guía: Andrés Moreira-Muñoz. Valparaíso, 2024.

INTRODUCCIÓN

La presente investigación explora los servicios ecosistémicos desde el marco científico de “las personas y la naturaleza”, que reconoce las relaciones bidireccionales entre estos dos actores, por lo que le entrega mayor importancia a las funciones, adaptación y resiliencia de los ecosistemas ya transformados (Mace, 2014, p. 1.558). Este enfoque integra el paradigma de sistemas socioecológicos analizados desde los esfuerzos de la inter y transdisciplina, lo que permite incorporar una gama más amplia de valores asociados a los servicios ecosistémicos, como los procesos de planificación territorial y su uso como una variable de la superación de la pobreza.

Servicios ecosistémicos (SE)

En los últimos setenta años², las personas han transformado los ecosistemas de manera acelerada desde la llegada de la industrialización, lo que ha generado una sobreexplotación de los recursos naturales y un aumento de contaminantes atmosféricos. Además, se ha producido un crecimiento demográfico exponencial vinculado con cambios en los usos del suelo, lo que ha producido pérdidas considerables y en gran medida irreversibles para la biodiversidad (Ostrom, 2009), y ha llevado a cuestionar la sustentabilidad de los territorios (Kareiva y Marvier, 2012).

En 2000 la ONU solicitó la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio (MEA, 2005), que tuvo como objetivo evaluar las consecuencias de los cambios en los ecosistemas, elaborar bases científicas para fomentar el manejo de la conservación, formalizar el concepto de servicios ecosistémicos, impulsándolo a nivel mundial, e incorporar distintos procesos de evaluación que desenlazan en una política pública para la gestión de los ecosistemas y su contribución al bienestar humano.

Los servicios ecosistémicos (SE) se definen como “los beneficios directos o indirectos que las personas obtienen de los ecosistemas, que se ven representados en un incremento de la calidad de vida” (MEA, 2005, V). Estos surgen desde una interacción entre los ecosistemas y la sociedad, lo que quiere decir que, sin la presencia de seres humanos, las funciones y procesos ecológicos de los ecosistemas no resultan en SE (Barkmann et al., 2008). Dicho esto, un servicio surge cuando los seres humanos disfrutan de las funciones, estructuras y procesos del ecosistema (Cerda & Tironi, 2017).

Los servicios ecosistémicos se clasifican como de provisión, regulación y culturales. a) Los servicios de provisión son productos obtenidos directamente de los ecosistemas y utilizados por las personas, entre ellos, alimentos derivados de la agricultura, la gana-

² Actualizado de MEA, 2005.

dería y la pesca, el agua para consumo humano, los materiales derivados del ganado, la extracción de minerales y las plantas medicinales, entre otros; b) los servicios de regulación contribuyen indirectamente al bienestar humano por su función ecológica, atribuida a la autorregulación de los ecosistemas, como la regulación del ciclo hidrológico, la regulación del clima, la calidad del aire, el control de la erosión y la remoción en masa; y c) los servicios culturales surgen de las distintas experiencias que tienen las personas con los ecosistemas y se traducen en beneficios no materiales, como la cohesión social, la identidad cultural, el ocio, el turismo de naturaleza, las posibilidades de investigación y los vínculos religiosos con la naturaleza. Los SE culturales son difíciles de caracterizar y medir a escalas espaciales relevantes para la gestión, lo que ha dificultado su consideración en la toma de decisiones para la ordenación del territorio (Winder et al., 2022). No obstante, la presente investigación realizará esfuerzos significativos para suplir estas falencias mediante la espacialización de los servicios ecosistémicos identificados por la comunidad que vive en la cuenca del río Huasco, en la región de Atacama.

Una de las grandes conclusiones de la MEA (2005) señala que “a través del marco de los servicios ecosistémicos, se puede identificar cómo los cambios en los ecosistemas influyen sobre el bienestar humano”, lo que llama a pensar que uno de los desafíos más importantes está en involucrar los ecosistemas de zonas áridas y semiáridas, los cuales son particularmente frágiles y corresponden a áreas

donde la población está creciendo más rápidamente, la productividad biológica es menor y la pobreza es mayor en determinados grupos sociales.

Conocer el emplazamiento de los servicios ecosistémicos es crucial para la planificación territorial, pues permite gestionar el uso del suelo de forma sostenible, optimizar beneficios sociales (agua, alimentos, aire limpio) y proteger áreas críticas frente a amenazas como el cambio climático o la contaminación. Mapear su ubicación exacta ayuda a evitar la degradación de recursos y a diseñar estrategias de conservación efectivas (Gómez et al., 2023).

Importancia de la comunidad para la valoración de los servicios ecosistémicos

Desde sus inicios, los estudios sobre servicios ecosistémicos han empleado métodos de valoración monetaria y biofísica, no obstante, ambos métodos manifiestan limitaciones e inconsistencias al no poder incorporar las dimensiones intangibles de los SE. Por esta razón se han propuesto nuevos enfoques para la incorporación de esta dimensión en su evaluación que involucren el método de la valoración sociocultural, que se basa en la percepción que tienen las personas para identificar servicios ecosistémicos. Esta valoración implica la participación de los beneficiarios de los SE en el proceso de toma de decisiones, evaluar posibles opciones de gestión en función de las preferencias de los actores sociales con el fin de evitar conflictos sociales, y, por último, mejo-

rar la confianza, aumentando el apoyo hacia el diseño de estrategias de gestión, ya que los actores se encuentran implicados en el proceso (Martín-López et al., 2012).

Desde la esfera científica relativa a la valoración de los SE existe el consenso de que son las comunidades locales las que validan y rectifican el proceso de investigación, por lo que es fundamental reconocer la percepción que tiene la comunidad frente a la provisión de los SE. Los actores sociales pueden visualizar la distribución geográfica de los valores sociales adquiridos en el territorio y la manera en que estos se relacionan con las características físicas del ecosistema. Además, la valoración de SE actualmente está logrando avances en procesos de toma de decisión, y por ello resulta fundamental involucrar a las muchas partes interesadas para proporcionar territorios más sostenibles (Kenter et al., 2016).

El valor social puede ser definido como una construcción social que asocia las relaciones que se generan entre las personas y la naturaleza. Por lo tanto, es determinante para la asignación de valor la “visión de mundo o la percepción del territorio” que tienen las personas, ya que puede alterar la forma en que se les asigna valor a los servicios ecosistémicos (Díaz et al., 2018), pues al establecer interacciones entre los seres humanos y la naturaleza, se generan variados intereses entre los distintos actores sociales en un mismo territorio. Asignarles valor a los servicios ecosistémicos se considera una variable importante en los procesos de toma de decisiones para el ordenamiento terri-

torial, donde los diferentes métodos de valoración no deberían ser excluyentes, sino más bien complementarios, para hacer visible una diversidad más amplia de valores y mejorar la calidad de los resultados de la valoración de los SE para respaldar la toma de decisiones en zonas semiáridas.

La valoración sociocultural se define entonces como

“las contribuciones que los ecosistemas hacen a las tradiciones, identidad local e identidad cultural de los actores sociales, a los valores éticos o espirituales, así como a las relaciones sociales establecidas a través del uso, disfrute o gestión de los servicios de los ecosistemas”

(Martín-López et al., 2012, p. 49).

La valoración sociocultural puede identificar a las y los beneficiarios de los servicios ecosistémicos, poniendo énfasis en la importancia que las personas les dan a estos servicios e identificando a quienes habitan los espacios que proveen los SE (Cowling et al., 2008), por lo que trabajar con SE implica necesariamente trabajar con las distintas partes interesadas (actores clave, beneficiarios de SE) en el territorio. Sin embargo, las partes interesadas operan a distintas escalas territoriales y poseen un desigual acceso a los servicios ecosistémicos (Cerdeira & Tironi, 2017). Además, distintas instituciones (formales e informales) gestionan el acceso a los servicios, lo que puede generar conflictos por distintos intereses (Ostrom, 2009).

Actualmente existen varias herramientas, aplicaciones e iniciativas que ayu-

dan a sustentar la valoración de los SE y establecer modelos de análisis para apoyar la toma de decisiones, los que muestran diferentes escenarios creíbles, demostrables, cuantificables y verificables que logran identificar medidas de compensación para los territorios más vulnerados y desiguales (Bagstad et al., 2013). La valoración sociocultural ha sido mayormente considerada en el último tiempo, ya que utiliza técnicas cualitativas y cuantitativas (como entrevistas semiestructuradas, encuestas), técnicas participativas (grupos focales), representaciones espaciales participativas (mapeos) y técnicas deliberativas, entre otras (Cerdeira & Tironi, 2017), que tienen como eje central la participación de la comunidad en la identificación de SE en el territorio. La presente investigación abordó la valoración sociocultural de manera interdisciplinaria con métodos cualitativos como entrevistas semiestructuradas y representaciones espaciales participativas.

Para desarrollar estas nuevas herramientas se debe considerar un factor clave: los actores sociales de diferentes sectores deben ser colaboradores activos durante el proceso de desarrollo del modelo a través de metodologías como el mapeo participativo, para asegurar la relevancia y experiencia de la valoración. Así, el modelado puede cuantificar cambios potenciales de SE en diferentes escenarios ambientales y socioeconómicos (Kubiszewski et al., 2017).

Las técnicas del mapeo participativo se despliegan a través de la valoración social, la cual identifica puntos conflictivos en el territorio, es decir, áreas relevantes para la conservación, que

podrían requerir una atención especial por parte de las instituciones que toman decisiones en el área de estudio. Cada mapa de valoración es fundamental para dar credibilidad y consistencia a un proceso de toma de decisiones que busca alimentar políticas públicas para el desarrollo sustentable del país. Los diseños de estos mapas valorados por los actores sociales son cuantificables, asequibles y flexibles, por lo que se pueden replicar y comparar con otras cuencas a nivel nacional, con la finalidad de que sean creíbles y decisivos al momento de ser elegidos como una técnica para la toma de decisiones (Bagstad, et al., 2013). Investigaciones a nivel mundial y local han relevado la necesidad de involucrar a actores locales en la identificación de SE a través de distintos métodos de análisis (Costanza et al., 2017; Smith–Ramírez et al., 2023).

Servicios ecosistémicos en ambientes semiáridos

A nivel mundial, el paisaje desértico cubre alrededor del 33% del total global (Alsharif et al., 2020), lo que representa aproximadamente un tercio del suelo disponible. Estas zonas están presentes en todos los continentes, que albergan ecosistemas áridos, desiertos cálidos y secos, semiáridos y costeros, emplazados generalmente en las zonas subtropicales. Davies et al. (2012) definen a los desiertos como lugares con “escasez de agua [que] se caracterizan por extremos climáticos estacionales con precipitaciones impredecibles”. A pesar de los bajos niveles de precipitación, las zonas áridas albergan una gran

variedad de biodiversidad adaptada a condiciones extremas, lo que genera que estos ecosistemas sean únicos y frágiles, especialmente en los hábitat semiáridos y subhúmedos del mundo.

En las zonas áridas convive más del 6% de la población mundial, la cual generalmente está compuesta por comunidades vulnerables y nativas (Durant et al., 2012; Mortimore et al., 2009; ONU, 2010), las que dependen de los recursos que proporcionan estas zonas en tanto medios de vida y fuentes de ingresos, y de los servicios ecosistémicos que se albergan en estas regiones.

El estudio de los SE sirve para entender la dicotomía ser humano–naturaleza, pues implementa técnicas de valoración aplicables a distintos ecosistemas, lo que permite evaluar los beneficios de conservar la naturaleza con la finalidad de tomar decisiones robustas relativas al ordenamiento territorial. Esto beneficia la gestión de los usos del suelo y los recursos en las zonas desérticas para contribuir al bienestar sustentable de los seres humanos a través de la mantención de una economía orgánica que no desprecie las prácticas tradicionales, y de la biodiversidad que nos rodea (Chen y Costanza, 2024).

Las investigaciones de valoración de los servicios ecosistémicos para gestionar las zonas áridas comenzaron en 2008, según Chen y Costanza (2024), y han ido creciendo de manera paulatina, a pesar de que se han visto limitadas por distintos factores, que se traducen en que los desiertos se perciben como zonas despobladas y sin vida debido a su escasa vegetación, el déficit hídrico

y las temperaturas extremas que los caracterizan. Además, existe una visión errónea de que los desiertos son menos importantes que otros ecosistemas porque “no son verdes”, lo que proyecta la noción equivocada de querer transformar las zonas desérticas en ecosistemas templados o mediterráneos para poner en práctica la conservación (Chen y Costanza, 2024). Algunos de los países que presentan ecosistemas desérticos no poseen grandes extensiones de superficie (Cherlet et al., 2018) consideradas significativas por el Estado, lo que lleva, en la práctica, a un debilitado ordenamiento territorial (Chen y Costanza, 2024).

Servicios ecosistémicos y desarrollo económico

Los métodos de valoración de los servicios ecosistémicos se establecieron inicialmente en parámetros monetarios (Costanza et al., 1997) a través del paradigma de “la naturaleza para las personas” propuesto en los años 2000. Este enfoque se centra en la conservación a escala de ecosistemas como gestión integral, y en la provisión sustentable de bienes y servicios ecosistémicos. Sin embargo, dio paso a una perspectiva utilitaria, que busca gestionar la naturaleza para maximizar el bienestar humano (Mace, 2014). Según Chen y Costanza (2024), las investigaciones sobre valoración de servicios ecosistémicos en zonas desérticas y semiáridas se centran mayormente en la valoración monetaria, la cual posee métodos con mayor trayectoria, como son los análisis de costo–beneficio, entre otros.

Existe un consenso casi absoluto respecto a que los servicios ecosistémicos son ahora un foco tanto para científicos como para conservacionistas, pero el interés y las creencias generalizadas no necesariamente significan que los datos y resultados apoyen la viabilidad de ayudar tanto a las personas como a la biodiversidad mediante el mantenimiento de los servicios ecosistémicos. ¿Qué lecciones se han aprendido de los muchos proyectos ya realizados por organizaciones no gubernamentales (ONG) de conservación en los que se han emprendido esfuerzos para mejorar el bienestar humano y proteger la biodiversidad? Las respuestas no son tan fáciles de obtener. Por ejemplo, en la revisión sistemática más exhaustiva sobre proyectos de conservación, los investigadores se vieron obstaculizados por la falta de métricas de éxito para la conservación o para la disminución de la pobreza (Agrawal & Redford, 2006). Varios autores han argumentado recientemente que existen fuertes vínculos entre los servicios ecosistémicos y el desarrollo sostenible, en particular las iniciativas de desarrollo destinadas a reducir la pobreza (Kareiva & Marvier, 2007). También se propone que los servicios ecosistémicos bien gestionados pueden ser un aporte concreto para el desarrollo económico (Krchnak, 2007).

Iniciar con una contabilidad exhaustiva de los servicios ecosistémicos y una mejor comprensión de cómo y a qué ritmo los ecosistemas producen estos servicios puede utilizarse para motivar pagos por la conservación de la naturaleza. Al menos parte de los fondos generados puede utilizarse para compensar a las personas que sufren la pér-

dida de oportunidades económicas por proteger estos servicios. Por ejemplo, si se solicita a la población rural con bajos ingresos que tome medidas que reduzcan la productividad agrícola para proteger y regular el suministro de agua, dichos agricultores/as podrían ser compensados por la reducción de su productividad. Cuando los beneficios de los ecosistemas naturales se cuantifican explícitamente, son más valorados tanto por las personas que interactúan directamente con los ecosistemas como por los organismos gubernamentales y de otro tipo, que tendrían que pagar por fuentes sustitutivas de estos servicios si se deteriorasen. Apreciar el valor de los servicios ecosistémicos puede motivar una mayor inversión en conservación para evitar tener que pagar por sustitutos posteriormente.

Este enfoque podría caracterizarse como uno de “inversión gubernamental”, porque los pagos generalmente provendrán de beneficiarios fuera del área local, y una agencia gubernamental u otra entidad suele ser responsable de recaudar y redistribuir los fondos (Aguilar et al., 2017). Luego debe adoptarse un enfoque de conservación de los servicios ecosistémicos, lo que podría mejorar el éxito de los proyectos que buscan conservar la naturaleza y el bienestar de la población vulnerable, fomentando mercados para los bienes y servicios que la población local produce o extrae de los ecosistemas. Estos proyectos podrían caracterizarse como comunitarios, ya que su objetivo es fomentar el desarrollo más orgánico o basado en actividades artesanales, como el ecoturismo o la producción de carne de animales silvestres o produc-

tos forestales no maderables que se ven favorecidos por una mejor protección de los ecosistemas locales.

El Estado puede tomar estos procesos para generar políticas públicas con objetivos de desarrollo económico y social. Cuando existe información clara del valor evidente de los servicios ecosistémicos (como el agua potable o el control de inundaciones), y estos están en peligro o existe un desastre, los gobiernos suelen invertir en su protección. El dinero para estas inversiones puede provenir de la cobranza a las y los beneficiarios por el uso de servicios ecosistémicos, como el agua potable, que luego se utilizaría para mejorar la aplicación de las áreas protegidas o para compensar a quienes ven sus medios de vida afectados por las iniciativas de conservación (Krcnak, 2007). Estos acuerdos suelen implicar pagos de beneficiarios/as fuera del área inmediata.

De esta manera, la investigación busca generar herramientas que aporten a la toma de decisiones mediante la siguiente pregunta de investigación: ¿cómo se distribuyen espacialmente los servicios ecosistémicos (SE) según la percepción de las comunidades locales?

MÉTODO

Área de estudio

La investigación se desarrolla en el ecosistema semiárido chileno. Nuestro país tiene entre el 40% (Cereceda et al., 2009) y el 58% (Ocampo-Melgar et al.,

2022; Verbist et al., 2010) de su territorio emplazado en ecosistemas áridos y semiáridos. La cuenca del río Huasco se inserta en la llamada región administrativa del Norte Chico de nuestro país, específicamente en el semiárido (Cereceda et al., 2009), que corresponde a una zona de transición entre el espacio hiperárido que se concentra en el llamado Norte Grande, y que se ve influenciada por la zona mediterránea de Chile central (Quintanilla, 1979).

La cuenca del río Huasco se ubica entre las regiones de Atacama y Coquimbo (Mapa 1), y se emplaza desde la alta cordillera de los Andes, en el límite con Argentina, hasta la confluencia con el océano Pacífico, específicamente en el territorio comprendido por la comuna de Alto del Carmen y parte de las comunas de Vallenar, Freirina, Huasco y Vicuña, extendiéndose aproximadamente entre los paralelos 28°20' y 29°40' de latitud sur, con una superficie de 9.813 km² (MMA, 2020).

La población que se ha asentado en este ecosistema semiárido presenta indicadores de pobreza por encima de la media nacional (CASEN, 2024). Además, refleja un constante incremento poblacional en el tiempo (Tabla 1). En la actualidad, la cuenca del río Huasco se compone por parte de las comunas de Huasco (9.369 habitantes a nivel comunal), Freirina (7.577 habitantes a nivel comunal), Vallenar (54.222 habitantes) y la comuna de Alto del Carmen (4.788 habitantes) en la región de Atacama, mientras que en la región de Coquimbo se encuentra comprometida la parte noreste de la comuna de Vicuña, que posee 28.047 habitantes (INE, 2024). La

población local de la cuenca desarrolla diferentes actividades, entre las que se cuentan la agricultura de subsistencia e industrial, la ganadería, el arreo, la mi-

nería, el turismo y la pesca, y el comercio (Cárdenas, 2020; Cerda et al., 2025).

Tabla 1. Población en la provincia de Huasco, Censos 1992, 2002, 2017 y 2024

Comuna	Población total 1992	Población total 2002	Población total 2017	Población total 2024
Alto del Carmen	4.745	4.840	5.299	4.788
Vallenar	47.248	48.040	51.917	54.222
Freirina	5.221	5.666	7.041	7.577
Huasco	7.516	7.945	10.149	9.369

Fuente: Censo de Población y Vivienda, Instituto Nacional de Estadísticas (INE), 2024.

Una de las actividades económicas que destaca en la cuenca es la agricultura, la cual consume la mayor cantidad de aprovechamiento de aguas superficiales, con 73% del uso consuntivo a nivel nacional (Donoso et al., 2015), a través de derechos destinados al riego de distintas plantaciones y cultivos agrícolas de pequeños agricultores y grandes empresarios que se sitúan contiguos al río. El embalse Santa Juana es el principal moderador de este recurso para los regantes, y a su vez regula el caudal desde Alto del Carmen hasta Huasco, pasando por las comunas de Vallenar y Freirina. Los regantes establecen sus cultivos en las zonas de los valles que tienen una baja disponibilidad de agua en temporada estival, lo que hace que el recurso hídrico deba ser regularizado por la Junta de Vigilancia del Río Huasco.

La principal demanda de este recurso recae sobre las industrias mineras que se emplazan en la parte alta de la cuenca (DGA, 2022). Aquí existe una alta concentración de faenas mineras, que se asocian mayormente a la extracción de mineral; en menor medida, a

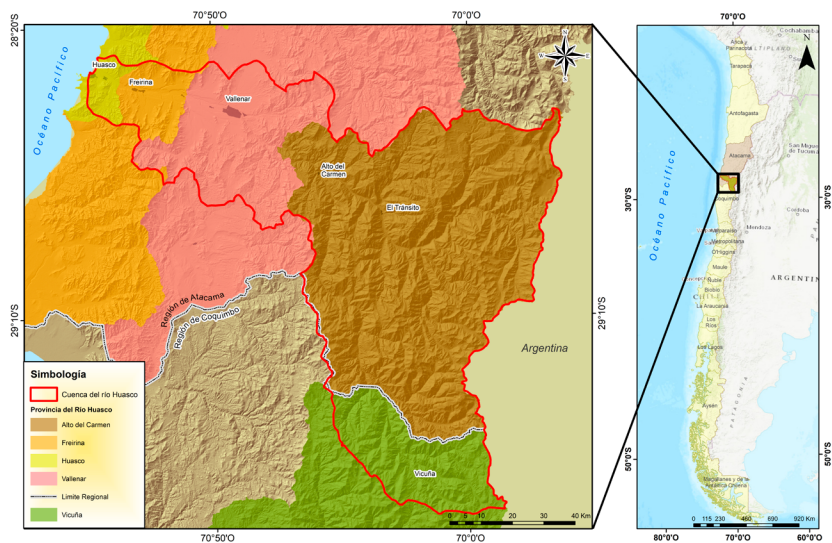
prospección, manejo de residuos y extracción de agua, petróleo y gas. Estas faenas se encuentran localizadas en la cuenca desde 1994 (SEA, 2024). La actividad minera se abastece directamente de agua subterránea proporcionada por derechos de agua otorgados desde 1981 mediante el Código de Aguas (Ocampo-Melgar et al., 2022).

La importancia del área de estudio radica en que es una de las pocas cuencas de la zona árida y semiárida de nuestro país que aún presenta flujos de escorrentía superficial. No obstante, los flujos y tasas de escorrentía muestran indicadores decrecientes por el factor antrópico (Álvarez-Garretón et al., 2018). En la actualidad, nuestro país atraviesa una sequía que lleva más de 10 años (Garreaud et al., 2017; Garreaud et al., 2020), que ha impedido que el recurso hídrico sea abundante en la extensa cuenca. Los valles del Tránsito y del Carmen se encuentran ubicados en la parte alta de la cuenca. Allí encontramos una fuerte presencia de la actividad minera (incluida la minería transnacional y, en menor escala, la

nacional), lo que compromete y ejerce altas presiones sobre las principales

fuentes de retención de agua, como los glaciares (Larraín, 2011).

Mapa 1. Cuenca del río Huasco, región de Atacama y Coquimbo, Chile



Fuente: elaboración propia.

El recurso hídrico cumple un rol fundamental en la cuenca del río Huasco, puesto que es la fuente principal de agua para consumo humano y, por ende, para el bienestar humano; a la vez, debe destinarse a actividades productivas como la minería y la agricultura, que constituyen importantes fuentes de ingreso para el país (Ocampo-Melgar et al., 2022).

En la cuenca del río Huasco confluyen una variedad de servicios ecosistémicos (SE). No obstante, la disminución del recurso hídrico y las presiones antrópicas que ha sufrido el suelo en la cuenca limitan el flujo adecuado de los SE, generando tensiones en las relaciones

entre los actores locales, que buscan distintos beneficios proporcionados por la cuenca. Los actores ejercen el acceso a los SE a distintas escalas; algunos (gobierno y empresas) pueden gestionar su flujo o acceso, mientras otros (pequeños agricultores y comunidades indígenas) dependen directamente de ellos (Cerde et al., 2025).

Servicios ecosistémicos identificados por actores locales clave

Para entender las dinámicas que desarrollan las personas con el ecosistema,

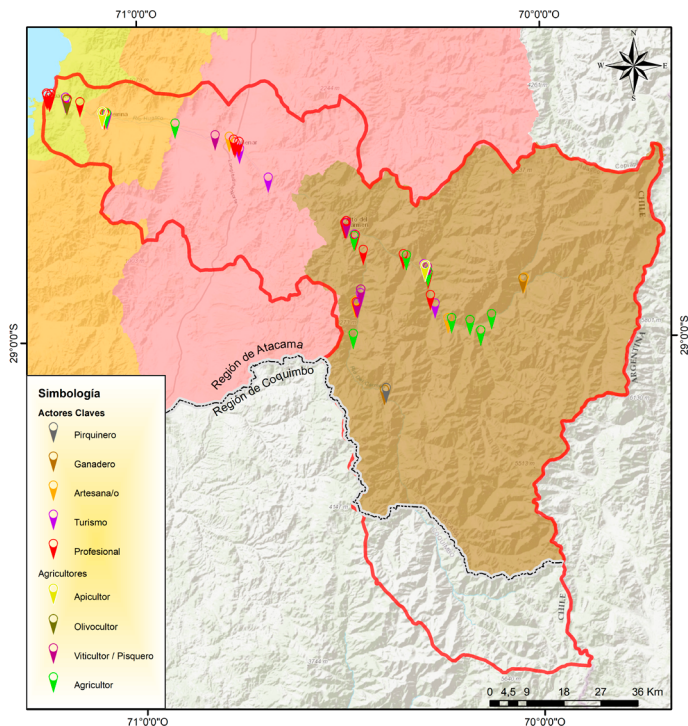
nos posicionaremos desde el paradigma de los sistemas socioecológicos, definidos como unidades biogeofísicas asociadas a uno o más sistemas sociales, delimitadas por actores e instituciones, cuyo objetivo es alcanzar la sostenibilidad a largo plazo del sistema (Glaser et al., 2008; Martín-López et al., 2012; Ostrom, 2009).

Este enfoque conceptual se basa en la pluralidad de actores que existen en un sistema socioecológico determinado y en cómo perciben las distintas dimensiones del territorio, lo que exige vínculos transdisciplinarios imprescindibles para el desarrollo sustentable, con implicaciones en la conservación de la biodiversidad y la adaptación, transformación y resiliencia territorial (Delgado et al., 2019; Cerda et al., 2023; Erwin et al., 2021). Las distintas percepciones, valoraciones y conocimientos que poseen los actores contribuyen a procesos participativos comunitarios para gestionar el territorio y avanzar hacia la sostenibilidad del sistema socioecológico (López Santiago et al., 2019).

El sistema socioecológico del río Huasco se compone de diversos actores locales, entre ellos comunidades indígenas, agricultores (apicultores, viticultores, olivicultores), ganaderos, artesanos, gobernadores y empresarios, entre otros. Para georreferenciar los SE en el territorio se trabajó con métodos mixtos: en una primera fase se aplicaron entrevistas semiestructuradas y mapeo (cualitativo) y, posteriormente, se emplearon métodos cuantitativos para el procesamiento de datos.

Para comprender la percepción de los actores se trabajó con la valoración sociocultural de los servicios ecosistémicos. Durante la entrevista se les preguntó a los actores por los distintos beneficios que percibían del ecosistema, para luego georreferenciar en el territorio aquellos servicios ecosistémicos fundamentales para entender los procesos ecológicos y las funciones asociadas al uso del suelo, así como la movilidad de los actores entre los distintos sectores de la cuenca del río Huasco.

Mapa 2. Locación de distintos actores clave a ser entrevistados en la cuenca del río Huasco



Fuente: elaboración propia.

Para espacializar los servicios ecosistémicos se realizó un trabajo con la comunidad que combinó la entrevista semiestructurada con un ejercicio de mapeo de libre acceso (Nahuelhual et al., 2016a) que se estructuró de la siguiente manera:

Actores clave: se definió a los actores locales clave como aquellos que tienen un gran interés en diferentes servicios ecosistémicos que fluyen en el territorio comprendido por la cuenca del río

Huasco en la región de Atacama, debido a su dependencia de estos servicios (Mapa 2, Tabla 2). Actores locales clave pueden ser agricultores, ganaderos, miembros de comunidades indígenas, miembros del gobierno local, científicos o empresas, entre otros. Se contó con antecedentes generados en el marco del proyecto FONDECYT Regular N°1221789. Los actores clave que fueron entrevistados se presentan en la tabla siguiente.

Tabla 2. Actores clave entrevistados en el sistema socioecológico semiárido del Huasco

Actor clave	N° de Territorio entrevistados
Agricultor (apicultor, olivicultor, viticultor)	18 Toda la cuenca
Artesano	6 Alto del Carmen y Freirina
Ganadero	2 Alto del Carmen
Pirquinero	1 Alto del Carmen
Profesional (entidad gubernamental y profesionales)	22 Toda la cuenca
Turismo	9 Toda la cuenca

Fuente: elaboración propia.

Diseño de la entrevista y mapeo: tras la identificación de los actores clave presentes en la cuenca, se determinó que el muestreo estuviera enfocado en obtener diversidad sociocultural (Bidegain et al., 2019). Se proyectó la realización de entre 30 y 50 entrevistas con actores clave; finalmente se tomó una muestra de 58 entrevistas, las cuales fueron distribuidas en todo el territorio comprendido por la cuenca. Además, el número de entrevistas propuesto permitió explorar los servicios ecosistémicos y los valores asociados con mayor profundidad (Reilly et al., 2018). Se prepararon los mapas de manera digital y se presentaron impresos en papel al momento de la entrevista, dado que se incluyeron participantes que no están familiarizados con mapeos en línea.

Cada participante recibió el mismo mapa, que fue representativo de toda la cuenca. Esto permitió que las y los participantes pudieran reflexionar sobre sus vínculos con todo el territorio de análisis y, consecuentemente, obtener un enfoque territorial para el análisis de los resultados. Las preguntas de la entrevista fueron orientadas considerando el cuerpo hídrico como eje central, indagando en lugares relevantes en,

cerca de, dentro y alrededor del agua (incluidos tributarios).

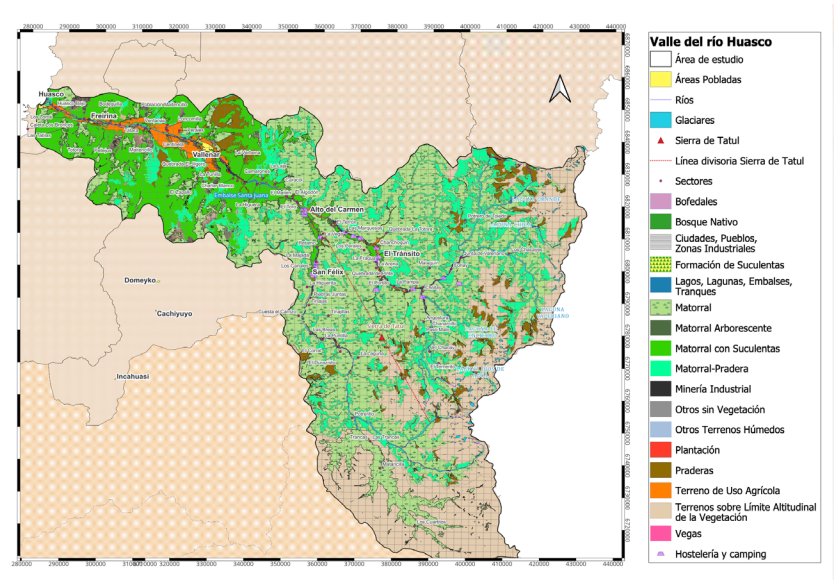
Ejecución de entrevistas/mapeos: se realizaron 58 entrevistas a actores clave, cada una respaldada con un consentimiento informado. Las entrevistas se realizaron entre los meses de enero y abril de 2023, en diferentes lugares de la cuenca. Cada mapa registró las respuestas de los entrevistados mediante distintas notas de papel y marcadores de distinto color, según las distintas preguntas de la entrevista. Los actores clave fueron contactados por un sociólogo y una antropóloga que viven en el área, quienes fueron previamente capacitados y cumplieron el rol de facilitadores, con la finalidad de establecer un ambiente más adecuado para la aplicación del instrumento.

El mapa que enfrentaron los participantes muestra la cuenca del río Huasco (Mapa 3) con las coberturas actuales de suelo, cuerpos de agua, caminos, centros poblados y centros turísticos. Los mapas fueron elaborados a una escala apropiada (1:250.000), lo cual facilitó el ejercicio para cada uno de los entrevistados. La extensión de toda la cuenca se representó a través de celdas

cuadradas (2.652 celdas), donde cada una representa una superficie real de 2 x 2 km, utilizadas en el mapa para facilitar la representación espacial del territorio. Cada celda abarcó un área real de 4 km². La elaboración del mapa en

este formato permitió marcar en cada celda más de un servicio ecosistémico; de esta manera, los resultados se expresarán en mapas semáforo de servicios ecosistémicos.

Mapa 3. Mapa participativo unipersonal utilizado para la identificación de áreas relevantes para la provisión de SE



Fuente: FONDECYT Regular N°1221789.

Procesamiento y análisis espacial de los datos: las entrevistas/mapeo realizadas en la cuenca del río Huasco fueron digitalizadas y procesadas en el software ArcGIS 10.8. Las entrevistas/mapeo se digitalizaron de forma independiente, asignando a cada cuadrícula un identificador (ID) particular en la tabla de atributos, evitando así su duplicidad.

En cada cuadrícula se identificaron las áreas relevantes a proveer los servicios ecosistémicos identificados por los entrevistados a través de un sistema binario de presencia/ausencia. Se asignó un valor a cada cuadrícula, donde:

- 0 = Ausencia de SE
- 1 = Presencia de SE

Asignados estos valores en la tabla de atributos de la entidad vectorial, se fueron incorporando y diferenciando los distintos tipos de servicios ecosistémicos identificados por los entrevistados. A la vez, mientras iban emergiendo los SE, se elaboró una base de datos que se fue fortaleciendo con cada entrevista procesada. Cada SE identificado en el área de estudio fue definido según la Clasificación Internacional Común de los Servicios Ecosistémicos (CICES, 2018), la Evaluación de los Ecosistemas del Milenio (MEA, 2005) y la Plataforma Intergubernamental Científica Político sobre Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos (IPBES); cada término se adaptó a la realidad local. Por otro lado, la identificación de áreas relevantes se realizó de manera general y no específica respecto al tipo de actor clave.

Representación gráfica de los resultados: una vez realizado el sistema binario de las cuadrículas, se hizo la sumatoria de los servicios ecosistémicos presentes en cada cuadrícula definida en la cuenca del río Huasco, lo que permitió establecer rangos en la frecuencia de servicios y elaborar un mapa semáforo capaz de identificar las zonas de la cuenca que proveen más o menos servicios ecosistémicos según la percepción de los entrevistados. Estas se representan mediante la siguiente clasificación:

Frecuencia de SE

- ALTO
- MEDIO
- BAJO

Se obtuvieron cuatro mapas, uno con el total de SE presentes en la cuenca y los otros diferenciados entre SE de provisión, SE de regulación y SE culturales. Además, se desarrolló una cobertura en formato vectorial con toda la información georreferenciada en datum WGS84 Huso 19 Sur.

HALLAZGOS Y RESULTADOS

Mapeos construidos por los entrevistados

A partir de las entrevistas realizadas a diferentes actores clave (Tabla 2) del territorio de la cuenca del río Huasco, se identifican los servicios ecosistémicos presentes en el territorio, los que fueron representados espacialmente en cartografías categorizadas por SE (Mapa 4). Respecto a los entrevistados, la mayor parte se identifica como habitante de la comuna de Alto del Carmen, puesto que es el municipio con más superficie de la cuenca y, además, posee un mayor número de localidades con aislamiento (por estar emplazada en plena cordillera de los Andes), lo que favorece el desarrollo de actividades como la ganadería (trashumanza), la agricultura (parras, cítricos y agricultura de subsistencia o familiar) y la minería, ampliando así el espectro de entrevistados y entrevistadas.

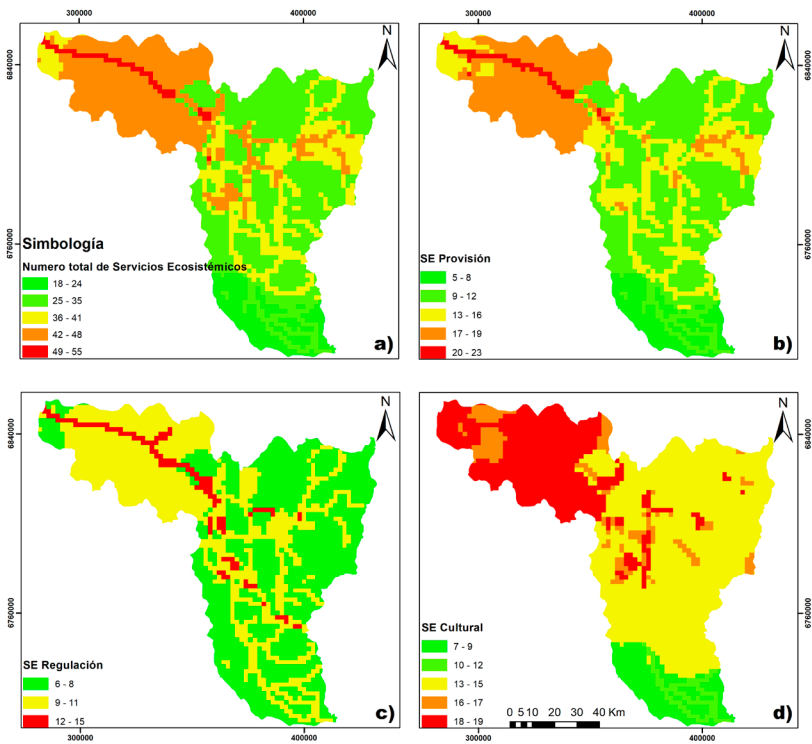
La cantidad total de servicios ecosistémicos presentes en la cuenca (Mapa 4a) representa que, de los 64 servicios ecosistémicos registrados en toda la extensión de la cuenca, la mayor con-

centración es de 55 SE, todos ellos emplazados entre la parte media y baja del río Huasco.

Los SE de mayor frecuencia según la percepción de la comunidad en la cuenca son aquellos relacionados con alimentos derivados de la agricultura tradicional (frutas, hortalizas y producción de miel) que se emplazan en zonas contiguas al río. Por otro lado, la mantención de cauces es otro de los

servicios más destacados por los actores, dada su percepción de la sequía, la presencia de gran minería en la zona y la necesidad de que la cuenca mantenga el ciclo hidrológico que satisfaga las demandas de los distintos usuarios. Finalmente, existe una mayor representación del sentido de pertenencia e identidad cultural; esto ocurre porque los actores sienten un arraigo con las distintas prácticas que desarrollan en el territorio.

Mapa 4. Servicios ecosistémicos identificados por actores clave



a) Cantidad total acumulada de servicios ecosistémicos presentes en la cuenca.

b) Servicios ecosistémicos de aprovisionamiento.

c) Servicios ecosistémicos de regulación.

d) Servicios ecosistémicos culturales.

Fuente: elaboración propia.

Respecto a los SE de provisión (Mapa 4b), la cantidad total de subcategorías son 28, entre las se encontraron un máximo de 23 aglomeradas, emplazadas en la parte media y baja del afluente del río Huasco. Les siguen las comunas de Vallenar y Freirina, y, con menor concentración, la comuna de Huasco,

mientras que los afluentes de los ríos Carmen y Tránsito proporcionan aproximadamente 16 SE, entre los que encontramos principalmente alimentos derivados de la agricultura tradicional, agua potable (destinada al uso humano) y alimentos derivados de la ganadería a pequeña escala (Gráfico 1).

Gráfico 1. Cantidad de servicios ecosistémicos de provisión identificados por actores clave, 2023

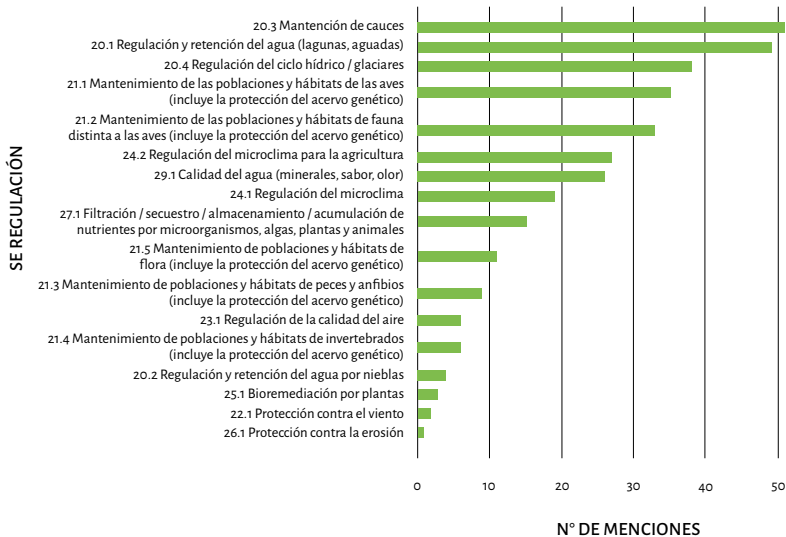


Fuente: elaboración propia.

Los actores identifican 17 SE de regulación, pero se presenta un máximo de 15 subcategorías aglomeradas en la cuenca del río Huasco (Mapa 4c) y algunas zonas del río Carmen y río Tránsito, como mantención de cauces, regulación y retención de aguas (aquí se mencionan las lagunas altiplánicas como Laguna Grande, Chica, del Encierro, Valeriano, que finalmente tributan

al ciclo hidrológico), al igual que la regulación del ciclo hídrico por glaciares que se presentan en la alta cordillera de la comuna de Alto del Carmen, considerando la importancia que estos poseen en el abastecimiento del ciclo hidrológico y su funcionamiento regular, para abastecer a la cuenca y las actividades que allí se desarrollan.

Gráfico 2. Cantidad de servicios ecosistémicos de regulación identificados por actores clave, 2023



Fuente: elaboración propia.

Por último, los SE culturales son 19 (Mapa 4d) y se emplazan directamente en la parte media y baja de la cuenca, donde generan manchones de concentración al centro de la parte alta, lo que se debe al sentido de pertenencia presente en toda la extensión de la cuenca. Además se referencian distintas actividades de esparcimiento y disfrute de la naturaleza en la desembocadura del río Huasco, humedales urbanos en Vallenar y distintas posibilidades de desarrollar turismo debido a la belleza del paisaje a lo largo de la cuenca. Allí existe el Sendero Chile, que une la localidad de San Félix, en el valle del Carmen, con el sector de Pinte en el valle del Tránsito. Por otro lado, existe un alto porcentaje de cohesión social vinculado al territorio, debido a que, en distintas instancias, las personas han defendido su há-

bitat frente a factores externos en toda la extensión de la cuenca.

Gráfico 3. Cantidad de servicios ecosistémicos culturales identificados por actores clave, 2023



Fuente: elaboración propia.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Percepción de la comunidad frente a los servicios ecosistémicos

El modo en que los distintos actores clave perciben, de manera particular, los territorios, y logran identificar una variabilidad de presencia o ausencia de los servicios ecosistémicos, fue fundamental para incorporar la participación comunitaria en la obtención de datos. Las dimensiones estadísticas y espaciales representan un desafío ante los testimonios de los actores principales, y en tal sentido el análisis de la cantidad de servicios ecosistémicos adquiere relevancia desde el punto de vista de la

diversidad de SE específicos lograda en la investigación.

El uso de estos recursos se enfoca en la percepción que tienen las comunidades sobre los diversos elementos de la biodiversidad, así como en la valoración que la comunidad otorga a los SE. Por ello es relevante conocer las características socioculturales de las comunidades en diversos territorios a nivel mundial (Caballero Serrano et al., 2017), lo que evidencia diferencias importantes en las percepciones entre los distintos actores que coexisten en un mismo territorio, pero utilizan de distintas maneras los recursos disponibles.

Distribución espacial de los servicios ecosistémicos según la percepción de la comunidad

Según lo indicado por los actores clave en la fase de mapeo/entrevista con respecto al total de SE, existe una aglomeración en torno al cauce del río Huasco debido a que las actividades más importantes del territorio se desarrollan en este sector por la presencia del recurso hídrico; sus afluentes, lagunas y aguadas sostienen la mantención de los cauces, lo que queda expresado en la propuesta de zonificación del Plan Regional de Ordenamiento Territorial (PROT), donde las actividades agrícolas se establecen en torno al afluente hídrico de dicho río.

La parte media es relevante en cuanto a los alimentos derivados de la agricultura tradicional y la elaboración de productos procesados a partir de cultivos (aceite de oliva, membrillo, producción de pasas) (Fotografía 1), así como en lo que tiene que ver con los alimentos derivados de la ganadería (carne, queso de cabra y leche), que se encuentran entre los servicios de provisión más mencionados. La mayor parte de la población se abastece de estos productos en la cuenca, más que de los alimentos derivados de la pesca artesanal y la piscicultura (PROT Atacama, Plan Regulador Intercomunal de Huasco —PRI—, ambos en aprobación).

Fotografía 1. Parrón de uvas junto a producción de secado para pasas



Fuente: Valdés-Rojas, terreno en enero de 2024.

Un resultado interesante de las entrevistas es la cohesión expresada en la búsqueda de identidad territorial, sentido de pertenencia y la construcción de un tejido social equitativo. No obstante, esta cohesión debería ser propiciada por el Estado, encargado de plantear políticas públicas en función

de las necesidades de los habitantes, extraídas de procesos de participación ciudadana frente a distintos conflictos socioambientales (Tamayo et al., 2024). Además, la comunidad en torno al río Huasco se organiza de manera autónoma o autoconvocada, principalmente frente a conflictos socioambientales,

como, por ejemplo; Huasco-termoe-léctrica Guacolda; Freirina-Agrosuper (crianceros); Alto del Carmen-proyecto Pascua Lama.

Por otro lado, en la parte alta de la cuenca, la presencia de SE es menor en los afluentes de los ríos Tránsito y del Carmen, lo que se relaciona con el difícil acceso y la falta de libre tránsito de los actores, lo que limita el conocimiento de la percepción sobre la presencia de SE. Además, algunos sectores de la alta cordillera han sido vendidos y actualmente están cerrados para el acceso público (como ocurre con terrenos de dominio de la empresa Barrick Gold), terrenos en los que existen testimonios sobre la realización de rituales culturales que hoy se han dejado de practicar.

En el caso específico de Barrick Gold, la ejecución del proyecto Pascua Lama ha causado severas modificaciones en la forma de vida y costumbres de los huascoalinos. Este proyecto ha significado la pérdida de importantes superficies de tierras ancestrales de la comunidad, que en 1997 se vio forzada a regularizar sus tierras por segunda vez bajo la figura legal de “comunidad agrícola”. Entre 1903 y 1997, según la comunidad, privados obtuvieron irregular y fraudulentamente títulos de dominio sobre territorios de la estancia Los Huascoalinos. En 1998, Barrick Gold compró de un tercero uno de estos títulos, correspondiente a la estancia Chañarcillo, con lo que se apropió de una superficie cercana a las 50 mil hectáreas reclamadas por la comunidad.

Además, la empresa puso un portón, lo que impide el paso de los crianceros por tierras que siempre habían utilizado. A la fecha, la mayor parte de los crianceros del sector ha debido vender su ganado y dejar la criancería por falta de espacio para realizar esta actividad. Esto ocurre pese a que el camino donde está el portón es de uso público, por lo que su cierre ha sido cuestionado (Campusano, 2011).

La percepción de la comunidad se transforma en un insumo muy importante para este estudio, ya que permite entender los procesos socioecológicos en la cuenca del río Huasco, donde destacan los servicios ecosistémicos de alimentos derivados de la agricultura tradicional, mantención de cauces y sentido de pertenencia e identidad cultural. En el caso del primer SE, la comunidad expresa la importancia de los productos alimenticios propios que provee la cuenca, relacionados con técnicas de agricultura ancestral y materializados en ferias rurales. Las comunidades entienden el SE de mantención de cauce desde el punto de vista productivo y su relación con la agricultura que se desarrolla principalmente en áreas cercanas al cauce del río Huasco. Por último, respecto al SE sentido de pertenencia e identidad cultural, la comunidad declara tener arraigo en cada uno de los territorios entrevistados y disposición a defender el territorio que habitan.

REFLEXIONES FINALES

Se han creado iniciativas a nivel mundial para incorporar los servicios ecosistémicos en la gestión política a escala local y nacional, con énfasis en métodos de evaluación. En 2012 se creó la Plataforma Intergubernamental sobre Biodiversidad y Servicios Ecosistémicos (IPBES) para fortalecer la colaboración entre la ciencia y la política pública en materia de biodiversidad y SE, y contribuir a la gestión territorial sustentable y al bienestar humano. Chile es miembro de esta iniciativa desde 2012. Uno de los grandes hallazgos de los reportes IPBES es que solo el 5% de las valoraciones de la naturaleza han logrado incorporar sus resultados en la gestión territorial y solo el 1% ha involucrado a actores locales en sus estudios (IPBES, 2022). Esto representa un desafío constante en los métodos que deben implementarse en el ordenamiento territorial de nuestro país para la conservación de la naturaleza. Chile ha desarrollado iniciativas para establecer un marco conceptual para la gestión de SE en el ordenamiento territorial (MMA, 2014, 2019, 2020; Nahuelhual et al., 2016b). Sin embargo, aún faltan instancias políticas y científicas que ayuden a establecer marcos conceptuales y metodológicos para integrar los servicios ecosistémicos en la gestión territorial (Cerda & Tironi, 2017), cuyo marco estratégico se fundamenta en el bienestar humano e incorpore aspectos sociales y culturales, no solo económicos (MEA, 2005).

Desde la política pública se debe poner en relevancia y valorar que este modelo de recolección de datos de actores clave, con técnicas replicables en distintos te-

rritorios, constituye uno de los primeros esfuerzos para identificar SE en el país, incorpora dimensiones intangibles difíciles de captar con métodos biofísicos o monetarios y es compatible con consultas ciudadanas en instrumentos de planificación territorial.

Planificación territorial en la cuenca del río Huasco

La planificación territorial busca asumir los retos de la sustentabilidad, especialmente en espacios periurbanos que experimentan cambios rápidos y drásticos, junto con la intensificación de conflictos por el uso del suelo (Serra & Pinho, 2011; Karg et al., 2019).

Los instrumentos de planificación territorial (IPT) identificados para la cuenca del río Huasco no consideran de manera directa el concepto de SE en sus metodologías de zonificación, y solo aparecen mencionados en las caracterizaciones físico naturales de los documentos de gestión territorial. En las áreas naturales con objetivo de conservación de ecosistemas, la consideración de los SE toma relevancia para zonificar en función de la protección directa de los beneficios que genera la naturaleza para el bienestar humano (Woodruff & BenDor, 2016).

Los SE deben incorporarse al ordenamiento territorial, ya que podrían orientar mejor la protección del medioambiente frente a procesos productivos y fenómenos de expansión urbana, no solo a nivel local, sino también regional y nacional (Avendaño Leadem et al., 2020).

Cabe destacar que en la cuenca existe una superficie de 42% del total considerada sitio de alto valor ecológico, y la mayoría de los IPT reafirma esta condición en sus zonificaciones. Ello es relevante, pues dichos instrumentos son en su mayoría normativos y determinan por ley el uso del suelo.

Chile ha experimentado una modificación reciente en la elaboración de instrumentos de planificación territorial mediante la nueva Política de Ordenamiento Territorial (COMICIVT, 2018), cuyo objetivo es incorporar desde el inicio criterios de sustentabilidad en decisiones estratégicas, mejorando la planificación y potenciando la gobernanza y la participación ciudadana (Carvajal et al., 2019). En ese sentido, la Estrategia Regional de Desarrollo para la Región de Atacama (ERDA) establece como umbral satisfactorio para la conservación de áreas naturales un 10% del territorio protegido. El porcentaje de cobertura de sitios de alto valor ecológico en la cuenca del río Huasco es de 42%, lo que representa un superávit respecto de la ERDA; sin embargo, este porcentaje es potencial dado que esos sitios aún no cuentan con categorías de manejo que permitan su protección legal.

Los instrumentos de planificación territorial reconocen la importancia de la protección y la conservación del medioambiente, sin aclarar los beneficios ecosistémicos derivados de dicha protección. Al no existir claridad sobre estos beneficios, los esfuerzos por resguardar territorios frágiles y con características ecosistémicas únicas se adscriben a zonificaciones que no distinguen entre conservación direc-

ta y áreas verdes (que abarcan desde sitios eriazos hasta parques urbanos). Es necesario, por tanto, estandarizar el lenguaje en la planificación territorial regional respecto a la conservación de la naturaleza.

La superación de la pobreza a través de los servicios ecosistémicos

Tal como se ha señalado, los SE son beneficios directos e indirectos para el bienestar humano; sin embargo, existe poca literatura sobre su papel como agente de cambio positivo en el desarrollo económico local y regional. En el área de estudio, la percepción de la comunidad ofrece una visión clara sobre la ubicación y el tipo de SE presentes, destacando SE relacionados con la actividad agrícola, como alimentos derivados de la agricultura tradicional, elaboración de alimentos procesados a partir de cultivos, agua para agricultura doméstica y bebidas alcohólicas derivadas de la agricultura tradicional, entre otros. Sin embargo, esta valoración comunitaria no se refleja en los datos del Servicio de Impuestos Internos (SII) para 2024, que sitúan la actividad agrícola como la octava faena productiva provincial en ingresos (\$14.164 UF). Esta discrepancia llama la atención, dado que la cuenca posee potencial agrícola por sus suelos fértiles y la presencia de escorrentía superficial del río Huasco.

Fotografía 2. Licor Pajarete, producto con denominación de sello de origen INAPI



Fuente: FONDECYT Regular N°1221789.

Una forma de mejorar los indicadores de ingreso para la actividad agrícola es utilizar la conservación de SE como una herramienta de valor agregado al producto, lo que se puede materializar a través de su certificación y la de los servicios entregados por pequeños, medianos y grandes agricultores que en sus procesos de producción involucren prácticas amigables con el medioambiente. En el área de estudio destacan dos certificaciones que guardan relación con el sello de origen que propone el Instituto Nacional de Propiedad Industrial (INAPI): aceite de oliva del valle del Huasco (Fotografía 3) y esencia de Huasco Alto (Pajarete) (Fotografía 2). Se proyecta que, si se incorporan los sellos de certificación ambiental, estos productos tendrán un aumento en el valor de comercialización.

Fotografía 3. Aceite de oliva Alma de Huasco con sello de denominación de origen de INAPI



Fuente: Alma de Huasco.

Otra forma de incentivar y promover la conservación de los servicios ecosistémicos, con el objetivo de mejorar los ingresos económicos directos a la población rural de bajos recursos, es instalar en las convocatorias a proyectos de inversión y bonificación, puntajes específicos en la evaluación que beneficie a las y los postulantes que demuestren, a través de instrumentos de validación, su compromiso con la conservación y preservación de SE presentes e identificados por las comunidades locales. Esto mejora la competitividad en proyectos y a su vez la oportunidad de ge-

nerar recursos directos para la mejora de procesos de producción y entrega de servicios.

REFERENCIAS

- **Agrawal, A. & Redford, K. H. (2006).** *Poverty, development, and biodiversity conservation: shooting in the dark?* (vol. 26), Nueva York, Wildlife Conservation Society.
- **Aguiar, S., Camba Sans, G. & Paruelo, J. M. (2017).** Instrumentos económicos basados en mercados para la conservación de la biodiversidad y los servicios ecosistémicos en Latinoamérica: ¿Panacea o rueda cuadrada?, *Ecología Austral*, 27(1), 146-161.
- **Alsharif, W., Saad, M. M. & Hirt, H. (2020).** Desert microbes for boosting sustainable agriculture in extreme environments, *Frontiers in Microbiology*, 11, 496411.
- **Álvarez-Garretón, C., Mendoza, P. A., Boisier, J. P., Addor, N., Galleguillos, M., Zambrano-Bigiarini, M., Lara, A., Puelma, C., Cortes, G., Garreaud, R., McPhee, J. y Ayala, A. (2018).** The CAMELS-CL dataset: catchment attributes and meteorology for large sample studies – Chile dataset, *Hydrology and Earth System Sciences*, 22, 5817–5846.
- **Avendaño-Leadem, D. F., Cedeño-Montoya, B. C. & Arroyo-Zeledón, M. S. (2020).** Integrando el concepto de servicios ecosistémicos en el ordenamiento territorial, *Revista Geográfica de América Central*, (65), 63-90.
- **Bagstad, K. J., Semmens, D. J., Waage, S. & Winthrop, R. (2013).** A comparative assessment of decision-support tools for ecosystem services quantification and valuation, *Ecosystem Services*, 5, 27-39.
- **Barkmann, J., DeVries, K., Dietrich, N., Glenk, K., Gerold, G., Keil, A., Leemhuis, C. y Marggraf, R. (2008).** Confronting unfamiliarity with ecosystem functions: the case for an ecosystem service approach to environmental valuation with stated preference method, *Ecological Economics*, 65, 48-62.
- **Bidegain, I., Cerda, C., Catalán, E., Tironi, A. y López-Santiago, C. (2019).** Social preferences for ecosystem services in a biodiversity hotspot in South America, *PlosOne*, DOI: 10.1371/journal.pone.0215715.
- **Caballero-Serrano, V., Alday, J. C., Amigo J., Caballero, D., Carrasco, J. C., McLaren, B. y Onaindia, M. (2017).** Social Perceptions of Biodiversity and Ecosystem Services in the Ecuadorian Amazon, *Human Ecology*, 45, 475-486.
- **Campusano, S. (2011).** Destrucción de glaciares y pueblos originarios: El impacto de Barrick Gold sobre el Pueblo Diaguita huascoalitino en la Provincia de Huasco. Presidente Comunidad Diaguita de los Huascoalitos en Aedo, M. P. & Montecinos, T. (2011). *Glaciares andinos: recursos hídricos y cambio climático: desafíos para la justicia climática en el Cono Sur*, Programa Chile Sustentable.
- **Cárdenas, V. (2020).** *Tierras blancas de sed. Cartografía oral del Valle de Huasco*, Valparaíso, Ediciones Inubicalistas.
- **Carvajal, F., Moreira-Muñoz, A., Salazar, A., Leguía, M. & Jorquera Guajardo, F. (2019).** Divergencias y contradicciones en la planificación sustentable del periurbano rural metropolitano de Valparaíso. Caso Reserva de la Biósfera La Campana-Peñuelas, Chile central, *Urbano*, 22(39), 64-83.

- **Cerda, C. & Tironi, A. (2017).** La evaluación no monetaria de los servicios ecosistémicos: perspectivas para la gestión sustentable del territorio, *Luna Azul*, (45), 329-352.
- **Cerda, C., Ocampo-Melgar, A. & Bidegain, I. (2023).** Dimensiones de valor pluralistas de los servicios ecosistémicos como una oportunidad hacia la transdisciplina, *Revista Pensamiento y Acción Interdisciplinaria*, 9(1), 95-111.
- **Cerda-Jiménez, C., Valdés-Rojas, A., Guerrero-Gatica, M., Tapia, V. & Gaymer, D. (2025).** Ecosystem services in the Atacama region, Chile. En *Terrestrial Biomes* (capítulo 3, pp. 35-44), Londres, Academic Press.
- **Cereceda, P., Errázuriz, A. M. & Osses, P. (2009).** Atacama. Ocupación actual del desierto y del semidesierto de Chile, *Estudios Geográficos*, 70(266), 41-77.
- **Chen, H. & Costanza, R. (2024).** Valuation and management of desert ecosystems and their services, *Ecosystem Services*, 66, 101607.
- **Cherlet, M., Hutchinson, C., Reynolds, J., Hill, J., Sommer, S. y Von Maltitz, G. (2018).** *Atlas mundial de la desertificación*, Luxemburgo, Oficina de Publicaciones de la Unión Europea.
- **Comisión Interministerial Ciudad, Vivienda y Territorio (COMICIVYT) (2018).** Política Nacional de Ordenamiento Territorial 2018 - 2048, Santiago de Chile.
- **Costanza, R., De Groot, R., Braat, L., Kubiszewski, I., Fioramonti, L., Sutton, P., Farber, S. & Grasso, M. (2017).** Twenty years of ecosystem services: How far have we come and how far do we still need to go?, *Ecosystem Services*, 28, 1-16.
- **Costanza, R. y Folke, C. (1997).** *Valuing Ecosystem Services with Efficiency, Fairness, and Sustainability as Goals. Nature's Services: Societal Dependence on Natural Ecosystems*. G. C. Daily, Washington D.C., Island Press.
- **Cowling, R.M., Egoh, B., Knight, A.T., O'Farrell, P.J., Reyers, B., Rouget, M., Roux, D.J., Welz, A. & Wilhelm-Rechman, A. (2008).** An operational model for mainstreaming ecosystem services for implementation, *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America*, 105, 9483-9488.
- **Davies, J., Poulsen, L., Schulte-Herbrüggen, B., Mackinnon, K., Crawhall, N., Henwood, W.D., Dudley, N., Smith, J. y Gudka, M. (2012).** *Conservación de la biodiversidad de las tierras áridas*, Nairobi, IUCN.
- **Delgado, L. E., Tironi-Silva, A. & Marín, H. (2019a)** Sistemas socio-ecológicos y servicios ecosistémicos: modelos conceptuales para el Humedal del Río Cruces (Valdivia, Chile). Chile. En Cerda, C., Silva-Rodríguez, E., & Briceño, C. (Eds.), *Naturaleza en sociedad: Una mirada a la dimensión humana de la conservación de la biodiversidad*, Santiago, Editorial Ocho Libros.
- **Díaz, S., Pascual, U., Stenseke, M., Martín-López, B., Watson, R. T., Molnár, Z., Hill, R., Chan, K. M. A., Baste, I. A., Brauman, K. A., Polasky, S., Church, A., Lonsdale, M., Larigauderie, A., Leadley, P.W., van Oudenhoven, A. P. E., van der Plaats, F., Schröter, M., Lavorel, S. y Shirayama, Y. (2018).** Assessing nature's contributions to people, *Science*, 359 (6373), 270-272.
- **Dirección General de Aguas (DGA) (2022).** Derechos de aprovechamiento de aguas registrados en DGA. Recuperado desde Dirección General de Aguas, disponible en https://dga.mop.gob.cl/productosyservicios/derechos_historicos/Paginas/default.aspx

- Donoso, G., Blanco, E., Franco, G. & Lira, J. (2015). Water footprints and irrigated agricultural sustainability: the case of Chile, *International Journal of Water Resources Development*, 32(5), 738–748.
- Durant, S. M., Pettoirelli, N., Bashir, S., Woodroffe, R., Wachter, T., De Ornellas, P., Ransom, C., Abáigar, T., Abdelgadir, M., El Alqamy, H., Beddiaf, M., Belbachir, F., Belbachir-Bazi, A., A. Berbash, A., Beudels-Jamar, R., Boitani, L., Breitenmoser, C., Cano, M., Chardonnet, P. ... & Baillie, J. E. M. (2012). Forgotten biodiversity in desert ecosystems, *Science*, 336(6087), 1379–1380.
- Encuesta de Caracterización Socioeconómica Nacional (CASEN) (2024). Observatorio Social, Subsecretaría de Evaluación Social, Ministerio de Desarrollo Social y Familia.
- Erwin, A., Ma, Z., Popovici, R., Salas O'Brien, E. P., Zanotti, L., Zeballos Zeballos, E., Bauchet, J., Ramírez Calderón, N. y Arce Larrea, G. R. (2021). Intersectionality shapes adaptation to social-ecological change, *World Development*, 138, 105282.
- Garreaud, R. D., Álvarez-Garretón, C., Barichivich, J., Boisier, J. P., Christie, D., Galleguillos, M., LeQuesne, C., McPhee, J. & Zambrano-Bigiarini, M. (2017). The 2010–2015 megadrought in central Chile: impacts on regional hydroclimate and vegetation, *Hydrology and Earth System Sciences*, 21(12), 6307–6327.
- Garreaud, R. D., Boisier, J. P., Rondanelli, R., Montecinos, A., Sepúlveda, H. H. & Veloso Águila, D. (2020). The central Chile mega drought (2010–2018): a climate dynamics perspective, *International Journal of Climatology*, 40(1), 421–439.
- Glaser, M., Krause, G., Ratter, B. & Welp, M. (2008). Human/Nature interaction in the anthropocene potential of social-ecological systems analysis, *Gaia-Ecological Perspectives for Science and Society*, 17(1), 77–80.
- Gómez-Campos, N. E., Pérez-Martínez, L., Cabrera-Hernández, J. A., Nogueira-Rivera, D. & León, A. M. (2023). Integración de servicios ecosistémicos en la planificación territorial. Procedimiento y aplicación, *Ingeniería Industrial*, 44(3), 59–76.
- Haines-Young, R. y M. B. Potschin (2018): Common International Classification of Ecosystem Services [CICES] V5.1 and Guidance on the Application of the Revised Structure.
- Instituto Nacional de Estadística (INE) (2024). Censo de Población y Vivienda.
- Kareiva, P. & Marvier, M. (2012). What is conservation science?, *BioScience*, 62(11), 962–969.
- _____ (2007). Conservation for the people, *Scientific American*, 297(4), 50–57.
- Karg, H., Hologa, R., Schlesinger, J., Drescher, A., Kranjac-Berisavljevic, G. & Glaser, R. (2019). Classifying and mapping periurban areas of rapidly growing medium-sized sub-Saharan African cities: a multi-method approach applied to Tamale, Ghana, *Land*, 8(3), 40.
- Kenter, J.O., Jobstvogt, N., Watson, V., Irvine, K.N., Christie, M. y Bryce, R. (2016). The impact of information, value-deliberation and group-based decision-making on values for ecosystem services: integrating deliberative monetary valuation and storytelling, *Ecosystem Services*, 21, part B, 270–290.

- **Krchnak, K. (2007).** Valoración de cuencas hidrográficas como herramienta para la conservación de la biodiversidad, *Nature Conservancy*.
- **Kubiszewski, I., Costanza, R., Anderson, S. y Sutton, P. (2017).** The future value of ecosystem services: Global scenarios and national implications, *Ecosystem Services*, 26, 289–301.
- **Larraín, S. (2011).** Glaciares: Reservas estratégicas de agua dulce para la sociedad y los ecosistemas en Chile. En Aedo, M, P., Montecinos, T. (Editoras), *Glaciares Andinos. Recursos Hídricos y Cambio Climático: Desafíos para la Justicia Climática en el Cono Sur*, Santiago, Chile Sustentable.
- **López Santiago, C., Aguado, M., González, J. y Bidegain, I. (2019).** Evaluación sociocultural del paisaje, una necesidad para la planificación y gestión sustentable de los sistemas socioecológicos. Aportaciones y utilidad de los métodos visuales. En Cerda, C., Silva-Rodríguez, E. & Briceño, C. (Eds.), *Naturaleza en sociedad. Una mirada a la dimensión humana de la conservación de la biodiversidad*, Santiago, Editorial Ocho Libros.
- **Mace, G. M. (2014).** Whose conservation?, *Science*, 345(6204), 1558–1560.
- **Martín-López, B., González, J. A., Vilardy Quiroga, S. P., Montes, C., García-Llorente, M., Palomo, I. & Agudelo, M. (2012).** Ciencias de la sostenibilidad. Guía docente. Universidad del Magdalena, Instituto Humboldt, Universidad Autónoma de Madrid.
- **Millennium Ecosystem Assessment (MEA) (2005).** *Ecosystems and Human Well-being: Synthesis*, Island Press, Washington, DC.
- **Ministerio del Medio Ambiente (MMA) (2020).** Análisis general de impacto económico y social del anteproyecto de la norma secundaria de calidad ambiental para la protección de las aguas superficiales de la cuenca del río Huasco, Departamento de Economía Ambiental.
- **_____ (2019).** Documento preliminar de minuta técnica para elaboración de anteproyecto de la norma secundaria de calidad ambiental para las aguas superficiales de la cuenca del río Huasco. Versión 2. SEREMI del Medio Ambiente, región de Atacama, Departamento de Planes, Normas y Riesgo Ambiental.
- **_____ (2014).** Propuesta sobre marco conceptual, definición y clasificación de servicios ecosistémicos para el Ministerio del Medio Ambiente, División de Información y Economía Ambiental, Ministerio del Medio Ambiente de Chile.
- **Mortimore, M. con contribuciones de S. Anderson, L. Cotula, J. Davies, K. Facer, C. Hesse, J. Morton, W. Nyangena, J. Skinner y C. Wolfangel (2009).** Dryland Opportunities: A new paradigm for people, ecosystems and development, IUCN, Gland, Suiza; IIED, Londres, Reino Unido y UNDP/DDC, Nairobi, Kenya.
- **Nahuelhual, L., Benra, F., Rojas, F., Ignacio Díaz, G. y Carmona, A. (2016a).** Mapping social values of ecosystem services: What is behind the map?, *Ecology and Society*, 21(3), 24.
- **Nahuelhual, L., Laterra, P. y Barrena, J. (2016b).** Indicadores de servicios ecosistémicos: una revisión y análisis de su calidad, Ministerio del Medio Ambiente de Chile.

- **Ocampo-Melgar, A., Lutz-Ley, A., Zúñiga, A., Cerda, C. & Goirán, S. (2022).** Latin American drylands. Challenges and opportunities for sustainable development, *Métode Science Studies Journal*, 13.
- **Ostrom, E. (2009).** A general framework for analyzing sustainability of social-ecological systems, *Science*, 325(5939), 419-422.
- **Quintanilla, V. G. (1979).** Observaciones fitogeográficas en un valle transversal del semiárido chileno, *Investigaciones Geográficas: Una Mirada Desde El Sur*, (26), 3-18.
- **Plataforma Intergubernamental de Ciencia y Política sobre Biodiversidad y Servicios de los Ecosistemas (IPBES) (2021).** Disponible en <https://ipbes.net/>.
- **Plataforma Intergubernamental de Ciencia y Política sobre Biodiversidad y Servicios de los Ecosistemas (IPBES) (2022).** Methodological Assessment Report on the Diverse Values and Valuation of Nature of the Intergovernmental Science-Policy Platform on *Biodiversity and Ecosystem Services*. Balvanera, P., Pascual, U., Christie, M., Baptiste, B., González-Jiménez, D. (Eds.). IPBES secretariat, Bonn, Germany.
- **Reilly, K., Adamowski, J. y John, K. (2018).** Participatory mapping of ecosystem services to understand stakeholders' perceptions of the future of the Mactaquac Dam, Canada, *Ecosystem Services*, 30, 102-123.
- **Serra, M. & Pinho, P. (2011).** Dynamics of periurban spatial structures: investigating differentiated patterns of change on Oporto's urban fringe, *Environment and Planning B: Planning and Design*, 38(2), 359-382.
- **Servicio de Evaluación de Impacto Ambiental (SEA) (2024).** Consultor de proyectos.
- **Servio de Impuestos Internos (SII) (2024).** Estadísticas de Empresas.
- **Smith-Ramírez, C., Grez, A., Galleguillos, M., Cerda, C., Ocampo-Melgar, A., Miranda, M. D., Muñoz, A. A., Redón-Funes, C., Diaz, I., Cifuentes, C., Alaniz, A., Seguel, O., Ovalle, J., Montenegro, G., Saldaes-Cortés, A., Martínez-Harms, M. J., Armesto, J. J. & Vita, A. (2023).** Ecosystem services of Chilean sclerophyllous forests and shrublands on the verge of collapse: A review, *Journal of Arid Environments*, 211, 104927.
- **Tamayo, E. (2014).** Importancia de la valoración de servicios ecosistémicos y biodiversidad para la toma de decisiones. Apuntes desde la ingeniería, *Revista Ciencias Ambientales y Sostenibilidad CAS*, 1(1), 16-28.
- **United Nations (ONU) (2010).** United Nations Decade for Deserts and the Fight against Desertification.
- **Verbist, K., Santibáñez, F., Gabriels, D. & Soto, G. (2010).** Atlas de zonas áridas de América Latina y El Caribe. Dentro del marco del proyecto "Elaboración del Mapa de Zonas Áridas, Semiáridas y Subhúmedas de América Latina y el Caribe". CAZALAC. Documentos Técnicos del PHI-LAC, N°25. UNESCO, 2010.
- **Winder, S. G., Lee, H., Seo, B., Lia, E. H. & Wood, S. A. (2022).** An open source image classifier for characterizing recreational activities across landscapes, *People and Nature*, 4(5), 1249-1262.
- **Woodruff, S. & BenDor, T. (2016).** Ecosystem services in urban planning: Comparative paradigms and guidelines for high quality plans, *Landscape and Urban Planning*, (152), 90-100.

DEL DESASTRE AL APRENDIZAJE: EMPODERAMIENTO COMUNITARIO Y RECONSTRUCCIÓN PARTICIPATIVA EN CERRO ROCUANT

Sara Arambarri Iriondo¹, Universidad de Chile



» Reconstrucción en el cerro Rocuant, comuna de Valparaíso. Fotografía de Colectivo RE, 2020.

RESUMEN

Esta investigación recoge los aprendizajes de la sistematización del acompañamiento en reconstrucción de vivienda realizado por el Colectivo RE en el cerro Rocuant de Valparaíso tras el incendio de diciembre de 2019. Este trabajo parte de la premisa de que los afectados por un desastre siconatural pueden ser agentes clave en la prevención de riesgos, en las intervenciones posdesastre y en los planes de gestión. Así, pasan de tener un rol pasivo a participar de forma activa en el proceso, desde la recuperación material hasta la social y afectiva.

Analizar este caso de estudio participativo busca comprender las consecuencias que las formas de actuar tras los desastres tienen sobre los afectados y su contexto. También se reflexiona sobre nuevas formas de proceder replicables con otras comunidades y colectivos, pensando en beneficiar a las y los afectados. Rescatar los conocimientos generados en un contexto informal y participativo permite ver si las herramientas y metodologías aplicadas fueron las adecuadas. Luego se proponen mejoras y recomendaciones que pueden ser usadas como material de trabajo en otras experiencias.

Para desarrollar este trabajo se ha realizado una sistematización reflexiva de la experiencia, la que se desarrolló desde una mirada crítica al conocimiento experto que a veces da respuestas descontextualizadas, y desde la inquietud por poner en valor la circulación de conocimiento local.

Los hallazgos evidencian que la participación de las y los afectados y de la comunidad cercana fortalecen el tejido social y la capacidad de organización comunitaria. Se constata que experiencias como la presente generan empoderamiento y que las y los afectados se transforman en sujetos políticos con capacidad de agencia. La tesis concluye que es fundamental incorporar los conocimientos y las voces de las comunidades en los procesos de reconstrucción, generar redes de apoyo con otros colectivos y difundir los aprendizajes de este tipo de experiencias.

Palabras clave: reconstrucción, participación, sistematización, circulación de conocimiento, empoderamiento.

¹ Arquitecta y magíster en Hábitat Residencial. El presente artículo se basa en la actividad formativa equivalente a tesis *Sistematización de una experiencia de acompañamiento en reconstrucción de vivienda tras incendio en el cerro Rocuant de Valparaíso. Empoderamiento de afectados y colectivos mediante el aprendizaje de la experiencia*, realizada para optar al grado de magíster en Hábitat Residencial de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo de la Universidad de Chile. Profesor guía: Luis Campos Medina. Santiago de Chile, 2023.

INTRODUCCIÓN

Problematización

Esta investigación tuvo lugar en la ciudad de Valparaíso, en la que los desastres siconaturales, en este caso los incendios, son una cotidianeidad. Aun así, actualmente las respuestas que se despliegan tras estas catástrofes y los planes de prevención siguen siendo insuficientes y muchas veces están descontextualizados, no tienen en cuenta las necesidades de las y los afectados y menos la realidad informal. Esto ha sido evidente tanto en el proceso de reconstrucción después del incendio de Rocuant en 2019, que en 2023 llevaba un 25% de avance², como en los grandes incendios que ha sufrido la región en 2014 y 2024. Esto demuestra las dificultades que tiene la política pública para implementar procesos de reconstrucción y se posiciona como un tema urgente debido a la vulnerabilidad, en el caso concreto de la región de Valparaíso, a este tipo de desastres siconaturales. Es por ello que se decidió sistematizar esta experiencia de acompañamiento en reconstrucción, que surgió después del incendio de 2019 en el cerro Rocuant de Valparaíso.

El objetivo de esta investigación es contribuir a las formas de actuación posdesastre y crear una respuesta alternativa para comunidades afectadas en contextos informales y para colectivos

profesionales que trabajan en este tipo de proyectos, a partir del conocimiento surgido tras esta sistematización. En ella se busca visibilizar los obstáculos a los que se enfrentan las personas más vulnerables de la ciudad cuando una catástrofe las afecta. Su objetivo es incorporar la opinión de esas personas en la creación de soluciones alternativas, lo que genera a su vez empoderamiento para enfrentar situaciones futuras. Además, se entiende que las experiencias y el conocimiento de las y los afectados tienen el mismo o mayor interés que el conocimiento experto.

La pregunta que fundamenta la propuesta de esta investigación es: ¿qué procesos de aprendizaje y capacidades de actuación pueden rescatar las comunidades afectadas y los colectivos profesionales a partir de la experiencia de reconstrucción de viviendas tras el incendio por parte del Colectivo RE en el cerro Rocuant?

La sistematización reflexiva de esta experiencia se presenta como un ejercicio de análisis, reflexión y valoración. Este tipo de proyectos, indistintamente de los resultados, pueden convertirse en un aporte al conocimiento colectivo y, muchas veces, por falta de tiempo y de información, no se documentan ni se publican. Es necesario dar visibilidad a experiencias que se han realizado de

² Posterior a esa fecha no se ha encontrado información actualizada respecto al proceso de reconstrucción, lo cual resulta preocupante teniendo en cuenta el poco avance del mismo.

forma abierta con la comunidad, donde se ha generado un aprendizaje comunitario, ha existido la autogestión y, además, la comunidad, más allá de recibir una respuesta a una necesidad muy concreta como es la falta de una vivienda, ha incrementado su capacidad de agencia. Así se puede contagiar este espíritu también a otras comunidades y/o colectivos, e, incluso, a las distintas instituciones que debieran estar implicadas en estos procesos.

Marco teórico

Para visibilizar los conocimientos que se generan a partir de la experiencia de acompañamiento en reconstrucción de vivienda tras un incendio, se utilizó la metodología de investigación de la sistematización.

Figura 1. Marco teórico de la sistematización



Fuente: elaboración propia (2025).

Lo que se sistematiza es la experiencia participativa de la reconstrucción, y la misma sistematización se realiza con la participación de las personas que estuvieron presentes en el proyecto. Esta doble participación permite que las personas afectadas por una catástrofe sean actores relevantes en los procesos de recuperación tanto físicos como emocionales, lo que los motiva a avanzar en la superación de los procesos de estigmatización, precariedad y vulnerabilidad que sufren en estos contextos.

Al mismo tiempo, la participación en el proyecto permite hacer circular el conocimiento que proviene tanto de la comunidad como del colectivo y de los voluntarios, y se considera que todos tienen la misma importancia. Esta circulación no solo se da dentro del mismo proyecto de investigación, sino que también está presente en la sistematización. Lo anterior permite que las comunidades que comúnmente no tienen acceso a la información se puedan empoderar, y que los aprendizajes de

un proyecto concreto puedan transformarse en herramientas de trabajo y, en muchos casos, de resistencia.

La superación de la estigmatización también se acrecienta gracias a esta circulación abierta de los saberes, que se relaciona con el procomún. El procomún no pertenece a las lógicas privadas y tampoco a las públicas; son los mismos habitantes del territorio los que de forma autogestionada generan y cuidan ese bien común; se crea así un modelo alternativo al impuesto (Estalella et al., 2013). Es la gestión colectiva y abierta de una problemática no aislada la que, además de permitir enfrentarse a una situación de desastre siconatural, entrega herramientas y redes a las personas que participan en él. En el procomún encajan las lógicas de participación y empoderamiento y, además, hay espacio para las relaciones informales, la cotidianeidad y la sensibilidad (Lafuente, 2008).

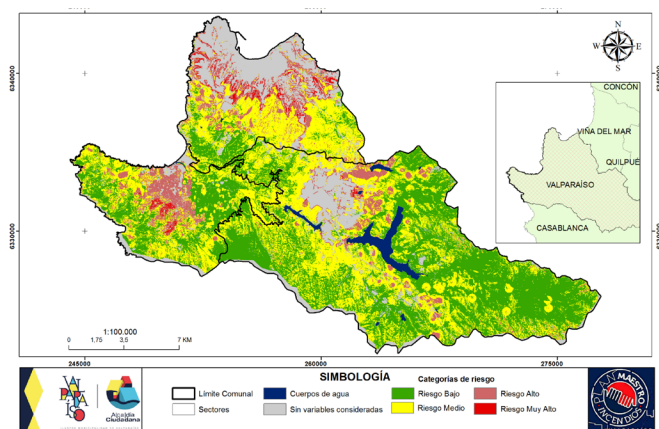
en la vulnerabilidad frente a incendios de la ciudad. Además, la morfología de Valparaíso, el crecimiento no planificado y la precariedad intensifican la fragilidad del territorio. La falta de agua y los fuertes vientos también hacen que los incendios, una vez ocurridos, se intensifiquen. A todo lo anterior se suma la deficiente infraestructura vial de la ciudad, que complejiza las labores de intervención de los equipos de rescate.

ANTECEDENTES

Contexto

Chile es un país propenso a distintos tipos de catástrofes siconaturales, y en particular la ciudad de Valparaíso registra un largo recorrido en cuanto a incendios forestales y urbanos, ya sean naturales o intencionados. Este hecho no es una casualidad ni un capricho de la naturaleza. La huella del impacto humano (el urbanismo, la mala gestión de residuos, las extensas plantaciones forestales) tiene una gran influencia

Mapa 1. Áreas de mayor vulnerabilidad ante desastre por incendio forestal en Valparaíso



Fuente: Plan Maestro para la Gestión del Riesgo de Incendio (2017).

En los últimos años ha habido dos grandes incendios en la ciudad de Valparaíso, el gran incendio de 2014 y el incendio de 2017 en Playa Ancha. Ambos siniestros ocurrieron en los cerros de la parte alta de la ciudad, los más cercanos a microbasurales y entornos de alta vulnerabilidad.

Quinteros-Urquieta (2019) reconoce que pocas veces se ha hablado de cómo la forma de actuar del Estado frente a estas catástrofes impacta en las ciudades y en sus habitantes. Las soluciones propuestas en los últimos años para enfrentar los incendios se han dado desde una perspectiva neoliberal, en la que prima la recuperación de la propiedad privada en vez de una propuesta de un plan para regenerar la ciudad. Se ha dejado de lado a las personas que vienen de un contexto informal y que no pueden justificar la tenencia de un

terreno o edificación. El contexto de vulnerabilidad en el que ya habitaban las personas afectadas por el incendio sigue, por tanto, en ese círculo de precariedad, y el territorio termina siendo aún más precario. Planificar el desastre desde una mirada ingenieril y vivien-dista (mediante intervenciones de mitigación y con políticas e instrumentos de reconstrucción), sin tener en cuenta los territorios, ha hecho que se olvide la planificación en la recuperación pos-desastre desde la interdisciplinariedad (Musset, 2010).

En cuanto a la reconstrucción de los inmuebles afectados, el Estado de Chile ofrece distintos tipos de subsidios: para adquirir viviendas (nuevas o usadas), para construcción en sitio propio y para densificación predial de condominios. A todos estos beneficios se postula de forma individual y se deja fuera a las

personas en situación irregular, por lo que muchas de ellas autoconstruyen de nuevo en las quebradas. Los subsidios antes mencionados funcionaron en 2014 como un incentivo para las empresas constructoras, que en muchos casos dieron soluciones de baja calidad que ya se encuentran en mal estado. Otra de las medidas que se tomó fue la relocalización. Aunque las experiencias son diversas, esta solución no satisface las necesidades básicas de todos los habitantes; al desplazarse a otro territorio, algunos no sienten ningún vínculo ni sentimiento de pertenencia como para poder crear comunidad (Campos Medina et al., 2018). Esta es una forma de operar del neoliberalismo que no tiene en cuenta la pertenencia ni el sentido de la colectividad.

Estos eventos muestran la necesidad de un instrumento público permanente para la prevención, preparación y mitigación. Es por ello que en diciembre de 2018 se presentó el Plan Regional para la Reducción del Riesgo de Desastres (Ministerio del Interior y Seguridad Pública, 2018). Este documento buscaba fortalecer la institucionalidad, los sistemas de monitoreo y alerta temprana, fomentar la cultura de prevención, reducir los factores subyacentes del riesgo y fortalecer la capacidad de respuesta. El Plan está preparado para ser trabajado con el involucramiento de la comunidad. El mismo año surge el Plan Maestro para la Gestión del Riesgo de Incendio de la Ilustre Municipalidad de Valparaíso. Pero aunque estos planes estaban vigentes, no llegaron a ser ejecutados antes del incendio de 2019. La mejora de la gestión forestal, los microbasurales y la desarticulación entre los

distintos actores institucionales siguen siendo un desafío para Valparaíso hasta el día de hoy.

Tampoco se considera de forma suficiente el sufrimiento de las y los habitantes, la vulnerabilidad de quienes viven en contextos informales ni su sentido de pertenencia y agencia. La estigmatización de las y los damnificados se agrava aún más cuando las soluciones institucionales son de baja calidad, con subsidios insuficientes y relocalizaciones que rompen las comunidades. Este sufrimiento se relaciona con la precariedad estructural y la condición de las familias afectadas, lo que muestra la necesidad de atender urgentemente lo simbólico y comunitario junto a lo material (Campos, 2024).

Las políticas actuales de reconstrucción tampoco tienen en cuenta la tradición de autoconstrucción en Valparaíso. Aunque esta actividad muchas veces se realiza en contextos precarios, permite a los habitantes generar un hábitat propio y fortalecer lazos comunitarios. En este contexto, se configuran dos formas de territorialización: una “desde arriba”, impulsada por políticas urbanas que segmentan los territorios; y otra “desde abajo”, en la que las comunidades expresan sus reivindicaciones frente a la ineficacia institucional, apoyadas a veces por ONG y discursos de participación ciudadana (Musset, 2010).

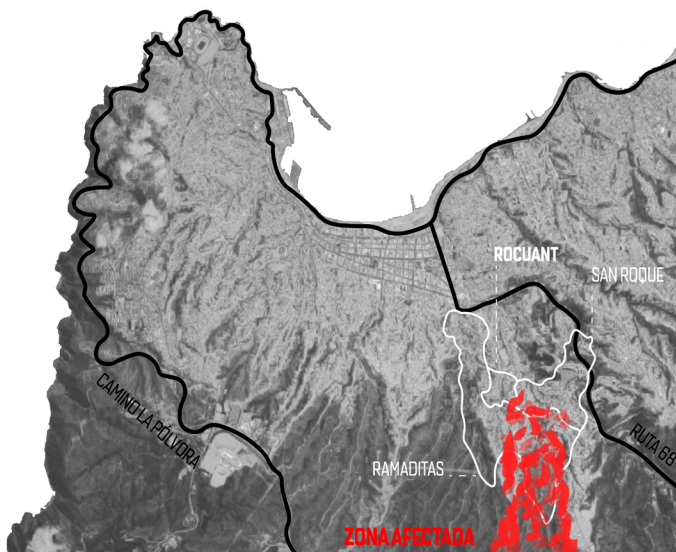
Antecedentes de la experiencia a sistematizar

La Asociación Cultural RE es un colectivo interdisciplinario de arquitectura y construcción formado por un grupo de jóvenes de distintos orígenes y áreas del conocimiento, con un enfoque crítico hacia la producción del hábitat. El colectivo trabaja en proyectos participativos, colaborativos y comunitarios, en los que se incluyen procesos de aprendizaje y autogestión para fomentar la autonomía de las comunidades y proponer una alternativa a las problemáticas políticas, sociales y espacio-territoriales. La experiencia les ha permitido desarrollar diferentes proyectos y presentar una alternativa a las prácticas

tradicionales desde la recuperación de materiales y oficios, la autogestión de los recursos, la obra-escuela, la participación y la revalorización de técnicas tradicionales de construcción.

En cuanto a la forma de trabajar más concreta del colectivo, cabe destacar la concepción de la participación. Desde sus fundamentos, el colectivo ha sido muy crítico con el asistencialismo y con la participación consultiva que muchas veces se propone desde las instituciones a los territorios. Por todo lo anterior, la participación que pone en práctica el colectivo, y sobre la que aún se sigue reflexionando y aprendiendo, es aquella en la que las comunidades cumplen un papel protagónico.

Mapa 2. Ubicación



Fuente: elaboración propia (2023).

El 24 de diciembre de 2019 ocurrió un incendio urbano-forestal, que se sospecha fue provocado, en los cerros Rocuant, San Roque y Ramaditas. Se destruyeron 274 viviendas y quedaron damnificadas unas 700 personas (Silva, 2020). El incendio no pudo ser controlado hasta dos días más tarde debido a las altas temperaturas, el fuerte viento y la compleja accesibilidad del lugar. En ese momento el equipo de Reconstrucción y Gestión del Riesgo del Servicio de Vivienda y Urbanización (SERVIU) no estaba formado, por lo que se tuvo que improvisar para implementar el Plan de Reconstrucción.

Entre las personas afectadas por este incendio se encuentra una feriante del sector. Integrantes del colectivo se sumaron a las labores de ayuda después del incendio y fue en ese momento

cuando surgió el primer contacto con ella. Esa vecina ya había perdido su vivienda en una ocasión anterior. La vivienda siniestrada donde residía la afectada se encontraba en un terreno de propiedad de su familia, lo que, sin embargo, no era posible de demostrar por falta de documentación. La solución que el SERVIU le dio a la afectada fue la relocalización, pero ella no quería irse de Rocuant, ya que su comunidad y su hábitat estaban en ese lugar.

En ese contexto surge la idea de acompañarla en la construcción de una vivienda resistente al fuego. El enfoque del trabajo del colectivo y los recursos disponibles para hacerlo fomentaron la idea de desarrollarlo desde la participación. La afectada fue parte activa del proceso y se promovió la integración de voluntarios, vecinos y universidades.

Figura 2. Línea de tiempo del proyecto



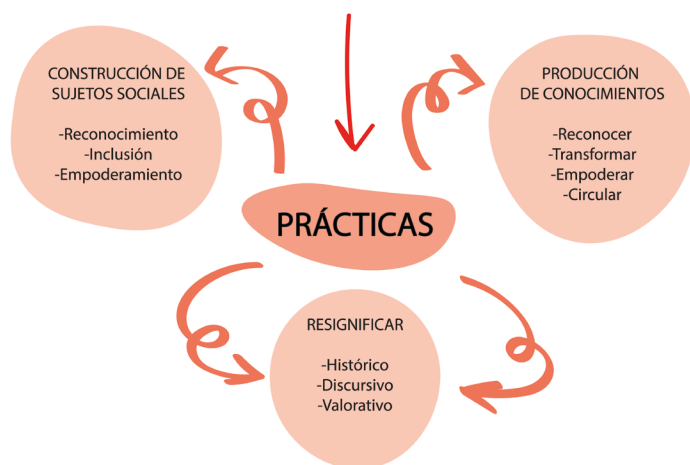
Fuente: elaboración propia (2023).

MÉTODO

Esta investigación se lleva a cabo mediante la sistematización de una experiencia. Este tipo de experiencias que son desarrolladas por comunidades y colectivos profesionales surgen como respuesta a la falta de acción de las instituciones. Aunque existan, a menudo pasa que es difícil llegar a conocer estos proyectos, ya que no tienen tanta difu-

sión. Es por ello que, más allá del éxito de las experiencias, resulta de interés compartirlas por el aprendizaje que se genera en el camino. Además, pueden servir para modificar las metodologías de trabajo y transferir los saberes (Tafur, 2006). Se puede crear una base de conocimiento común que facilite trabajar de una nueva forma y que no solo las élites sean partícipes del conocimiento (Ortega et al., 2009).

Figura 3. Sentido de la sistematización



Fuente: elaboración propia a partir de Ortega et al. (2009).

Lo interesante de visibilizar estas experiencias es que se trabaja desde los territorios y el empoderamiento de sus habitantes, y permiten ver de qué forma ellos mismos participan en la resolución de sus problemas. Eso nos da pistas sobre las necesidades más específicas de cada contexto y sirve para proponer una nueva forma de trabajo

que, frente a los desastres siconaturales, no trabaje para los afectados, sino con ellos.

En esta experiencia en concreto, la sistematización le sirve al colectivo para detenerse a reflexionar sobre el trabajo que realiza. Esta pausa permite observar los aciertos y errores del proyecto,

proponer soluciones futuras y trabajar de una forma más optimizada y organizada.

Técnicas de producción de información

El primer paso es saber cuál va a ser la información que se requiere sistematizar, ordenarla y seleccionar la que sirve y la que no.

Durante el transcurso del proyecto de acompañamiento en reconstrucción, el colectivo registró de forma análoga y digital el proceso, en formato de afiche en redes sociales, croquis, planimetría, cuaderno de obra, fotografías, carta Gantt, presupuesto y actas. Toda esta documentación fue revisada para entender de qué forma se trabajó, cuáles eran los objetivos y si estos se alcanzaron o no.

Antes de partir con la sistematización se realizaron varias entrevistas para contextualizar el proyecto. Estas consideraron a miembros del Colectivo RE, a otras ONG de la ciudad de Valparaíso

so y a profesionales del Ministerio de Vivienda y Urbanismo (MINVU) y del SERVIU de la región.

Finalmente, se realizaron entrevistas narrativas a diversos participantes del proyecto para poner en valor la experiencia de cada uno de ellos. La metodología de las entrevistas narrativas se basa en datos autobiográficos, experiencias personales de las personas entrevistadas, también conocidas como “historias pequeñas” (Georgakopoulou, 2006). Esto permite aprovechar la subjetividad de los relatos para entender los distintos puntos de vista. Estas entrevistas fueron semiestructuradas y se realizaron a la vecina afectada, a un amigo de la afectada y vecino, a las y los integrantes del Colectivo RE, al arquitecto colaborador, a los miembros de los colectivos que participaron del proyecto (Movimiento Ceniza y La Ruta de la Tierra) y a dos voluntarias. Este tipo de entrevistas permite que el proceso de investigación sea colaborativo y que se pueda considerar el conocimiento y la experiencia de todos los actores de este proyecto, que finalmente son las personas que habitan los territorios.

Tabla 1. Estructura de las entrevistas narrativas

PARTICIPACIÓN	¿De qué forma participaste en el proyecto?
EXPERIENCIA	¿Qué expectativas tenías?
PERSONAL	¿Cómo te sentiste?
	¿Qué aprendizajes te llevas de esta experiencia?
	¿Cómo fue trabajar con la comunidad y con el colectivo?
REFLEXIONES	¿Qué fue bien?
	¿Qué fue mal? ¿Cómo se podría mejorar?
	¿Qué herramientas fueron útiles? ¿Cuáles no? ¿Cómo se podrían cambiar?
	¿Crees que esta experiencia es replicable? ¿Cómo?

Fuente: elaboración propia (2025).

Sistematización

La sistematización cuenta con varias etapas de trabajo: la definición del punto de partida, la delimitación, la descripción de la experiencia, el análisis de la información y, finalmente, la

redacción del documento. Se presenta a continuación la estructura seguida en el desarrollo del proyecto de investigación, ya que no son muchos los ejemplos de sistematización que se pueden encontrar en repositorios académicos.

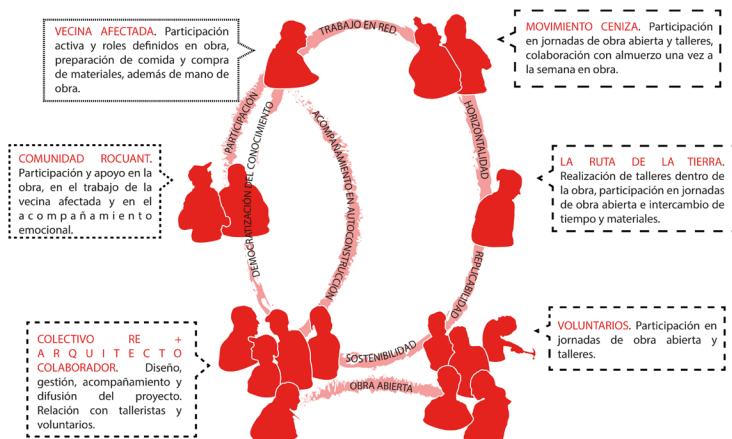
Tabla 2. Etapas y diseño del proyecto de sistematización

Primera Etapa:	Participantes	
DEFINICIÓN	Coordinadores	
DEL PUNTO DE	Recursos	
PARTIDA	Plazos	
	Información previa (archivos)	
	Información a buscar (entrevistas)	
	¿Para qué? ¿Para quién?	
	¿Cómo se sistematiza?	
	Marco general: ¿objetivos generales de la organización?, ¿con qué estructura?, ¿periodo de las actividades?, ¿relaciones con otros actores?	
Segunda Etapa:	Título	Resultados esperados
DELIMITACIÓN	Ámbito de intervención (localización)	Componentes (ejes de trabajo)
	Grupo meta (participantes)	Contexto
	Fecha de inicio y duración	Problemática
	Objetivos	Antecedentes
	Estrategia/enfoque	
	Componentes (ejes de trabajo)	
Tercera Etapa:	Actividades	
DESCRIPCIÓN DE	Materiales y recursos	
LA EXPERIENCIA	Principales logros	
	Dificultades encontradas (en el proyecto y en la sistematización)	
	Resultados no esperados	
Cuarta Etapa:	Realización por parámetros: aspectos positivos, negativos y desconocidos	
ANÁLISIS	Relación entre parámetros	
Quinta Etapa:	Presentación de los resultados	
REDACCIÓN DEL	Conclusiones	
DOCUMENTO	Recomendaciones/propuestas	
Sexta Etapa:	Objetivo	
CRÓNICAS DE	Proceso	
UN FANZINE	Resultados	
	Difusión	

Fuente: elaboración propia a partir de Tafur (2006).

Punto de partida

Figura 4. Participantes y enfoque del proyecto



Fuente: elaboración propia (2023).

Para partir con la sistematización se decidió elegir, de entre todos los actores relacionados con el proyecto, a quienes habían tenido una participación significativa, para analizar su experiencia. En este caso se decidió dejar de lado a aquellas empresas y maestros que colaboraron en actividades puntuales y que estuvieron cerradas al público general. En cuanto a los voluntarios que participaron del proyecto, se tuvo en cuenta a aquellos que asistieron más de una vez.

Respecto a los plazos, la coordinación del proceso y los recursos, se consideró que la sistematización se realizaría dentro de un trabajo académico, por lo tanto, se ajustaría a los tiempos y modos de la universidad.

Como ya se ha mencionado, se tuvo a la vista la documentación del colectivo para realizar la sistematización y se hicieron entrevistas de contexto y narrativas para buscar la información faltante.

Esta experiencia se sistematizó para que pueda servir de aprendizaje para otras comunidades y colectivos profesionales. Se trata de democratizar el conocimiento generado desde esta experiencia a favor de la comunidad, poniendo el foco en la participación en contextos vulnerables y de catástrofe. Esto se realizó de forma colaborativa con los participantes del proyecto, teniendo en cuenta la experiencia personal y los aprendizajes que cada uno se llevó.

Delimitación

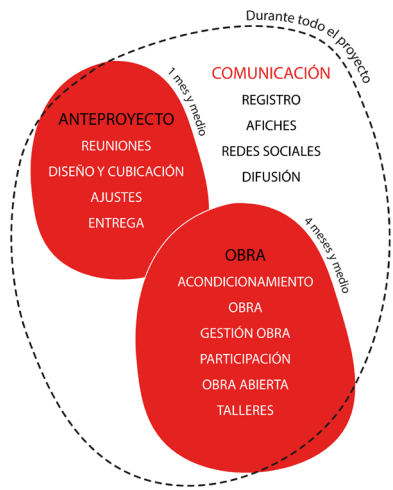
En esta fase se presentaron los principales puntos que se tomarían en cuenta en la sistematización, ya que no todo lo realizado en el proyecto era campo de materia para la investigación. Se definió de forma clara la experiencia a sistematizar para limitarla temporal y espacialmente. Se presentaron la ubicación, la temporalidad, los objetivos, la estrategia, los resultados esperados

y los componentes del proyecto. Esto, junto al contexto, la problemática y los antecedentes, ayudó a contextualizar el proyecto y sus objetivos.

Descripción de la experiencia

El proyecto se divide en tres componentes: anteproyecto, obra y comunicación. Cada una de ellas tiene distintas actividades, recursos, objetivos y resultados.

Figura 5. Actividades del proyecto



Fuente: elaboración propia (2023).

El anteproyecto fue realizado entre principios de septiembre y mediados de octubre de 2020. La mayoría de las actividades fueron realizadas por el colectivo y el arquitecto colaborador, y las decisiones se tomaron en conjunto con la afectada. En esta primera parte del proyecto se realizaron las primeras vi-

sitas a terreno y reuniones para discutir ideas, expectativas y objetivos del proyecto. También se elaboró el anteproyecto, se discutió y modificó para llegar al diseño final, que entregó, mediante planimetría, material gráfico para la obra abierta, presupuesto, herramientas y carta Gantt.

Esta etapa se realizó en un periodo muy breve para poder responder a la urgencia de la situación. El presupuesto, los plazos y el diseño se adaptaron a las necesidades y posibilidades de la usuaria, y se consiguió proyectar una vivienda de 60 m² construidos y de buenas calidades, por encima del estándar de 47 m² de las viviendas de interés social. Se elaboraron insumos gráficos adaptados a los distintos perfiles de personas que participaron en el proyecto. En cuanto a las dificultades encontradas en este proceso, una de las más significativas fue la de cumplir con el presupuesto, debido al alza de los precios. Además, el corto plazo en el que se realizó esta etapa no permitió que el diseño fuera totalmente participativo, ya que había una urgencia por empezar a construir.

La segunda etapa del proyecto corresponde a la obra; aunque en un principio iba a tener una duración de dos meses, finalmente se prolongó durante cuatro meses y medio y se entregó en febrero de 2021. El proyecto tuvo en esta etapa la mayor diversidad de participantes: la afectada y la comunidad de Rocuant, el colectivo y el arquitecto colaborador, colectivos locales, voluntarios y maestros. En esta segunda parte del proyecto se desarrollaron actividades como el acondicionamiento del espacio de trabajo, la compra de materiales, el acompañamiento en autoconstrucción, la obra abierta con los voluntarios y talleres de construcción, entre otras.

Se destaca de la obra que, aunque se extendió el plazo, esta fue la primera vivienda construida después del incendio de 2019. Los talleres y la obra abierta tuvieron una alta participación,

y el trabajo en red con otros colectivos funcionó fluidamente a lo largo de esta etapa. Para la construcción de la vivienda se pudo usar material disponible en el terreno, como barro, se utilizó madera de segunda mano y se recicló en totalidad la tubería eléctrica, lo que da cuenta de la sostenibilidad del proyecto. Además, el barro, al ser un material incombustible, ayuda a que el fuego no se propague ni se generen gases tóxicos, y al usarlo como relleno de los muros y como terminación, protege la madera. Las y los voluntarios aportaron dinamismo al desarrollo de la obra y, más allá de la instancia constructiva, las instancias de diálogo y reflexión presentes a diario permitieron crear lazos que perduran hasta el día de hoy. La afectada participó en todas las actividades de esta etapa asumiendo distintos roles, y el apoyo de dos amigos cercanos fue relevante para superar las dificultades que se presentaban. Además, se destaca la alta participación de mujeres voluntarias.

En cuanto a las dificultades encontradas en esta etapa, hay varias que están relacionadas con el territorio. Por la lejanía desde el centro de Valparaíso, fue difícil saber la cantidad de voluntarios que iban a llegar; además, la pendiente pronunciada del terreno complejizó el acondicionamiento del espacio de trabajo y la descarga de materiales. Esto hizo que la comunidad participante, el colectivo y el arquitecto sobrecargaran su trabajo. El poco tiempo en el que se planificó la obra hizo que esta se alargara, ya que el alza de precios y el cambio de decisiones extendieron los plazos.

La tercera etapa del proyecto, que realmente tuvo lugar a lo largo de todo el trabajo, fue la de la comunicación. El colectivo fue el que llevó a cabo las actividades relacionadas con el registro del proyecto, la realización y difusión de material gráfico y la comunicación con las personas que participaban en la iniciativa.

La relevancia que se le dio a lo largo del proyecto a la comunicación permite tener acceso a sus etapas mediante las redes sociales y entender su evolución. Además, este recurso permitió desarrollar el trabajo en red con otros colectivos y también llegar a los voluntarios, ya que el proyecto se desarrolló en contexto de pandemia. Más allá de la difusión del proyecto, las publicaciones realizadas llamaban a reflexionar y discutir sobre la arquitectura comunitaria. En

cuanto a las dificultades de esta etapa, se puede destacar que las redes sociales no son accesibles para ciertas generaciones y/o comunidades; además, las tareas de esta etapa se realizaban en los tiempos de descanso de la obra, ya que no había una persona y un horario concreto designados para este rol.

Análisis

Para poder analizar los resultados de la sistematización, se definieron tres criterios que dan estructura a los hallazgos y que están relacionados con los objetivos y el marco teórico del estudio. Estos son: la circulación del conocimiento, la participación y el empoderamiento. Dentro de cada uno de estos parámetros se generaron indicadores que permiten evaluar en detalle cada idea.

Tabla 3. Esquema de parámetros e indicadores del análisis

CIRCULACIÓN DEL CONOCIMIENTO	Acompañamiento en autoconstrucción
	Obra abierta / Obra escuela
	Comunicación
PARTICIPACIÓN	Comunidad - colectivo
	Trabajo en red con otros colectivos de la comunidad
	Trabajo en red con otros colectivos del sector de la arquitectura
	Trabajo en red con la academia
	Trabajo en red con empresas
EMPODERAMIENTO	Trabajo en red con autoridades
	Replicabilidad
	Horizontalidad
	Sostenibilidad

Fuente: elaboración propia a partir de Tafur (2006).

Fotografía 1. Afectada participando en labores de construcción

Fuente: Colectivo RE (2021).

a) Circulación del conocimiento

El acompañamiento en autoconstrucción a la afectada generó una relación de confianza entre las partes implicadas en el proyecto y fue un aporte para la superación del estrés y la vulnerabilidad posdesastre. Para que eso ocurriera, los tiempos y espacios de conversación y escucha en el desarrollo de la obra fueron imprescindibles: la forma óptima de acompañamiento requiere contar con tiempo previo de organización, el que, en situaciones de urgencia, muchas veces no existe. Asimismo, es necesario contar con herramientas y metodologías de trabajo para que el conocimiento realmente pueda llegar a todos los participantes y no se quede en la superficie.

La obra abierta u obra escuela abre un espacio de experimentación y aprendizaje en el que cualquiera puede participar, independientemente de la edad o formación. Más allá del trabajo de construcción, esta instancia permite generar otro tipo de relaciones entre las y los participantes. De todas formas, la flexibilidad de este formato de trabajo genera dificultades en la planificación de tareas, e incluso en algunos momentos del proyecto el avance de la obra depende de la cantidad de personas voluntarias. A esto se suma el factor del tiempo, que se extiende cuando los participantes no son expertos en lo que están realizando.

A lo largo de todo el proyecto predominó un lenguaje respetuoso y que incluía

a todos los participantes, sin importar sus creencias, costumbres o experiencias. De todas formas, esto no impidió que hubiera malentendidos menores.

b) Participación

Sobre todo la comunidad más cercana a la afectada fue la que participó en el proyecto. Esta red de apoyo, formada principalmente por una amiga y un vecino, se mantuvo a lo largo del proyecto y se generó entre ellos y el colectivo

un ambiente familiar. Aunque en un principio este grupo de apoyo iba a ser mayor, finalmente no pudieron reunirlos a todos, y estas personas tuvieron que asumir muchas responsabilidades en algunos momentos. Como no hubo mucha participación de otros vecinos, el alcance territorial del proyecto fue acotado. Una mejor formación y experiencia en cuanto a participación en situaciones posdesastre hubiera podido dar mejores resultados.

Fotografía 2. Taller de construcción en barro con La Ruta de la Tierra



Fuente: Colectivo RE (2021).

Otro de los pilares fundamentales de la participación se dio desde el trabajo en red con distintos equipos, como otros colectivos, la academia, empresas y autoridades. En este caso, el trabajo más significativo fue el que se realizó con el Movimiento Ceniza, una agrupación surgida después del incendio y conformada por habitantes de los tres cerros afectados. Este grupo participó de forma activa en algunas jornadas de construcción y también aportó en la alimentación. La Ruta de la Tierra fue otro de los colectivos que participó más activamente en el proyecto, y realizaron varios talleres de construcción en tierra que fomentaron el aprendizaje teórico y práctico entre las y los voluntarios. Aunque la infraestructura de la obra y los tiempos no permitieron organizar los talleres de la mejor forma, estos permitieron avanzar en la obra, y además crear futuras colaboraciones entre este grupo y RE. En cuanto a las empresas, las que llegaron a participar de alguna forma en el proyecto fueron aquellas caracterizadas por su interés social y foco en reciclaje de materiales. También se sumaron pequeñas empresas familiares. La ubicación del proyecto y el poco tiempo de planificación impidieron más colaboraciones de este tipo. En cuanto a la academia y a las autoridades, aunque al inicio del proyecto hubo conversaciones y se mostró interés por participar, esto nunca se concretó.

c) Empoderamiento

Uno de los objetivos del proyecto de investigación era entender qué tan replicable podría ser. Las experiencias en formato de obra abierta y con participación de la comunidad se pueden adap-

tar a otros proyectos, pero hay que tener en cuenta que trabajar en contextos de urgencia y precariedad, y en contra del tiempo, puede generar imprevistos y también trabajo precario entre las y los participantes.

La horizontalidad entre las personas unidas por esta faena permitió que en un principio cada uno pudiera tener roles y tareas asignadas. Aunque esta forma de organizarse puede mejorar la confianza entre las y los participantes, a veces la información que se tenía que compartir entre distintos participantes se repetía o se omitía, lo que generaba confusión.

Fotografía 3. Piscinas de barro y construcción de muros



Fuente: Colectivo RE (2021).

La sostenibilidad del proyecto es uno de sus puntos destacados. Aunque no todos los materiales usados en obra fueron sostenibles, la construcción con barro del propio terreno, además de la madera de segunda mano y el reciclaje de la totalidad de la tubería eléctrica, hizo que el impacto ambiental del proyecto y el presupuesto destinado a materiales fueran menores.

CONCLUSIONES

Sistematizar la experiencia desde el punto de vista de las y los diversos participantes permite entender la complejidad del proyecto y saber por qué se desarrolló de la forma que lo hizo. La

convicción de la afectada por llegar hasta el final del proyecto, su red de apoyo y el compromiso del colectivo fueron fundamentales para que el proyecto pudiera concluir a pesar de las adversidades. Más allá de haber finalizado la obra de forma satisfactoria, las actividades desarrolladas a lo largo de la misma permitieron cumplir el objetivo de responder a una necesidad, además de generar un aprendizaje tanto para la comunidad como para el colectivo y las y los voluntarios. La urgencia, relacionada directamente con la vulnerabilidad del contexto, el poco tiempo para la planificación y el presupuesto acotado condicionaron el desarrollo del proyecto y obligaron a varios participantes a asumir más responsabilidades que las acordadas.

La participación de la comunidad fue un gran aporte para la superación del trauma relacionado con la catástrofe. El trabajo no asistencialista y contrario a las estigmatizaciones remarca la importancia de la presencia de las comunidades empoderadas en los territorios. El conocimiento generado puede servir para que, en el futuro, frente a otras situaciones, las personas sepan que tienen las capacidades para enfrentarse a ellas. Para que este aprendizaje rescatado de la experiencia sea aprovechado al máximo, los colectivos profesionales tienen que comprender y reinterpretar las herramientas y dinámicas de trabajo y organización de la arquitectura contemporánea, y destinar un necesario espacio para la reflexión y el cuidado. De todas formas, hay que tener claro que por la urgencia y la precariedad de las situaciones posdesastre, no todas las comunidades pueden o quieren trabajar de una forma participativa. Pasa lo mismo en cuanto al uso del barro o materiales reciclados: si bien pueden ser más accesibles y amigables para el medioambiente, hay que tener en cuenta el tiempo de mano de obra que requiere usarlos.

Para que un proyecto de acompañamiento sea realmente participativo, debe responder al interés y también a las capacidades de las personas afectadas. Es necesario identificar las herramientas que poseen y las que necesitan, y no dar por sentada la asunción de responsabilidades sin acuerdos claros. Esto, junto a una buena comunicación, es la clave para democratizar el conocimiento. La planificación y el uso de metodologías accesibles para distintos actores es importante para incluir en

estos procesos a aquellas personas que no pertenecen al ámbito de la arquitectura y de la construcción; lo mismo ocurre con el trabajo en red con otros grupos.

En general, los tiempos de planificación y el contexto de los sectores afectados por un desastre pueden condicionar la replicabilidad de esta experiencia. En este tipo de entornos vulnerables, la urgencia por una respuesta puede limitar el alcance del trabajo y llevar a los colectivos profesionales a precarizar su trabajo. En los cerros de Valparaíso, la falta de recursos y la informalidad condicionan los procesos de reconstrucción.

RECOMENDACIONES Y SUGERENCIAS

Figura 6. Aprendizajes y recomendaciones basadas en la sistematización de la experiencia



Fuente: elaboración propia (2023).

Entendiendo que las actuaciones pos-desastre, más allá de intentar solucionar una situación concreta, deben ahondar en las causas del mismo, existe la necesidad de integrar este tipo de proyectos y metodologías en los lineamientos de las políticas de prevención de riesgo y respuesta ante catástrofes. Este proyecto concuerda con los siguientes objetivos estratégicos de la Política Nacional para la Reducción del Riesgo de Desastres (2020-2030):

“Eje 3: planificar e invertir en la reducción del riesgo de desastres

para la resiliencia. 3.5.4. Potenciar alianzas público-privadas para la adaptación al cambio climático en distintos niveles territoriales, acordes a los instrumentos rectores vigentes.

-Eje 4: proporcionar una respuesta eficiente y eficaz. 4.2.1. Generar instancias y espacios de colaboración y coordinación con los actores del territorio que participan de los procesos de respuesta. 4.6.1. Sistematizar y evaluar las estrategias de apoyo implementadas en desas-

tres y catástrofes, desde el 2010 a la fecha, y proponer mejoras para que los procesos de recuperación temprana sean sostenibles.

-Eje 5: fomentar una recuperación sostenible. 5.2.1. Desarrollar una Política Nacional de Recuperación Integral (estructural, no estructural, participativa y prospectiva), para las fases de rehabilitación y reconstrucción, que considere el principio de 'reconstruir mejor' dado por el Marco de Sendai para la RRD. 5.3.1. Generar estrategias para lograr la sostenibilidad de los medios/modos de vida en el territorio nacional post-desastre”.

Uno de los objetivos principales de este proyecto de investigación es contribuir a las formas de actuación posdesastre y crear una respuesta alternativa para las comunidades afectadas en contextos informales y para los colectivos profesionales que trabajen en estos proyectos, a través del conocimiento surgido tras esta experiencia de sistematización. El análisis realizado permite proponer formas de actuar que se basan en lo que se desconocía antes de sistematizar esta experiencia, en el rescate del conocimiento adquirido y su presentación de una forma sencilla, teniendo claro que las principales beneficiarias serán las comunidades y los colectivos profesionales que trabajen o quieran empezar a trabajar en este tipo de experiencias. De todas formas, estas recomendaciones también pueden ser un aporte para mejorar las políticas públicas de prevención y actuación posdesastre.

Para que el conocimiento circule y no se quede en los entornos académicos y profesionales que ya lo manejan, el lenguaje verbal y gráfico que se usa en este tipo de proyectos se tiene que adaptar para garantizar la comprensión y aplicación del contenido. Además, es fundamental que las instituciones o agrupaciones que trabajen con las comunidades conozcan el contexto de cada territorio afectado para poder dar soluciones sostenibles y que optimicen recursos humanos, económicos y ambientales. Aunque la estandarización en la construcción puede resolver el problema de la urgencia, estas soluciones no siempre se adaptan al contexto. En el caso de proyectos en contextos informales como el presentado, y con mano de obra no experimentada, se recomienda prever un 20% del presupuesto para imprevistos (en obras en otro tipo de contextos este es del 10%).

Para lograr una participación efectiva de todos los actores clave de este tipo de proyectos es necesario diferenciar las funciones y responsabilidades: definir los roles desde el inicio evita dependencias o confusiones. En el caso de Rocuant, la participación de la academia y las instituciones públicas no pudo llevarse a cabo, lo que hizo que otros participantes tuvieran más responsabilidades y su trabajo se precarizara. Una buena planificación y el trabajo en red con instituciones, empresas y colectivos puede aportar recursos, talleres y apoyo, reducir costos y facilitar la gestión del proyecto. Este trabajo, además, debería realizarse con un reconocimiento previo de los territorios y los saberes que sus habitantes poseen, para impulsar y partir la coordinación desde

ese punto, potenciando lo que ya existe en colaboración con actores públicos y privados.

Es necesario tener en cuenta que una experiencia participativa por sí sola no trae el empoderamiento de las comunidades. Hay que crear espacios de diálogo, tener cierta flexibilidad en el proceso y ajustar las estrategias de actuación según las necesidades. La planificación de los proyectos debe tener la misma importancia que la reconstrucción misma para que las metodologías puedan ser replicables en otros contextos. Asimismo, es fundamental reconocer y evitar la precarización de los participantes, tanto colectivos como afectados, en contextos vulnerables. Solo así se podrá promover la inclusión y la sostenibilidad de los proyectos a largo plazo.

Finalmente, cabe destacar la importancia de visibilizar metodologías de investigación que permitan que experiencias reales que están ocurriendo en los territorios puedan ser un aporte para la sociedad civil y las instituciones. En ese sentido, tanto la sistematización desarrollada a lo largo de la tesis y presentada en este artículo, además del fanzine realizado en paralelo a la investigación, permiten que los aprendizajes del acompañamiento en autoconstrucción en Rocuant puedan alcanzar a un público mayor al que participó del proyecto.

LOS EQUIPAMIENTOS URBANOS: SU ROL DESDE LO SIGNIFICATIVO Y LO FUNCIONAL A PARTIR DE LAS PERCEPCIONES DE LOS HABITANTES DEL BARRIO PRAT

Manuel Loncón Loncón¹, Universidad de Magallanes



» Ex Hospital Regional Dr. Lautaro Navarro Avaria, comuna de Punta Arenas. Fotografía de Manuel Loncón, 2026.

RESUMEN

La historia de las políticas habitacionales en Chile evidencia una preocupación sostenida por parte del Estado por garantizar el acceso a la vivienda digna para la población. No obstante, a partir de la década de 1970 se observa una reorientación en el enfoque de estas políticas, las cuales se han concentrado primordialmente en la producción de unidades habitacionales, desatendiendo la perspectiva integral del derecho a habitar de las familias.

El presente análisis se propone no solo trazar un recorrido histórico de las políticas habitacionales implementadas en el país, sino también fomentar una reflexión crítica sobre la imperativa necesidad de abordar la vivienda desde una óptica más amplia. Ello implica la integración del equipamiento urbano y los espacios públicos como componentes esenciales e ineludibles para la consecución de un habitar digno y pleno.

Palabras clave: equipamientos urbanos, derecho a habitar, territorios, sentido de pertenencia.

¹ Trabajador social. Artículo basado en la tesis *Los equipamientos urbanos: su rol desde lo significativo y funcional en base a las percepciones de los habitantes del Barrio Prat, de la comuna de Punta Arenas durante el año 2024*, realizada para optar al grado de licenciado en Trabajo Social de la Universidad de Magallanes. Profesora guía: Carola Tapia Caballero. Punta Arenas, 2024.

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo tiene como finalidad analizar el rol que desempeñan los equipamientos urbanos en la construcción del habitar, considerando los usos y significados que las personas que residen en un territorio les atribuyen a estos espacios. En particular, se abordará el caso del barrio Prat en la ciudad de Punta Arenas, un territorio históricamente consolidado y caracterizado por una destacada presencia de equipamientos educativos, comunitarios, deportivos y de salud. La investigación busca responder a la siguiente pregunta: ¿de qué forma son percibidos los equipamientos urbanos, desde las dimensiones funcionales y simbólicas, por parte de las y los habitantes del barrio Prat en Punta Arenas?

Para responder a esta interrogante se plantean los siguientes objetivos:

Objetivo general:

Identificar las percepciones de las y los residentes del barrio Prat acerca de los equipamientos urbanos presentes en su territorio, explorando tanto su funcionalidad como los significados que les atribuyen.

Objetivos específicos:

- Caracterizar el equipamiento urbano existente en el barrio Prat.
- Analizar el uso funcional y simbólico que las y los pobladores del barrio atribuyen a estos equipamientos.

- Examinar los significados asociados a los equipamientos urbanos que han dejado de estar en uso o que han cumplido su vida útil.

Por otra parte, la historia de las políticas habitacionales en Chile refleja una preocupación constante del Estado por garantizar el acceso a viviendas dignas para su población. Sin embargo, esta política ha evolucionado notablemente a lo largo del tiempo, transitando desde un enfoque inicialmente social y de inclusión hacia uno más orientado hacia una lógica mercantilista, lo cual ha provocado profundos problemas de segregación socioespacial. Esta transformación ha tenido un impacto directo en la forma en que las y los habitantes perciben y utilizan los equipamientos urbanos, lo que configura una dimensión fundamental para comprender el habitar en los territorios urbanos contemporáneos.

La provisión de viviendas ha sido un tema central en la agenda estatal chilena. Un hito fundamental fue la Ley de Habitación Obrera (1906), que surgió como respuesta a la demanda de las clases trabajadoras y para sanear el acuciante problema de la habitabilidad. Proyectos como la población Huemul (1911), que incorporaron integralmente vivienda, plazas y equipamiento urbano (escuela, dispensario, capilla), ejemplifican una visión inicial donde la calidad del habitar trascendía la mera construcción de un techo, fomentando el desarrollo social y la vida en comunidad.

No obstante, las cifras históricas evidencian un persistente déficit habitacional que no se logró revertir completamente. Leyes como la de la Caja de Habitación Popular (1930-1940), la Operación Sitio (1960) y el Programa de Subsidio Habitacional (1978) buscaron mitigar esta necesidad. A nivel internacional, el Pacto Internacional de Derechos Económicos, Sociales y Culturales (1966), del cual Chile es parte, reconoce el derecho a una vivienda adecuada, y obliga al Estado a asegurar su efectividad.

La dictadura militar (1973-1990) marcó un quiebre al instaurar un modelo neoliberal que redefinió la vivienda como un bien adquirido mediante el esfuerzo y el ahorro individual. El subsidio habitacional (1976) priorizó la rapidez en la construcción sobre la calidad y el diseño urbano integral, consolidando la segregación socioespacial en las periferias urbanas.

A pesar de los esfuerzos de los gobiernos posdictadura por implementar políticas con enfoque de integración social, en la práctica se mantuvo la priorización de la construcción sobre la provisión de equipamiento urbano. Solo a partir del primer gobierno de Michelle Bachelet se introdujo un cambio de paradigma, enfatizando la forma de habitar el territorio a través de programas como Quiero mi Barrio, que abordaban las necesidades comunitarias mediante la construcción de viviendas, espacios públicos y estrategias de desarrollo social.

Este contexto histórico justifica la necesidad de trascender la visión de la vivienda como una estructura meramente física y adentrarse en el concepto de

habitar. El habitar implica una relación íntima entre el individuo y su entorno, donde se construyen identidades y se forjan vínculos sociales. La calidad de vida depende, por lo tanto, no solo de la vivienda, sino de la calidad del entorno y los equipamientos urbanos (Carmona, 2010), definidos como las instalaciones y servicios esenciales (parques, escuelas, hospitales, etc.) que satisfacen necesidades y representan valores culturales.

El barrio Arturo Prat en Punta Arenas, con sus orígenes en la población obrera Magallanes (1928) y su desarrollo posterior, es un caso paradigmático para este estudio. Históricamente dotado de un amplio equipamiento urbano (Escuela Arturo Prat, Liceo Experimental, Plaza Esmeralda, el exHospital Regional), permite explorar cómo estos elementos, en su funcionalidad y su valor simbólico (su historia, las memorias de sus habitantes), configuran la vida comunitaria, incluso aquellos que han perdido su función original.

El marco teórico de este estudio se cimienta en la distinción crucial entre vivienda y habitar, sin embargo, antes de ahondar en esta distinción es necesario considerar lo que dice el marco teórico sobre el uso funcional y simbólico de los equipamientos urbanos. Lo funcional refiere al uso práctico del equipamiento: el servicio que presta, su capacidad para satisfacer necesidades cotidianas y su aporte a la accesibilidad territorial. En cambio, lo simbólico refiere al valor significativo que las personas atribuyen al espacio: memorias, sentidos de pertenencia, identidad territorial y vínculos afectivos con el lugar.

La vivienda es entendida primariamente como la estructura física, el refugio que proporciona seguridad y resguardo. No obstante, el análisis histórico chileno revela una priorización de la construcción sobre la calidad integral del entorno, lo que ha derivado en la segregación socioespacial (Moreno, 2014).

El habitar, en cambio, es un concepto más profundo que implica la relación íntima y cotidiana del individuo con su entorno construido (Saball, 2020). Trasciende la función de refugio para convertirse en el espacio donde se desarrollan prácticas, se forjan identidades y se construyen vínculos sociales. El habitar digno, por lo tanto, depende inherentemente de la calidad del entorno urbano.

Los equipamientos urbanos (Carmona, 2010) son fundamentales para un habitar pleno. Estos incluyen instalaciones y servicios (educación, salud, recreación) que cumplen una función práctica (servicios esenciales) y un rol significativo o simbólico (en tanto representan valores culturales, identidad y aspiraciones colectivas). El estudio de las percepciones de los habitantes es la herramienta para develar el valor real de estos espacios, más allá de su utilidad, y capturar su esencia en la construcción del tejido social.

En el contexto de las transformaciones contemporáneas de las ciudades chilenas, la existencia y calidad de los equipamientos urbanos adquieren una relevancia aún mayor. La adecuada provisión de estos espacios no solo contribuye a mejorar las condiciones de vida, sino que también favorece la cohesión

social, la participación comunitaria y la construcción de identidades colectivas. En un país que enfrenta desafíos relacionados con la segregación y las desigualdades espaciales, garantizar el acceso a equipamientos urbanos de calidad se presenta como una estrategia fundamental para promover un desarrollo urbano más inclusivo y sostenible. Por ello, esta investigación busca destacar el papel que desempeñan estos espacios en la configuración de una manera de habitar más plena y significativa, en línea con las nuevas formas de construcción social y urbana que Chile requiere en la actualidad.

MÉTODO

El presente estudio se inscribe en un enfoque metodológico cualitativo, considerado fundamental para explorar y comprender el fenómeno social desde la perspectiva de la población. Esta elección se justifica por la necesidad de acceder a la riqueza de las experiencias y los significados que los habitantes del barrio Prat atribuyen a su realidad, lo que resulta esencial para identificar la funcionalidad y los significados del equipamiento urbano en su territorio.

Como estrategia de investigación se empleó el método de estudio de caso, centrando el análisis profundo y contextualizado en el barrio Prat. Este método permitió adoptar un enfoque holístico para comprender las dinámicas sociales, culturales y espaciales en su contexto natural. Para la selección de los participantes se optó por

un muestreo teórico, dado su enfoque en la calidad y relevancia de los datos y su flexibilidad para adaptarse a los hallazgos emergentes. El tamaño de la muestra fue determinado por el criterio de saturación de datos, asegurando que la recopilación de información fuera suficiente. La población objetivo se definió de manera rigurosa, incluyendo a hombres y mujeres que hubiesen resido en el barrio Prat por un mínimo de quince años y que mantuvieran su residencia al momento de la investigación.

En cuanto a la técnica de levantamiento de datos, se utilizó la entrevista semiestructurada. Esta herramienta combinó la flexibilidad de una conversación abierta, para profundizar en las experiencias de los participantes, con un marco que guio la conversación hacia los temas de interés, divididos en dimensiones clave: territorial, del habitar, funcionalidad y dimensión simbólica del equipamiento urbano. Finalmente, el análisis de los datos se llevó a cabo a través de la codificación temática, un método sistemático que facilitó la organización, identificación e interpretación de patrones y temas relevantes que emergieron de las narrativas complejas y ricas de los habitantes.

El análisis de los discursos de los residentes del barrio Prat, en respuesta a los objetivos específicos planteados, reveló una comprensión profunda y multifacética del equipamiento urbano en su territorio. Los hallazgos confirman que estos elementos no solo cumplen roles funcionales, sino que son pilares esenciales en la construcción de la identidad y el sentido de pertenencia de la comunidad.

El primer objetivo, enfocado en identificar el equipamiento urbano existente, permitió constatar el reconocimiento de un núcleo de instituciones públicas y sociales que definen el barrio. Los participantes destacaron de forma recurrente:

- Servicios públicos y comunitarios: la Séptima Compañía de Bomberos ("Bomba Arturo Prat"), la Parroquia Cristo Obrero, la Escuela Capitán Arturo Prat Chacón y el Club Deportivo Prat.
- Espacio público central: la Plaza Esmeralda.

Un hallazgo significativo es que los residentes expanden el concepto de equipamiento más allá de las instituciones estrictamente públicas. También identifican y valoran organizaciones e instituciones privadas/sociales como parte integral de su entorno, incluyendo la Agrupación de Amigos de los Ciegos (AGACI), el taller laboral Hermanos del Viento y el supermercado UNIMARC (recordado afectuosamente como el antiguo "Marisol"). Esta amplitud en la identificación subraya el carácter social y cotidiano de su percepción, donde la funcionalidad es más importante que la titularidad administrativa.

El segundo objetivo se centró en el uso funcional y simbólico atribuido a estos equipamientos, lo que revela que la oferta actual satisface gran parte de las necesidades básicas de la comunidad, desde la educación hasta la recreación. Sin embargo, su valor se potencia por el significado simbólico que adquieren en la vida del barrio, creando un fuerte sentido de pertenencia que opera en dos niveles: nivel macro (territorial):

el sentimiento de ser parte del barrio Prat geográficamente, reforzado por la denominación histórica y patriótica ligada al héroe naval Arturo Prat y las Glorias Navales (evento en torno al cual se nombran varias calles y la Plaza Esmeralda); y nivel micro (institucional): la identificación y vinculación personal con las instituciones específicas que componen el barrio. Por ejemplo, la Séptima Compañía de Bomberos es valorada por su servicio en emergencias, el Club Deportivo Prat por fomentar la convivencia social y la actividad física, y la Parroquia Cristo Obrero como un centro de referencia espiritual.

El equipamiento urbano no solo cumple una función básica de saneamiento o satisfacción de necesidades, sino que también actúa como un principal catalizador del tejido social y de la identidad local. Estos espacios y elementos colectivos sirven como puntos de unión entre las personas, y acumulan una energía social cargada de recuerdos y de acontecimientos que fortalecen el sentido de comunidad y pertenencia.

El tercer objetivo, que buscaba examinar los significados del equipamiento urbano que cumplió su vida útil, se centró inevitablemente en el antiguo Hospital Regional, una estructura que, a pesar de su abandono, sigue teniendo una carga simbólica inmensa.

La inauguración del nuevo hospital, en 2011, dejó el antiguo edificio de calle Angamos en desuso, por lo que se deterioró por más de una década. Este abandono ha generado un impacto negativo descrito por los residentes como "el manchón negro del barrio Prat".

El hallazgo principal en este punto es que la incertidumbre política y el estado de abandono han generado un sentimiento de inseguridad y resignación en la comunidad. Los vecinos recuerdan el edificio con gran afecto, y lo valoran no solo por su función histórica y cultural, sino también por su significado simbólico. Según ellos, el abandono del exHospital Regional contribuye a una "mala imagen" para el barrio. Aunque sienten pena por el deterioro de este equipamiento urbano, la falta de concreción de los proyectos anunciados por el Gobierno Regional de Magallanes y la Antártica Chilena ha aumentado la frustración y la preocupación por la posible pérdida de este patrimonio.

Los resultados confirman lo planteado como pregunta de investigación: la percepción del equipamiento urbano es compleja y multifacética, y trasciende la mera funcionalidad para erigirse simbólicamente como una parte esencial del territorio. El barrio Prat, con su rica dotación de servicios y su fuerte sentido de pertenencia, se presenta como un caso de estudio sobre el valor de una planificación urbana integral.

Sin embargo, el contraste entre la experiencia de habitar en el barrio Prat y la realidad de las nuevas poblaciones periféricas en Punta Arenas —que a menudo carecen de equipamiento relevante (escuelas, salud, espacios verdes) y sufren segregación socioespacial— subraya la vigencia de la pregunta sobre la orientación de las políticas habitacionales posdemocracia, que priorizan la vivienda sobre el componente social del habitar.

CONCLUSIONES

Hacia una Política Habitacional con Enfoque Integral y Equidad Territorial

La perspectiva holística que ha guiado este análisis de las políticas habitacionales en Chile desnuda una deficiencia estructural crítica: la acción estatal se ha concentrado, de manera miope, en la mera provisión de unidades residenciales, y al priorizar ciegamente la contención del déficit cuantitativo de vivienda se ha postergado sistemáticamente la materialización del derecho al hábitat digno y la urgencia de la integración social.

El habitar es esencialmente más que el cobijo físico, pues trasciende la preocupación por el "techo" y representa la capacidad fundacional de los individuos para desarrollar su vida plenamente, fortalecer el tejido social y robustecer el capital comunitario mediante una interacción rica y sistemática con un entorno adecuadamente dotado. Por ello, la segregación socioespacial no es un subproducto de la localización periférica, sino un resultado exacerbado por la insuficiencia deliberada de equipamiento e infraestructura social en esos territorios, donde se consolidan comunidades condenadas a la vulnerabilidad, lo cual contrasta con la experiencia del barrio Prat, cuya dotación temprana y estratégica demuestra ser un factor de cohesión insustituible y un pilar en la construcción de una identidad territorial positiva.

Por consiguiente, el imperativo ético y técnico para las futuras políticas públicas, y en particular para el trabajo social, es impulsar una transformación paradigmática que asegure la garantía del hábitat integral mediante la provisión simultánea e irrenunciable de infraestructura social y equipamiento urbano, núcleo de la equidad territorial. Esto exige superar la fragmentación mediante la complementariedad técnica y social, integrando la pericia constructiva con el componente de desarrollo social, la condición *sine qua non* para transformar la unidad de vivienda en un entorno residencial que realmente favorezca el desarrollo humano y la resiliencia comunitaria, como lo han demostrado los programas de intervención barrial.

La política habitacional debe, entonces, reorientar su foco hacia la garantía efectiva del derecho a habitar, concepto que implica asegurar que las familias puedan interactuar plenamente con su entorno, generar lazos sólidos, desarrollar un profundo sentido de pertenencia y participar activamente, transformando la estructura residencial en un entorno integral que fomente la dignidad y la cohesión social, tal como confirman los resultados al establecer que la percepción del equipamiento urbano es compleja y se erige simbólicamente como parte esencial del territorio.

El contraste entre la realidad del barrio Prat y la de las nuevas poblaciones periféricas en Punta Arenas subraya la vigencia de la pregunta sobre la orientación de las políticas posdemocracia, que persisten en priorizar la vivienda sobre el componente social del habitar.

- **Hidalgo Dattwyler, R. (2004).** La vivienda social en Chile y la construcción del espacio urbano en el Santiago del siglo XX. Centro de Investigaciones Diego Barros Arana. Disponible en https://www.centrobarrosarana.gob.cl/622/articles-56376_archivo_01.pdf
- **Lawner, M. (2015).** La copia feliz del Edén - Capítulo II: Vivienda. Servicio País. Disponible en <https://www.youtube.com/watch?v=zzLtxxCmz6c&t=729>
- **Lefebvre, H. (1991).** *The production of space*, Oxford, Blackwell.
- **Márquez, J. (2008).** *Espacios intersticiales y dinámicas sociales*, Santiago, Editorial ABC.
- **Marx, K. (1996).** *El capital: Crítica de la economía política*, México, Siglo XXI Editores.
- **MINVU (Ministerio de Vivienda y Urbanismo) (2004).** Chile: Momentos urbanos y demográficos del siglo veinte.
- **Nash, C. & Paredes, M. (2011).** *Derechos humanos y vivienda*, Santiago, Editorial XYZ.
- **Nash Morales, F. & Paredes Seig, G. (2011).** *Análisis crítico de las políticas de vivienda social en Chile, fundamentos para el reconocimiento del derecho a la vivienda*, Santiago, Universidad de Chile.
- **Norberg-Schulz, C. (1980).** *Genius loci: Towards a phenomenology of architecture*. Rizzoli. Disponible en https://marywoodthesisresearch.wordpress.com/wpcontent/uploads/2014/03/geniusloci-towards-a-phenomenology-of-architecture-part1_.pdf
- **Pallasmaa, J. (2012).** *The eyes of the skin: Architecture and the senses*. Wiley. Disponible en <https://11nq.com/ZyPsy>
- **Patton, M. Q. (2015).** *Qualitative research & evaluation methods (cuarta edición)*, Thousand Oaks, Sage Publications.
- **Saball, P. (2020).** *Vivienda y desarrollo urbano: Reflexiones desde la geografía*, Barcelona, Ariel.
- **Soja, E. W. (1996).** *Thirdspace: Journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places*, Oxford, Blackwell.
- **Tuan, Y. F. (1977).** *Space and place: The perspective of experience*, Minneapolis, University of Minnesota Press.
- **III Seminario Regional de Construcción Sustentable "Tiempo en la ciudad" (2020).** Punta Arenas, MINVU Magallanes y la Antártica Chilena.

SOMOS una institución privada, sin fines de lucro y con intereses públicos, cuyos orígenes se remontan a 1994.

CREEMOS que superar la pobreza que experimentan millones de chilenos y chilenas en nuestro país ha sido y sigue siendo un desafío de equidad, integración y justicia social. Que lo importante hoy no es solo saber a quiénes afecta la pobreza. Lo fundamental es escuchar, integrar y garantizar un piso de bienestar a todas y todos.

CONTRIBUIMOS a la superación de la pobreza promoviendo mayores grados de equidad e integración social en el país, que aseguren el desarrollo humano sustentable de las personas que hoy viven en situación de pobreza y exclusión social.

DESARROLLAMOS nuestro quehacer en dos líneas de trabajo: por una parte, nuestras intervenciones sociales a través del programa SERVICIO PAÍS, ponen a prueba modelos innovadores y replicables para resolver problemáticas específicas de pobreza. Y por otra, elaboramos propuestas para el perfeccionamiento de las políticas públicas orientadas a la superación de este problema a nivel nacional, territorial y local. Así, desde nuestros orígenes hemos buscado complementar, desde la sociedad civil, la labor de las políticas sociales impulsadas por el Estado de Chile.

Desde nuestros inicios trabajamos en alianza con el Estado de Chile y municipios de las 16 regiones del país. Contamos con financiamiento de entidades privadas y fondos públicos provenientes de los ministerios de Vivienda y Urbanismo y de Desarrollo Social y Familia.

www.superacionpobreza.cl
www.serviciopais.cl

 @superarpobreza

 @serviciopais
@superarpobreza

 @serviciopais

 @serviciopais

 @superacionpobreza

 @superarpobreza

Con el financiamiento de:

